

PARA QUE CREÁIS

LA DEIDAD DEL HIJO

El tema central de la deidad de Jesús ha sido bellamente capturado por el escritor de este libro acerca del evangelio de Juan. Es un trabajo que literalmente resume un espíritu de profunda convicción, una fe constante, y una devoción intensa.

ACERCA DE HOMER HAILEY

El Señor Hailey ha realizado un trabajo muy necesario guiando al estudiante de la Biblia al propósito verdadero del Evangelio de Juan. Ningún otro trabajo conocido por mí acerca de Juan hace exactamente lo que este libro hace. Está escrito en estilo popular en lugar de técnico.

HOMER HAILEY

Traducción: Nicolás Hernández Almanza
www.edrangel.com

PARA QUE CREAIS

Estudios sobre el Evangelio de Juan

por

Homer hailey

Nevada Publications
Box 15444
Las Vegas, Nevada
89114

Las citas de las Escrituras son tomadas de
la Versión American Standard, © 1929 por el
International Council of Religious Education.

Copyright © 1973 por
Baker Book House Company

Library of Congress Catalog Card Number:
73-81248

Impreso en los Estados Unidos de Norteamérica

Para Widna, mi amada esposa, de estos últimos
años, quien así ha llenado completamente
una necesidad y un anhelo
en mi vida

Reconocimiento

El evangelio de Juan es uno de los libros más bellos e interesantes en el Nuevo Testamento. No se ajusta al modelo de los Evangelios Sinópticos, sino más bien sigue un curso peculiarmente propio. Su propósito único en medio de los otros evangelios ha causado que sufra mucho en manos de los críticos más elevados y que no sea apreciado por el cristiano promedio.

Homer Hailey es un hombre peculiarmente bien calificado para escribir un libro sobre el Evangelio de Juan. No solamente este libro le tomó algunos años en el salón de estudios del colegio, sino que también es poseedor de una naturaleza profundamente espiritual lo cual es grandemente realzado por su absoluta confianza en la deidad de Jesús. Ha bebido profundamente del espíritu humilde del Hijo de María, y por tanto es capaz de expresar que Él como Hijo de María, es la vida para sus lectores.

El Señor Hailey ha realizado un trabajo muy necesario guiando al estudiante de la Biblia al propósito verdadero del Evangelio de Juan. Ningún otro trabajo conocido por mí acerca de Juan hace exactamente lo que este libro hace. Está escrito en estilo popular en lugar de técnico. Esto lo hará no solamente valioso al estudiante maduro de la Biblia, sino que ayudará e instruirá grandemente a los predicadores jóvenes y a los cristianos promedio los cuales no son hábiles para comprender y usar el material de trabajos técnicos sobre evidencias cristianas.

El tema central de la deidad de Jesús ha sido bellamente capturado por el escritor de este libro acerca del evangelio de Juan. Es un trabajo que literalmente resume un espíritu de profunda convicción, una fe constante, y una devoción intensa. El Jesús de gloria así como Juan verdaderamente anheló que fuera glorificado en los corazones y en las vidas de los cristianos por aquellos por los cuales él sufrió. El estilo del libro es conciso; sus argumentos son encontrados lógicamente y escrituralmente. Aún más, mientras que muchos trabajos sobre las evidencias cristianas son de lectura aburrida y tediosa, este trabajo es fresco y vibrante y de fácil lectura. Los lectores del manuscrito no tuvieron un trabajo arduo sino una experiencia alegre y alentadora. Será leído con provecho e interés por todos aquellos que se lo propongan. Las palabras de Jesús, "Bienaventurados los que no vieron, y creyeron" ([Juan 20:29](#)), son totalmente justificadas por este tratado sobre el evangelio de Juan. Puede enriquecer la vida de muchos profundizando y fortaleciendo su fe en Jesús de Nazaret como el sin igual unigénito Hijo de Dios.

James W. Adams
San Augustine, Texas

Prefacio

¿Tiene preguntas dudosas y problemas concernientes a la deidad de Cristo y de la inspiración de la Biblia, y en algunas ocasiones influyen en su corazón y le dejan inquietud y zozobra? Es posible que en algunas ocasiones la mayoría de nosotros se haya encontrado a sí mismo encarado con el problema de la fe y de la duda. Esos momentos dejan perturbado al cristiano, o con la pregunta escéptica hecha a sí mismo en relación a la cuestión, "¿He considerado honestamente la evidencia de que la Biblia presenta por sí misma la deidad de Cristo y la inspiración de la escritura?" Un individuo puede leer grandes libros acerca de las apologías y de las evidencias y aún así pasar por alto al único libro bíblico que ha sido escrito con el reconocido propósito de producir y sostener la fe. Ese libro es el Evangelio de Juan.

Otra cosa es el arreglo sin igual de los materiales, el cual encontrará probablemente pequeño en este volumen, lo cual es nuevo. El libro no está escrito desde el punto de vista del comentarista crítico, intrincado en el señorío de lenguajes vetustos y de las filosofías de los sabios, y sin embargo se hace la apelación a unas pocas palabras griegas para aclarar definiciones; ni es escrito por el comentarista el cual ya ha estado familiarizado con el propósito y contenido del Evangelio de Juan.

Mi propósito es colocar en un orden lógico las reclamaciones hechas por Jesús de Nazaret concernientes a Su propia deidad y aquellas que fueron hechas por Juan acerca de El mismo, y señalar la evidencia que es presentada por Juan para sostener aquellas reclamaciones. El objetivo de la evidencia es que los hombres puedan creer que Jesús es el Cristo, el Hijo de Dios, y para que, creyendo, puedan tener vida en Su nombre. Este libro es escrito para el hombre o para la mujer que busca una certeza más firme para su fe, un fundamento mas seguro en lugar de la aceptación tradicional del hecho. También, es escrito para el estudiante o el maestro que está buscando un sistema práctico de evidencias, ya sea simplemente concluyente, que lo sostendrá y que puede presentar al hombre común.

El arreglo del material en este tratado será presentar primero las reclamaciones hechas por Juan acerca del nombre de Jesús en el Prólogo, y segundo, presentar las reclamaciones hechas por Jesús acerca de Sí mismo como es presentada más adelante en Su enseñanza. Esto será seguido por la evidencia encontrada en el Evangelio para sostener las reclamaciones. Cuando son usadas las citas del mismo Evangelio de Juan, el capítulo y el versículo (s) serán dadas sin señalar el Libro de Juan como la fuente. Cuando son usadas citas de otros libros, serán nombrado el libro en particular. Las citas son tomadas de la American Standard Versión.

En este libro busco mostrar que no hay un punto de vista intermedio; o Jesús era el Cristo, el Hijo de Dios, o era un impostor. El no era solamente un buen hombre. Si la evidencia presentada en este libro es convincente, no debería reclamar ningún mérito ya que no se originó en mí; es la evidencia que convenció a Juan y a los otros de su generación. Su poder para convencer se debe

al hecho de que es la evidencia seleccionada por el Espíritu Santo y registrada para producir fe a través de todos los hombres en los siglos siguientes. La evidencia es sencilla debido a que es construída alrededor de la vida de una persona- esa persona era el Hijo de Dios. Deberá ser convincente debido a que no hay otra respuesta a las grandes preguntas, “¿Quién decís que soy yo?” y “¿Quién dicen los hombres que es el Hijo del Hombre?”

Debo una deuda especial de gratitud a Mrs. Margie Garrett, Director de Desarrollo de Florida College, por su valiosa ayuda en sugerir la estructura de las frases. Sin su ayuda muchas frases podrían haber sido difíciles de entender. También una gratitud muy especial a Miss Mary Cannon, la cual mecanografió y corrigió cuidadosamente el manuscrito. Estoy agradecido a mis buenos amigos, James W. Adams y Art Dowell, por la lectura del manuscrito y por ofrecer varias sugerencias valiosas.

El libro es publicado por el autor con la esperanza sincera de que sea favorablemente recibida por aquellos que lo lean, y que servirá para señalarnos la evidencia divina y de esta manera producir o fortalecer la fe.

Homer Hailey
Temple Terrace, Florida

Contenido

PARTE UNO

Las Reclamaciones de Jesús

1. La Proposición Declarada.....	13
2. Su Relación con Dios.....	27
3. Su Relación con la Esperanza Mesianica.....	43
4. Su relación con las Necesidades Humanas.....	67

PARTE DOS

Testimonio ofrecido para Sostener las Reclamaciones de Jesús

5. El Testimonio Humano.....	83
6. El Testimonio del Padre - a Traves de los Trabajos.....	103
7. El Testimonio del Padre - a Traves de las Escrituras	115
8. El Testimonio del Padre - la Tumba Vacía.....	141
9. El Testimonio de Jesús - Su Gloria Moral.....	155
10. El Testimonio del Espíritu Santo.....	167
11. "Ni aún Ellos Creían en El.....	181
Bibliografía.....	195

PARTE UNO
Las Reclamaciones de Jesús

Capítulo 1

La Proposición Declarada

La proposición del Evangelio de Juan es claramente declarada por el escritor cuando él dijo, "Hizo además Jesús muchas otras señales en presencia de sus discípulos, las cuales no están escritas en este libro. Pero éstas se han escrito para que creáis que Jesús es el Cristo, el Hijo de Dios, y para que creyendo, tengáis vida en su nombre" (20:30, 31). La vida eterna depende sobre esta fe; nada más lo hará. Ya sea que Jesús es el Cristo, el Hijo de Dios -todo eso que El afirmó ser- o El era y es un impostor. No hay punto de vista intermedio. Esta es la proposición de Juan; es la proposición de este libro.

Nada será asumido, pero todo argumento estará basado sobre la evidencia presentada por Juan el apóstol. El libro (el Evangelio de Juan) esta aquí, y eso está en él, es en él; es ya sea hecho o ficción. La pregunta del autor del Evangelio no está bajo discusión; esto es confrontado por los escritores de las introducciones al libro. Fué escrito por alguien que no mencionó mucho su propio nombre, pero cuyo nombre ha venido a nosotros como Juan. El escritor no afirma directamente inspiración por si mismo en las cosas de las cuales escribió, pero afirma escribir como un testigo de las cosas de las cuales escribe (21:24). Sin embargo, hace una reclamación indirecta de la inspiración por el Espíritu Santo cuando cita la promesa de Jesús a los once apóstoles en la noche antes de la crucifixión, cuando El dijo del Espíritu, "pero vosotros le conocéis, porque mora con vosotros (los apóstoles), y estará en vosotros" (14:17). El continuó su discurso hacia ellos diciendo, "Más el Consolador, el Espíritu Santo, a quien el Padre enviará en mi nombre, él os enseñará todas las cosas, y os recordará todo lo que yo os he dicho" (14:26). La promesa hacia ellos de la guía del Espíritu Santo fué de esa forma hecha cuando Jesús dijo, "Pero cuando venga el Espíritu de verdad, él os guiará a toda la verdad" (16:13). Juan es uno de los apóstoles, y el autor del libro era un apóstol; entonces, era dirigido por el Espíritu. Esta promesa y su total cumplimiento es así presentado en el capítulo 10. El libro llamado "el Evangelio de Juan" está aquí; deberá ser oído sobre los meritos de su propio contenido.

En la determinación ya sea de que la evidencia de la deidad de Cristo es válida o inválida, verdadera o falsa, la razón deberá servir al propósito para la cual fué designada. La función de la razón es asentar en el juicio o en la evidencia, deducir una conclusión o decisión, y rendir un veredicto de creer o no creer en eso lo cual la evidencia parece sustentar. Cuando la evidencia es

presentada para sustentar un hecho asumido, el juicio para el cual la razón deduce, creído o no creído, dependerá sobre varios factores:

1. La fuerza o la debilidad con la cual la evidencia propuesta para sostener el hecho asumido.
2. La claridad con la cual la evidencia es presentada.
3. La habilidad mental del oyente para pesar y evaluar el testimonio; esto es, la perspicacia lógica con la cual el individuo está dotado.
4. La honestidad del individuo que está pesando la evidencia.
5. El grado en el cual los juicios pre-aceptados han sido planteados en la mente del individuo -su experiencia y entrenamiento.

Si la evidencia es suficientemente fuerte y es claramente presentada, y si el individuo es honesto y tiene la habilidad mental para pesar la evidencia, entonces el prejuicio de juicios pre-aceptados serán superados. Puede tomar un tiempo más largo ver la verdad para alguien que tenga conclusiones previamente aceptadas que para alguien sin tales pre-conclusiones; pero como la semilla plantada y cultivada, deberá madurar eventualmente. Cuando la evidencia es fuerte y apropiadamente presentada y cuando el que aprende no tiene los prejuicios de enseñanzas erróneas serán superadas, la razón puede solamente juzgar, "yo creo". Si la evidencia es débil o ilógicamente presentada, si esta basada en suposiciones no verificadas, si el individuo es deshonesto o de una habilidad mental insuficiente para evaluar la evidencia y captar su significado, el resultado será, "yo no creo".

La función de la razón por sí sola no determina ya sea que el hecho sea posible o imposible. La razón no puede determinar ya sea que alguien pudiera germinar en la matriz de una mujer no impregnada por la esperma masculina, o ya sea que un cuerpo muerto pudiera ser levantado de nuevo a la vida. Aún más, su función es pesar la evidencia que reclama sostener los hechos. La razón deberá sentar el juicio sobre la evidencia y determinar si es válida o inválida, verdadera o falsa, fuerte o débil. Cuando esto ha sido hecho y se ha deducido una conclusión sobre el peso de la evidencia, ha servido a su propósito. La voluntad deberá entonces hacerse cargo.

El libro de Juan propone llevar adelante la evidencia la cual sostiene la factibilidad de la existencia de Jesús el Cristo, el Hijo de Dios. La evidencia del convenció a Juan; convenció a otros de esos días; y ha sido escrita y preservada para que pueda convencer a todos aquellos que darán un juicio imparcial en cada generación. Lo primero que Jesús requiere para la fe es que el oyente sea honesto; fué el oyente bueno y honesto el que dió buen fruto (Lucas 8:15). El oyente honesto llegará a un juicio imparcial.

En "el Prologo" (1:1-18), la introducción de Juan a su Evangelio, el apóstol presenta a Jesús como Dios, un ser eterno, y el creador de todas las cosas. También lo presenta como la revelación completa de Dios y de Su gracia, el cual vino al mundo a desafiar a las tinieblas y a la muerte, y a confrontarlos en una batalla que los deja a ambas rebajadas a una completa derrota. Las afirmaciones del Prologo son dignas de una consideración cuidadosa puesto que estas establecen el escenario para el total del libro.

La Relación de Cristo con la Deidad: la esencia

Juan inicia con la afirmación: "En el principio *era* el Verbo" (1:1a). Juan nos lleva al inicio de todas las cosas, la creación de los cielos y de la tierra (Génesis 1:1), donde encuentra que el Verbo ya *era*. El, el Verbo, entonces es sin inicio, no creado, eterno. Este Verbo, declara Juan, "fué hecho carne, habitó entre nosotros" como el unigénito Hijo de Dios (1:14). Antes del inicio de la creación, El ya era.

Antes, El estaba *con* Dios (1:1b). La expresión significa más que la simple coexistencia; sino que conlleva la idea de relación y comunión activa (Westcott). El termino expresa la presencia de una persona con otra (Dods). El Verbo, entonces, no es solamente eterno, sino también personal; El estaba con Dios antes de que El reveló a Dios. Siendo *con* Dios identifica al Verbo como una de las personas de la Divinidad, en tanto que aún mantiene su propia identidad.

Y aún más, "el Verbo *era* Dios" (1:1c). El énfasis en esta frase no está sobre la palabra *era*, sino sobre la palabra *Dios*. El Verbo era *Deidad*. Juan no dice que el Verbo era *un* Dios, ni dice que el Verbo era *el* Dios; él dice "el Verbo era *Dios*. El Verbo era Dios en Su naturaleza y en Su ser, poseyendo la plenitud del ser divino, la potencia y atributos. El escritor de Hebreos resume el pensamiento cuando dijo, "el cual, siendo el resplandor de su gloria (de Dios), y la imagen misma de su sustancia" (Hebreos 1:3). Los teólogos usan la palabra *esencia*; El era la muy *esencia* de Dios. No hay nada de Dios que el hombre en la carne pudiera comprender o captar de la naturaleza, el carácter o el ser de Dios, tan lejos como él está en la carne, que Dios no haya resumido en Cristo.

En Su relación con la Deidad, El existió antes que la creación; entonces, El era eterno. El estaba con Dios, personal, en comunión con El. El era Deidad en si mismo, la muy imagen de la esencia divina.

La Relación de Cristo con el Mundo Físico: El Creador

En Su relación con la creación, Juan declara: "Todas las cosas por él fueron hechas, y sin él nada de lo que ha sido hecho, fue hecho" (1:3). Todas las cosas, tomadas en forma estricta, una por una, fueron hechas por El. El era el agente activo a través del cual todos los seres o cosas creadas vinieron a la existencia. Dios fué el Creador en el sentido de que El propuso y planeó la creación. Así cuando los veinticuatro ancianos cantaron la canción de gratitud a Dios por la creación de todas las cosas, ellos dijeron, "porque tú creaste todas las cosas, y por tu voluntad existen y fueron creadas" (Apocalipsis 4:11). Todas las cosas para ser creadas fueron diseñadas en la mente de Dios antes de que vinieran a la existencia. Su creación vino como una expresión de su voluntad. Fué por la voluntad de Dios que ellas fueron, pero fueron creadas por Jesucristo como el Verbo de Dios. Esto coloca a Cristo antes que todas las cosas, tanto en tiempo y en preeminencia o primacia.

La Relación de Cristo con el Mundo Moral: la Vida y la Luz

Pasando de la creación del universo al reino espiritual o moral, Juan dice de El, "En él estaba la vida, y la vida era la luz de los hombres" (1:4). La vida en la totalidad de su plenitud o en lo más completo estaba en El. Ese gran abismo separa lo inanimado y lo animado fué traspasado por el Verbo. Pero aún más, eso que separa lo no moral de lo moral fué también traspasado por El en quien estaba la vida. De El procede la vida que ha dado la luz a los hombres, la revelación de Dios la cual apela a la conciencia y a la razón del hombre. La vida no solamente da la luz a un mundo oscurecido, sino que es esa la cual apresura en el hombre una respuesta a la luz. Más aún, esa "luz de los hombres" se extendió más allá de los judíos para incluir a los gentiles; incluyó a todos los hombres.

La Relación de Cristo con las Tinieblas: Retador y Vencedor

La vida, "la cual era la luz de los hombres" fué inmediatamente desafiada por la oscuridad: "Y la luz en las tinieblas resplandece, y las tinieblas no prevalecieron contra ella" (1:5). Es preferida la lectura al margen, "las tinieblas se volvieron contra ella." La luz vino al mundo a desafiar a las tinieblas para iluminar a cada hombre, pero desde el momento de su entrada al mundo hubo conflicto entre la luz y la oscuridad moral las cuales habían mantenido cautiva por tanto tiempo a la familia humana. "La frase completa es de hecho una paradoja estarlina. La luz no hecha fuera a las tinieblas: la oscuridad no abruma a la luz. Las dos coexisten en el mundo al lado de la otra" (Westcott). En esta declaración Juan introduce el conflicto el cual es visto a través de todo el libro. La luz invade el reino de las tinieblas y de allí sigue el conflicto entre la luz y las tinieblas, entre la verdad y el error, entre la fe y la incredulidad, el cual al final abandona las tinieblas, el error y la incredulidad totalmente derrotados.

En este punto el escritor introdujo a Juan el Bautista y a su trabajo. El no era la luz, pero su misión fué conducir testigos a la luz. Es introducido como uno enviado de Dios, un mensajero enviado divinamente en una misión divina. Pero la luz verdadera "que alumbró a todo hombre" estaba ahora viniendo al mundo, el Verbo en persona.

La Relación de Cristo con la Humanidad: Creador y Benefactor

Habiendo afirmado que todas las cosas fueron hechas por medio de El (versículo 3), Juan procede a decir, “En el mundo estaba,” la suma total del ser creado del cual El mismo fué el creador; porque “el mundo por él fué hecho” (1:10a), pero el mundo no lo conoció. El había estado en todo momento, ordenando, controlando, guiando, “sustentando todas las cosas con la palabra de su poder” (Hebreos 1:3), como el único en el cual “todas las cosas subsisten” (Colosenses 1:17). Pero ese mundo, el mundo racional de la humanidad, el cual debería haberlo reconocido debido al parentesco divino, “no le conoció” (versículo 10b). La afirmación de Pablo ayuda en el entendimiento de esto; él dice, “el mundo no conoció a Dios mediante la sabiduría” (1a. Corintios 1:21), y “habiéndolo conocido a Dios, no le glorificaron como a Dios,” debido a que “cambiaron la verdad de Dios por la mentira, honrando y dando culto a las criaturas antes que al Creador, el cual es bendito por los siglos” (Romanos 1:21, 25).

De una manera especial El vino a los suyos, a los judíos, pero ellos no lo recibieron. Pero a todos los que creyeron en El, El les dió el poder o rectitud de volver a ser los niños de Dios, los niños de una familia espiritual (versículos 11:13). Y ahora, como la luz que alumbra a cada hombre, El estaba viniendo al mundo a los judíos los cuales lo rechazaron y a los gentiles, los cuales en tiempo pasado habían rehusado tenerlo en su conocimiento. En esta declaración Juan está afirmando que en Su relación con el mundo, El era tanto su Creador como su Benefactor.

La Relación de Cristo con el Padre: la Revelación

Era este Verbo la Deidad eterna, el Creador, y el Sustentador del universo, el cual había venido al mundo en la carne. “Y aquel Verbo fué hecho carne, y habitó entre nosotros (y vimos su gloria, gloria como del unigénito del Padre), lleno de gracia y de verdad” (1:14). Aquí esta la Deidad en la carne, la manifestación de Dios en una forma visible y tangible, el advenimiento a este mundo de uno que está fuera de él. El “habitó” entre ellos. La palabra *habitó* (*skenoō*) significa “preparar un tabernáculo (o tienda), un tabernáculo” (Thayer). En la antigua dispensación, como la “gloria”, Dios había hecho su morada entre Israel en el tabernáculo (Exodo 40:34-38). De la misma manera ahora el Verbo tomaba Su morada o tabernáculo entre nosotros en la carne. Por lo tanto, Juan dice, “Nosotros vimos”, esto es, observamos, consideramos, tuvimos la ocasión de estudiar Su gloria. En las cosas que escribió en el resto de su libro, el apóstol nos da una oportunidad de contemplar, observar y estudiar esta gloria, así que deberá ser alcanzada una decisión acerca de quien es El. También, uno deberá determinar ya sea que la gloria manifestada en El es meritoria o no de lo cual debería corresponder a una persona divina tal y como El reclamó ser.

El reveló al Padre en la carne: “A Dios nadie le vió jamás; el unigénito Hijo, que está en el seno del Padre, él le ha dado a conocer” (1:18). *Conocer* (*exegeomai*), “metaforicamente, prolongar en narrativa, abrir en enseñanza; abrir, conocer” (Thayer). El hombre había visto visiones, teofanías, y aparencias angélicas de Dios; pero hasta el advenimiento de Jesús en la carne, ningún hombre había visto a Dios en persona. Ahora, “el unigénito Hijo de Dios”, El que era con Dios desde el principio y el cual era la deidad misma, era revelado, interpretado, Dios abierto, trayendo “una exposición satisfactoria” de El.

En Su relación con Dios el Padre, El es el hijo unigénito, la revelación completa y perfecta de El. En esto el cumplió las palabras de los profetas los cuales habían declarado antes que El sería “Emanuel” - Dios con nosotros - (Isaías 7:14); el “compañero” de Dios (Zacarías 13:7); el “niño...nacido,” el “hijo...dado” cuyo nombre sería llamado “Admirable, Consejero, Dios fuerte, Padre eterno, Príncipe de paz” (Isaías 9:6, 7).

Su Relación con la Gracia: La Plenitud

En El nosotros contemplamos no solamente la gloria como del unigénito del Padre, sino que lo contemplamos como uno “lleno de gracia y de verdad” (1:14). Juan declara de nuevo, “Porque de su plenitud tomamos todos, y gracia sobre gracia. Pues la ley por medio de Moisés fué dada, pero la gracia y la verdad vinieron por medio de Jesucristo” (1:16, 17).

Cristo, el Verbo, es la plenitud de la Deidad, la plenitud de Dios. La palabra *plenitud* es usada por Juan y por Pablo con la misma connotación. Pablo dice, "por cuanto agradó al Padre que en él habitase toda plenitud" (Colosenses 1:19); y, "Porque en él habita corporalmente toda la plenitud de la Deidad, y vosotros estáis completos en él" (Colosenses 2:9, 10). Lightfoot explica la palabra *plenitud* (*pleroma*) como "áquel que está completo, por ejemplo, el complemento, la mentira total, el número entero o cantidad, la plenitud, la perfección."¹ Por lo tanto, la plenitud, la perfección, la plenitud de Dios o de la Deidad es resumida en Cristo; de El procede la gracia y la verdad en su plenitud y totalidad. No solamente son todos los atributos y características de Dios resumidas en Cristo, sino que también la totalidad de Dios mismo habitó en Su cuerpo (Colosenses 2:9). El favor no merecido de Dios fluye entonces a través de El hacia nosotros.

La Pregunta

Estas son las declaraciones del Prologo. Esto plantea la pregunta: ¿La evidencia disponible sostiene las declaraciones? Así como Juan presenta el testimonio, la razón deberá pensar y entonces determinar la respuesta. Para una posible conclusión somos dejados con cinco alternativas:

1. Jesús nunca vivió, sino que fué el producto de la mente humana, un producto de la imaginación de Juan y de los otros evangelistas los cuales dejaron los registros de Su vida y de sus actividades. Sin embargo, puesto que estamos considerando la presentación de Jesús por parte de Juan, las evidencias ofrecidas por Juan es un producto de su fervida imaginación; y tanto las reclamaciones como las evidencias ofrecidas por Juan sobre Jesús son el producto de su propia imaginación sin fundamentos. O

2. Jesús vivió, pero era merecidamente un buen hombre, un gran maestro, un gran filosofo y moralista el cual poseyó un concepto más grande y más profundo de Dios como Espíritu que cualquiera que ha vivido antes que El o después que El. Jesús fué capaz por su propia grandeza y bondad para engendrar y desarrollar en las mentes de Sus discípulos conceptos tales de El mismo tal y como son presentados por Juan. O,

3. Jesús no era el Mesías, pero era un judío profundamente religioso del norte de Palestina. El creyó que El lo era. En su confianza y total conocimiento del Antiguo Testamento, El era capaz de impresionar a los candidos y crédulos campesinos, y a los habitantes de las aldeas de Galilea los cuales al igual que El, también, vinieron a creer que era el Cristo. O

4. Jesús era un astuto y hábil impostor, capaz de engañar a Juan y a los otros a los cuales El convenció que era el Mesías que estaban esperando. El se convirtió en el super impostor de la historia, de tal manera que los engañó completamente al igual que a millones puesto que han sido convencidas y engañadas por Su imposición, O,

5. Jesús era lo que Juan declaró de El, y lo que El declaró de Sí mismo: el Cristo, el Hijo de Dios, el Mesías de la profecía.

Cuando es considerada la primera de estas alternativas, uno es enfrentado con la pregunta de si Juan era lo suficientemente grande para crear aquello de lo cual estaba declarando, y sí era capaz de crear fuera de su propia imaginación la enseñanza que atribuye a Jesús. ¿Era él capaz de crear personajes tales que viven en su Evangelio y acomodar sus testimonios en una forma tal para hacer que su libro viva a través de los siglos? Claramente establecido, lo cual es la más grande maravilla; ¿Jesús y la evidencia de los hechos como Juan los presentó, o la creación de un personaje como Jesús y la evidencia de la imaginación de un pescador de Galilea? La razón deberá determinar la respuesta.

La segunda alternativa es excluída en el terreno de las declaraciones de Jesús. Sus reclamaciones son tales que ó El era el Cristo o no era un buen hombre. A menos que El era lo que reclamó ser, El era un impostor, un blasfemo, un hipócrita, un engañador y un mentiroso. El no podría declarar falsamente lo que El reclamó para Sí mismo y al mismo tiempo ser un buen hombre.

¹ J. B. Lightfoot, *St. Paul's Epistle to the Colossians*, p. 256

La tercera alternativa no explica la tumba vacía, la conversión y el trabajo de Saulo de Tarso, o la impresión de Jesús sobre los gentiles y sobre la historia.

La cuarta alternativa nos deja con el problema de aceptar el concepto más grande de Dios y el sistema más grande de conocimientos morales y éticos para hombres como la progenie de impostores, engañadores y mentirosos más grande del mundo. Esto es un absurdo, pero es un axioma aceptado por aquel que se pone en aprietos al sostenerlo después en su mente. De tal manera que sostener un pecado esto no podría producir los buenos frutos requeridos.

Somos dejados solamente con la quinta alternativa como una que puede ser aceptada si puede ser rechazado que Jesús era un buen hombre, que El reveló el concepto más elevado del que el mundo había tenido, y que el sistema de normas éticas y morales tomadas por El eran sin escape. Así como la evidencia es presentada por Juan y la razón es pesada, el lector deberá determinar lo que deberá hacer con Jesús. El libro está aquí; lo que está en él, es en él; y es un hecho o una ficción. Si es un hecho, entonces Jesús es el Cristo, y el Hijo de Dios y el Salvador del mundo. Si es ficción, entonces Juan ha perpetrado sobre el género humano un fraude de proporciones gigantescas con un motivo desconocido para su fraude.

Capítulo 2

Su Relación con Dios

Las declaraciones que Jesús hace acerca de si mismo son expuestas en el evangelio de Juan, y si son sostenidas, son de tal manera que prueban que El es el Hijo de Dios; si ellas no son sostenidas, son tales que proveen que El ha sido el archi-impostor de la historia. En este y en los siguientes dos capítulos las declaraciones son presentadas. En estos capítulos no se hace ningún esfuerzo para probar que las declaraciones son verdaderas, pero los siguientes capítulos presentarán la evidencia que Juan presenta para sostener las declaraciones que han sido hechas. Jesús declara:

Que El vino de Dios

Jesús introdujo a Nicodemo la necesidad de un nuevo nacimiento para poseer los derechos y los privilegios de la ciudadanía en el reino de Dios (Juan 3:1-8). Nicodemo entonces expresó dificultad en el entendimiento del concepto de un nuevo nacimiento (versículo 9), con lo cual Jesús lo reprendió suavemente por no ser capaz de entender estas cosas. Jesús sentía que, como un maestro de Israel, Nicodemo debería comprender lo que El estaba diciendo (versículos 10-12). Jesús procede entonces a la discusión de las cosas celestiales haciendo la declaración de que “Nadie subió al cielo, sino el que descendió del cielo; el Hijo del Hombre, que está en el cielo” (versículo 13). La última expresión, “que está en el cielo,” está probablemente entre paréntesis, y es de nuevo la explicación de Juan de que uno que vino del cielo ciertamente podría regresar a ese reino de donde vino. Jesús expresa aquí su declaración al derecho de hablar de las cosas celestiales sobre la base de que El había descendido de los cielos. El había venido del cielo; entonces, El había traído información de primera mano sobre todo de lo cual El habló.

Después de la alimentación a los cinco mil, Jesús lanzó un discurso acerca del pan de vida. Sus declaraciones concernientes a El mismo y Su relación con este pan son significativas. “Porque el pan de Dios es aquel que descendió del cielo y da vida al hombre” (Juan 6:33); “Yo soy el pan de vida (Juan 6:35); “Porque he descendido del cielo, no para hacer mi voluntad, sino la voluntad del que me envió” (Juan 6:38); “Yo soy el pan vivo que descendió del cielo”; El asegura a sus oyentes que si alguien pudiera comer de este pan podría vivir para siempre (versículo 51). Y, finalmente, El los desafió con la pregunta, “¿Pues qué, si viereis al Hijo del Hombre subir a donde estaba primero?” (versículo 62). Estas declaraciones fueron demasiado para la mayoría de los judíos los cuales lo oyeron, porque “Desde entonces muchos de sus discípulos volvieron atrás, y ya no andaban con él” (versículo 66). Los doce, sin embargo, confesaron su fe en El y continuaron con El. Para convencer a alguien, ya sea entonces o ahora, de que El es el pan de vida que bajó del cielo, la evidencia deberá ser suficientemente fuerte para persuadir al hambriento espiritual a comerlo.

Llegó el tiempo de la fiesta de los tabernáculos (Juan 7:2); y en lugar de ir a Jerusalén con Sus hermanos, Jesús subió a Jerusalén solo luego de que ellos se hubieron ido. Cuando llegó a la ciudad, había mucho interés sobre El. Alguien dijo, “Es bueno; pero otros decían; No sino que engaña al pueblo” (Juan 7:12). En medio de este interés sobre El y no obstante el hecho de que los judíos buscaban matarlo, El subió abiertamente al templo y empezó a enseñar. Si El era de Dios como había declarado, El debería hacer la voluntad de Dios para lo cual El fué enviado. Algunos judíos esperaban que su Mesías apareciera repentinamente, de una dirección

desconocida (Juan 7:27), en tanto que otros esperaban que El viniera de Belén, la ciudad de Davir (Juan 7:42). Jesús les dijo que El era, el hijo de María y de José (como ellos suponían), y de donde era El (Nazaret), pero lo que ellos no sabían de El es quien lo había enviado (Juan 7:27,28). El entonces hizo la declaración estornina: “Pero yo le conozco, porque de él procedo, y él me envió” (Juan 7:29).

En el punto de Su testimonio concerniente a El mismo, Jesús reconoció que desde el punto de vista de la ley Su testimonio solo no podría ser aceptado, estableciendo que Sus declaraciones requerirían más que el testimonio de Si mismo (Juan 5:31). Sin embargo, el testimonio debería ser verdadero debido a que debería ser verdad: El podría estar hablando de lo que conoció: “Respondió Jesús y les dijo: Aunque yo doy testimonio acerca de mí mismo, mí testimonio es verdadero, porque sé de donde he venido y a donde voy; pero vosotros no sabéis de dónde vengo, ni a donde voy” (Juan 8:14). En ese momento, había incompetencia para juzgar lo que El dijo, porque ninguno de ellos conoció las cosas de Dios ni lo que El habló. Su testimonio era verdadero, porque, habiendo venido de Dios, El sabía de lo que hablaba.

Otra de las declaraciones de Jesús relativo a que El había venido de Dios fué hecha en el mismo discurso cuando El dijo, “Vosotros sois de abajo, yo soy de arriba; vosotros sois de este mundo, yo no soy de este mundo” (Juan 8:23). Los judíos a los cuales El se dirigió eran “de abajo, de este mundo”; en contraste, El era “de arriba, no de este mundo.” Jesús medió a este mundo de hombres ruines en rebelión contra Dios. El estaba en él, pero no era de él; El estaba separado de ellos. Esto sugiere la pregunta acerca de como el logró introducirse a este mundo de abajo, habiendo venido de otro, esto es, de arriba. Habiendo El nacido de María y de José, debería haber sido de este mundo, así como lo eran ellos; pero puesto que El no era de este mundo, El debería haber entrado de otra manera. En la declaración Jesús infiere una entrada sobrenatural a este mundo.

En las declaraciones de Jesús consideradas posteriormente, El se relaciona a Sí mismo con un hombre como alguien con El. La pregunta es colocado sobre como el podría haber sido tanto Dios y hombre a menos de que hay sido engendrado en forma sobrenatural en el vientre de Su madre. Si Dios había creado para El un cuerpo especial, El no podría haber sido relacionado con los descendientes de Adán. Si Dios envió un angel, no podría haber sido Dios manifestado en la carne. No hay otra alternativa sino que fué engendrado en forma sobrenatural. Porque Jesús está relacionado con Dios y con el hombre. La declaración indica un medio especial de entrada al mundo.

En el siguiente aliento Jesús afirmó la necesidad de la creencia en el hecho de que El vino de arriba y de que no es de este mundo; El dijo, “ porque si no creéis que yo soy, en vuestros pecados moriréis” (versículo 24). Si un nacimiento sobrenatural es esencial para El habiendo venido de arriba y de Su no existencia de este mundo, entonces esto deberá ser creído si a alguien se le permite morir en sus pecados. El hecho de su existencia de arriba y no de este mundo debería ser confirmada en su muerte. El indicó esta verdad cuando dijo, “Cuando hayáis levantado al Hijo del Hombre, entonces conoceréis que yo soy, y que nada hago por mí mismo, sino que según me enseñó el Padre, así hablo” (versículo 28). Esto involucra la resurrección. La resurrección, a la cual siguió la ascensión, sería la confirmación del testimonio de Su declaración de que El era de arriba y no de este mundo y de que El había entrado al mundo por medio de un nacimiento sobrenatural.

Finalmente, en el mismo discurso, Jesús atribuye la actitud de ellos hacia El y su falta de amor hacia El al hecho de que ellos no amaron a Dios ni lo conocieron. El dijo: “Si vuestro padre fuera Dios, ciertamente me amaríais; porque yo de Dios he salido, y he venido; pues no he venido de mí mismo, sino que él me envió” (versículo 42).

La propia convicción de Juan, como de alguien que había estado con El por tres años y había tenido un tiempo y una oportunidad amplia para observar los hechos, es resumido cuando él describe la acción de Jesús en la última cena: “sabiendo Jesús que el Padre le había dado todas las cosas en las manos, y que había salido de Dios, y a Dios iba,” se levantó de la mesa y lavó los pies de los discípulos” (Juan 13:3). El uso esto como una ocasión no solamente para enseñar a los discípulos una lección de humildad y de servicio, sino también para enfatizar la necesidad de una limpieza moral y para señalar de que alguien entre ellos no estaba limpio (versículo 11).

En resumen: Jesús declaró que el vino de Dios, que El debería de regresar a Dios, que Dios lo había enviado, que El era el pan de vida el cual El ofreció al mundo el cual era de Dios, que El había venido abajo procedente de Dios. El declaró que Su conocimiento de Dios y Su

testimonio del Padre eran verdad debido a su origen - ellos habían venido de arriba. Y más allá, excepto que ellos pudieran creer que El era de Dios, de arriba, morirían en sus pecados. Esto hace que la convicción en la Deidad y la supernaturaleza de Jesús sea imperativa para la salvación de los pecados.

Que Solo El Ha Visto a Dios

Sobre la base de que El ha venido del Padre, Jesús hace las reclamaciones de que solamente El ha visto al Padre: "No hay alguno que haya visto al Padre, sino aquel que vino de Dios; éste ha visto al Padre" (6:46). El mismo Juan ha sido impresionado con este hecho, por lo cual él dijo en el prólogo, "A Dios nadie le vió jamás; el unigénito Hijo, que está en el seno del Padre, él le ha dado a conocer" (1:18). Pablo atestiguó el mismo hecho cuando escribió de El, "a quien ninguno de los hombres puede ver" (1a. de Timoteo 6:16).

Las reclamaciones hechas por Jesús inmediatamente levantan preguntas declaraciones encontradas en el Antiguo Pacto relacionadas con las apariciones de Dios a los hombres. Dios habló con Adán en el Edén (Génesis 3); "Jehová apareció a Abraham" (Génesis 17:1); y "le apareció Jehová (a Abraham)...y alzó sus ojos (Abraham) y miró, y he aquí tres varones que estaban junto a él" (Génesis 18:1-2). Estos tres hombres comieron los alimentos que el Patriarca preparó para ellos, después de lo cual Jehová le dijo lo que El había propuesto hacer con Sodoma. Dos de estos hombres son posteriormente mencionados como "ángeles" (Génesis 19:1, 15). Jehová también es mencionado cuando apareció a Isaac y a Jacob (Exodo 6:3), a Moisés, y posteriormente a muchos otros.

Acerca de Moisés Jehová dijo, "Cara a cara hablaré con él, y claramente, y no por figuras; y verá la apariencia de Jehová" (Números 12:8). En el Sinaí, Moisés, acompañado por otros setenta y tres, subieron al monte, "y vieron al Dios de Israel...y contemplaron a Dios, y comieron y bebieron" (Exodo 24:9-11). Sin embargo, Dios dijo a Moisés, "No podrás ver mi rostro; porque no me verá hombre, y vivirá" (Exodo 33:20). Jehová entonces lo pone en la hendidura de una peña, y así cuando El pasó, a Moisés le fué permitido ver Sus espaldas (versículos 21-23).

No obstante el hecho de que en los libros del Antiguo Testamento es dicho que algunos vieron a Dios, también es dicho en los mismos libros que ellos no pudieron verlos. Entonces viene a ser evidente que lo que ellos vieron fué un medio visible por medio del cual Dios escogió hacer una manifestación de Sí mismo. La manifestación podría ser una zarza ardiente, como en el Sinaí donde El apareció a Moisés, o una columna de nube en el día y una columna de fuego en la noche, con lo cual guió a Israel fuera de Egipto. O El podría visitar a Abraham en la persona de un ángel semejante a un hombre; o El podría ser representado por "ángeles" como en el Sinaí cuando le dió la ley a Moisés (Hechos 7:53; Gálatas 3:19). Así como El preparó guiar a Israel desde el Sinaí hasta Canaán, Dios prometió que enviaría a alguien delante de ellos, "mi Ángel...que te guarde...en el camino," alguien al cual Dios pondría Su Nombre y al cual ellos deberían de escuchar (Exodo 23:20-23). Isaías habla de esta persona como de alguien que estaba con ellos en la región árida como "el ángel de su faz" (Isaías 63:9). Estaba en este "ángel de su presencia" que Jehová había mostrado a los patriarcas de la antigüedad.

Si la evidencia sostiene las reclamaciones hechas por Jesús de que El había venido de Dios, habló la verdad cuando declaró que solamente El había visto a Dios. Todas las manifestaciones de Dios hasta ahora han sido a través de ángeles o de otros medios visibles por medio de los cuales Dios ha buscado impresionar al hombre con Su presencia, pero ningún hombre podría mirarlo y vivir. Ahora que El se ha manifestado a Sí mismo en Jesús, Su Hijo unigénito, la imagen manifestada de Sí mismo, Jesús podría decir, "El que me ha visto a mí, ha visto al Padre" (14:9).

Que El Conoce a Dios

Los griegos conocían dos palabras que son traducidas al inglés por la palabra *conocer*. Las palabras son *ginosko*, "conocer, venir a conocer"; y *oida*, "estar (intimamente) conocer, estar al corriente de, mantenerse en una (cercana) relación con."²¹

² Arndt and Gingrich, *A Greek-English Lexicon of the New Testament*, págs. 159-160.

Jesús usó ambas palabras en la descripción de Su conocimiento del Padre. En Su discurso sobre Sí mismo como “el buen pastor,” usó *ginosko*: “Yo soy el buen pastor; y conozco mis ovejas, y las mías me conocen, así como el Padre me conoce, y yo conozco (*ginosco*) al Padre” (Juan 10:14, 15). También, en Su oración al Padre, usó la misma palabra cuando dijo, “Padre justo, el mundo no te ha conocido, pero yo te he conocido (*egnon kinosko*)” (17:25). En ambas ocasiones Jesús usó la palabra que describe un conocimiento adquirido, un conocimiento derivado por la observación y la experiencia, “el conocimiento que es el resultado del discernimiento y el cual podría ser ampliado. Este conocimiento podría ser obtenido por factores externos o por simpatía espiritual.”³² Como una acción común de la humanidad a la cual vino para salvar y para participar con ellos en la totalidad de la experiencia humana, Jesús aprendería, vino al conocimiento de Dios por la experiencia, así como todos los hombres. El total sugerido en ambos pasajes es el conocimiento el cual es íntimo, directo y personal, “ambos siendo encontrados juntos por el amor santo e inseparable.”⁴³

Sobre las otras ocasiones en que Jesús usó *oida*, la cual indica un conocimiento más absoluto. En medio de la discusión en la cual estaba, dijo de Su relación con el Padre, “Pero yo le conozco (*oida*), porque de él procedo, y él me envió” (7:29). Esto “implica conocimiento absoluto: el conocimiento de la intuición y de la convicción satisfecha.”⁵⁴ Su origen y relación con el Padre es, y ha sido, de tal naturaleza que Cristo puede declarar el conocimiento de El, el cual otros no pueden tener; El lo conoce totalmente. El no estaba dependiendo sobre la misma fuente de conocimiento como lo estaban ellos; El trajo su conocimiento con El. En El tenemos la plenitud del conocimiento.

Jesús expresó este mismo conocimiento íntimo y confidente cuando más tarde dijo, “Aunque yo doy testimonio acerca de mí mismo, mi testimonio es verdadero, porque sé de donde he venido y a dónde voy; pero vosotros no sabéis de donde vengo, ni a dónde voy” (8:14). Con El el conocimiento era absoluto.

Jesús usó de nuevo la palabra *oida* cuando dijo, “Pero vosotros no le conocéis; más yo le conozco, y si dijere que no le conozco, sería mentiroso como vosotros, pero le conozco, y guardo su palabra” (Juan 8:55). Jesús conoció (*ginosko*) a Dios por la experiencia con El a través de Su palabra, por su advenimiento a conocer como podrían hacerlo todos los hombres; y El lo conoció (*oida*) con un conocimiento intuitivo - conocimiento que reflejaba Su presencia con el Padre en el cielo y el cual trajo con El del cielo. Pedro usó ambas palabras de Jesús dijo, “Señor, tú lo sabes (*oidas*, apelando a Su absoluto conocimiento) todo; tú sabes (*percibes, ginoskeis*, apelando a Su discernimiento) que te amo” (21:17).

Que El Revela A Dios

Aparte de su conocimiento de Dios y de la relación de Cristo con El, Jesús reclama que en El mismo estaba para ser encontrada una revelación completa de Dios. En el Prologo Juan ha hecho la reclamación de que “él (Jesús) le ha dado a conocer (a Dios)” (1:18). Conforme se acercaba el final de Su ministerio entre los hombres, Su muerte ya determinada por los fariseos y Sus atemorizados seguidores judíos para confesar su fe en El, Jesús hizo una audaz reclamación final cuando declaró, “El que cree en mí, no cree en mí, sino en el que me envió; y el que me ve, ve al que me envió” (12:44,45). El continuo con esta declaración de que el que lo contemplaba estaba contemplando al Padre con la difícil declaración adicional, “Porque yo no he hablado por mi propia cuenta; el Padre que me envió, él me dió el mandamiento de lo que he de decir, y de lo que he de hablar...Así pues, lo que yo hablo, lo hablo como el Padre me lo ha dicho” (versículos 49-50). Por lo tanto, contemplarlo a El era y es contemplar al Padre; y oírlo a El era y es oír al Padre. El era la revelación tanto del Padre como de Su palabra.

Un poco después de esto, cuando Jesús estaba observando la Pascua con sus discípulos, les declaró, “Si me conocieseis, también a mi Padre conoceríais; y desde ahora le conocéis y le habéis visto” (14:7). Felipe falló al captar el significado de la declaración e hizo una declaración que resume el deseo de todos los corazones humanos a través de la edades: “Señor, muéstranos

³ Marvin R. Vincent, *Word Studies in the New Testament*, Vol. II, pág. 88.

⁴ Henry Alford, *The Greek Testament*, Vol. I, pág. 766.

⁵ Vincent, pág. 88.

al Padre, y nos basta” (versículo 8). Jesús contestó a esta solicitud no solamente resumiendo una reclamación que la abarcará totalmente para El mismo como la revelación de Dios, sino que también implicó la profunda angustia de la idea de que El había estado entre ellos por largo tiempo, y aún estos que eran los más cercanos a El habían fallado para reconocerlo. Su respuesta fué, “¿Tanto tiempo hace que estoy entre vosotros, y no me has conocido. Felipe? El que me ha visto a mí, ha visto al Padre; ¿cómo, pues, dices tú: Muéstranos al Padre?” (versículo 9). Sus palabras fueron las palabras de Su Padre; Sus acciones fueron las acciones del Padre, así que el Padre estaba haciendo Sus trabajos (versículos 11, 12). Ellos debieron haberlo reconocido.

En estas palabras Jesús estaba reclamando por insinuación que en El estaba la revelación final de Dios. Porque si Dios estaba en El y si verlo era ver al Padre, no habría nada más que Dios pudiera revelar de Si mismo que pudiera ser comprensible al hombre en la carne. Si, en Cristo, Dios ha resumido la plenitud de la Deidad y todos los atributos de El mismo en su plenitud, entonces verdaderamente verlo a El era ver al Padre. La sed universal del alma humana por la revelación de Dios al hombre es satisfecha en Jesús si las evidencias sostendrán las declaraciones.

Estaba en el terreno de sus declaraciones que en El Dios hizo una revelación total y completa de El mismo, por lo cual Jesús hace la acusación, “Si yo no hubiera venido, ni les hubiera hablado, no tendrían pecado; pero ahora no tienen excusa por su pecado” (15:22). El pecado específico al cual hace referencia es que Lo aborrecieron: “El que me aborrece a mí, también a mí Padre aborrece” (versículo 23). Las palabras que Jesús ha enseñado y los trabajos que ha hecho estaban en responsiva con lo que ellos habrían esperado del Padre; entonces, estaban sin excusa por su culpa. Y al aborrecerlo estaban aborreciendo al Padre, el cual, en El, estaba haciendo Su trabajo y enseñanza; “pero ahora han visto y han aborrecido a mí y a mi Padre” (versículo 24).

Que El es Igual a Dios

Probablemente ninguna reclamación hecha por Jesús fué más grande o chocó más con Sus oyentes que aquella en la cual declaró igualdad con Dios. Sin embargo, esto debería ser esperada la luz de las reclamaciones ya presentadas. Jesús estaba en Jerusalén para una de las fiestas judías (5:1), cuando, por el estanque de Betesda, encontró y sanó a un hombre el cual por treinta y ocho años había estado en un estado de debilidad. Los judíos se enfurecieron porque los milagros fueron realizados el sábado; de esta manera lo acusaron de haber violado la ley del sábado. La respuesta de Jesús a la acusación fué, “Mi Padre hasta ahora trabaja, y yo trabajo” (5:17). Entonces Juan agregó, “Por esto los judíos aún más procuraban matarle, porque no sólo quebrantaba el día de reposo, sino que también decía que Dios era su propio Padre, haciéndose igual a Dios” (versículo 18).

Los judíos interpretaron correctamente las palabras de Jesús; El reclamaba una relación especial con Dios. Si El podía sanar a un lisiado, sería por el poder de Dios; si lo hizo en sábado, entonces tanto el trabajo como el sábado le pertenecían. Aunque si bien el Padre había descansado del trabajo de la creación, nunca había detenido el trabajo. Si el Padre trabaja, y Jesús trabaja los trabajos del Padre como la “mano” del Padre, entonces El y el Padre serían iguales. Como un asunto de hecho, en esta acusación ellos estaban acusando al Padre con haber roto el sábado.

Más tarde, en tanto que estaba en Jerusalén para la fiesta de la dedicación (10:22), los judíos lo abordaron, diciendo, “Si tú eres el Cristo, dínoslo abiertamente” (10:24). Jesús introdujo el asunto de Su relación con las ovejas, habiendo discutido esta relación en Su visita previa a Jerusalén (10:1-16), haciendo la declaración de que nadie podría arrebatarnos de Su mano o agarrarlos de la mano del Padre. Para esto El agregó, “Yo y el Padre uno somos” (10:30). La declaración es más que una declaración de alguien que está al cuidado de las ovejas; El y Su Padre son dos personas, pero uno en esencia. La declaración es que El es “la imagen misma (el sello) de su (del Padre) sustancia” (Hebreos 1:3). Jesús y Su Padre son uno en Deidad, uno en propósito, y uno en poder; esta es la declaración de Jesús en Su relación para con el Padre.

Sin embargo, a pesar de estas declaraciones, Jesús reconoce que en algunos sentidos el Padre era más grande que El. Jesús le había dicho a sus discípulos lo que el había de entregar. Esto debería haberlos llenado con regocijo en lugar de tristeza, debido a que estaba yendo al Padre; “Porque”, El dijo, “el Padre es mayor que yo” (14:28). Un resumen de Luther sobre el

significado de las palabras de Jesús es dado por Alford, "Esta palabra `más grande´ no es usada aquí en referencia a la *Naturaleza o Esencia del Hijo en relación al Padre*, - sino como indicando esa subordinación particular al Padre en la cual estaba el Señor Jesús"⁶⁵. Pablo sostiene este punto cuando escribió, "el cual, siendo en forma de Dios, no estimó el ser igual a Dios como cosa a que aferrarse, sino que se despojó a sí mismo, tomando forma de siervo, hecho semejante a los hombres; y estando en la condición de hombre, se humilló a sí mismo, haciéndose obediente hasta la muerte, y muerte de cruz" (Filipenses 2:6-8). En todo lo que Jesús hizo, llevó a cabo la voluntad del Padre. También, la totalidad de Su enseñanza era la enseñanza del Padre. El Padre se estaba revelando a Si mismo en El. En la Deidad eran iguales; en superioridad eterna, en rango, y en preeminencia, el Padre era más grande que El.

Un reconocimiento anterior de Su igualdad con el Padre es Su aceptación de adoración por parte de otros. Jesús dijo que "los verdaderos adoradores adorarán al Padre en espíritu y en verdad" (4:23,24). Sin embargo, cuando el hombre que nació ciego, aquel cuyos ojos Jesús había abierto, fué dicho por Jesús que El era el Hijo de Dios, el hombre respondió diciendo, "Creo, Señor; y le adoró" (9:38). Jesús aceptó esta adoración y tomó esto como algo que estaba en orden. Ya sea que El era igual a Dios y entonces digno de adoración, o era un hipócrita de los tintes más siniestros.

Que El Hace los Trabajos de Dios - Poseyendo la Potencia de Dios

Capítulo 1

La Proposición Establecida

Capítulo 1: Introducción

La proposición del Evangelio de Juan es claramente declarada por el escritor cuando él dijo, "Hizo además Jesús muchas otras señales en presencia de sus discípulos, las cuales no están escritas en este libro. Pero éstas se han escrito para que creáis que Jesús es el Cristo, el Hijo de Dios, y para que creyendo, tengáis vida en su nombre" (20:30, 31). La vida eterna depende sobre esta fe; nada más lo hará. Ya sea que Jesús es el Cristo, el Hijo de Dios -todo eso que El afirmó ser- o El era y es un impostor. No hay punto de vista intermedio. Esta es la proposición de Juan; es la proposición de este libro.

Nada será asumido, pero todo argumento estará basado sobre la evidencia presentada por Juan el apóstol. El libro (el Evangelio de Juan) esta aquí, y eso está en él, es en él; es ya sea hecho o ficción. La pregunta del autor del Evangelio no está bajo discusión; esto es confrontado por los escritores de las introducciones al libro. Fue escrito por alguien que no mencionó mucho su propio nombre, pero cuyo nombre ha venido a nosotros como Juan. El escritor no afirma directamente inspiración por si mismo en las cosas de las cuales escribió, pero afirma escribir como un testigo de las cosas de las cuales escribe (21:24). Sin embargo, hace una reclamación indirecta de la inspiración por el Espíritu Santo cuando cita la promesa de Jesús a los once apóstoles en la noche antes de la crucifixión, cuando El dijo del Espíritu, "pero vosotros le conocéis, porque mora con vosotros (los apóstoles), y estará en vosotros" (14:17). El continuó su discurso hacia ellos diciendo, "Más el Consolador, el Espíritu Santo, a quien el Padre enviará en mi nombre, él os enseñará todas las cosas, y os recordará todo lo que yo os he dicho" (14:26). La promesa hacia ellos de la guía del Espíritu Santo fue de esa forma hecha cuando Jesús dijo, "Pero cuando venga el Espíritu de verdad, él os guiará a toda la verdad" (16:13). Juan es uno de los apóstoles, y el autor del libro era un apóstol; entonces, era dirigido por el Espíritu. Esta promesa y su total cumplimiento es así presentado en el capítulo 10. El libro llamado "el Evangelio de Juan" está aquí; deberá ser oído sobre los méritos de su propio contenido.

En la determinación ya sea de que la evidencia de la deidad de Cristo es válida o inválida, verdadera o falsa, la razón deberá servir al propósito para la cual fue designada. La función de la razón es asentar en el juicio o en la evidencia, deducir una conclusión o decisión, y rendir un veredicto de creer o no creer en eso lo cual la evidencia parece sustentar. Cuando la evidencia es presentada para sustentar un hecho asumido, el juicio para el cual la razón deduce, creído o no creído, dependerá sobre varios factores:

1. La fuerza o la debilidad con la cual la evidencia propuesta para sostener el hecho asumido.
2. La claridad con la cual la evidencia es presentada.
3. La habilidad mental del oyente para pesar y evaluar el testimonio; esto es, la perspicacia lógica con la cual el individuo está dotado.
4. La honestidad del individuo que está pesando la evidencia.

5. El grado en el cual los juicios pre-aceptados han sido planteados en la mente del individuo -su experiencia y entrenamiento.

Si la evidencia es suficientemente fuerte y es claramente presentada, y si el individuo es honesto y tiene la habilidad mental para pesar la evidencia, entonces el prejuicio de juicios pre-aceptados serán superados. Puede tomar un tiempo más largo ver la verdad para alguien que tenga conclusiones previamente aceptadas que para alguien sin tales pre-conclusiones; pero como la semilla plantada y cultivada, deberá madurar eventualmente. Cuando la evidencia es fuerte y apropiadamente presentada y cuando el que aprende no tiene los prejuicios de enseñanzas erróneas serán superadas, la razón puede solamente juzgar, "yo creo". Si la evidencia es débil o ilógicamente presentada, si esta basada en suposiciones no verificadas, si el individuo es deshonesto o de una habilidad mental insuficiente para evaluar la evidencia y captar su significado, el resultado será, "yo no creo".

La función de la razón por si sola no determina ya sea que el hecho sea posible o imposible. La razón no puede determinar ya sea que alguien pudiera germinar en la matriz de una mujer no impregnada por la esperma masculina, o ya sea que un cuerpo muerto pudiera ser levantado de nuevo a la vida. Aún más, su función es pesar la evidencia que reclama sostener los hechos. La razón deberá sentar el juicio sobre la evidencia y determinar si es válida o inválida, verdadera o falsa, fuerte o débil. Cuando esto ha sido hecho y se ha deducido una conclusión sobre el peso de la evidencia, ha servido a su propósito. La voluntad deberá entonces hacerse cargo.

El libro de Juan propone llevar adelante la evidencia la cual sostiene la factibilidad de la existencia de Jesús el Cristo, el Hijo de Dios. La evidencia del convenció a Juan; convenció a otros de esos días; y ha sido escrita y preservada para que pueda convencer a todos aquellos que darán un juicio imparcial en cada generación. Lo primero que Jesús requiere para la fe es que el oyente sea honesto; fue el oyente bueno y honesto el que dio buen fruto (Lucas 8:15). El oyente honesto llegará a un juicio imparcial.

En "el Prologo" (1:1-18), la introducción de Juan a su Evangelio, el apóstol presenta a Jesús como Dios, un ser eterno, y el creador de todas las cosas. También lo presenta como la revelación completa de Dios y de Su gracia, el cual vino al mundo a desafiar a las tinieblas y a la muerte, y a confrontarlos en una batalla que los deja a ambas rebajadas a una completa derrota. Las afirmaciones del Prologo son dignas de una consideración cuidadosa puesto que estas establecen el escenario para el total del libro.

Lección 1.

La Relación de Cristo con la Deidad: la esencia

Juan inicia con la afirmación: "En el principio *era* el Verbo" (1:1a). Juan nos lleva al inicio de todas las cosas, la creación de los cielos y de la tierra (Génesis 1:1), donde encuentra que el Verbo ya *era*. El, el Verbo, entonces es sin inicio, no creado, eterno. Este Verbo, declara Juan, "fue hecho carne, habitó entre nosotros" como el unigénito Hijo de Dios (1:14). Antes del inicio de la creación, El ya era.

Antes, El estaba *con* Dios (1:1b). La expresión significa más que la simple coexistencia; sino que conlleva la idea de relación y comunión activa (Westcott). El termino expresa la presencia de una persona con otra (Dods). El Verbo, entonces, no es solamente eterno, sino también personal; El estaba con Dios antes de que El reveló a Dios. Siendo *con* Dios identifica al Verbo como una de las personas de la Divinidad, en tanto que aún mantiene su propia identidad.

Y aún más, "el Verbo *era* Dios" (1:1c). El énfasis en esta frase no está sobre la palabra *era*, sino sobre la palabra *Dios*. El Verbo era *Deidad*. Juan no dice que el Verbo era *un* Dios, ni dice que el Verbo era *el* Dios; él dice "el Verbo era *Dios*. El Verbo era Dios en Su naturaleza y en Su ser, poseyendo la plenitud del ser divino, la potencia y atributos. El escritor de Hebreos resume el pensamiento cuando dijo, "el cual, siendo el resplandor de su gloria (de Dios), y la imagen misma de su sustancia" (Hebreos 1:3). Los teólogos usan la palabra *esencia*; El era la misma *esencia* de Dios. No hay nada de Dios que el hombre en la carne pudiera comprender o captar de la naturaleza, el carácter o el ser de Dios, tan lejos como él está en la carne, que Dios no haya resumido en Cristo.

En Su relación con la Deidad, El existió antes que la creación; entonces, El era eterno. El estaba con Dios, personal, en comunión con El. El era Deidad en si mismo, la muy imagen de la esencia divina.

Lección 2

La Relación de Cristo con el Mundo Físico: El Creador

En Su relación con la creación, Juan declara: "Todas las cosas por él fueron hechas, y sin él nada de lo que ha sido hecho, fue hecho" (1:3). Todas las cosas, tomadas en forma estricta, una por una, fueron hechas por El. El era el agente activo a través del cual todos los seres o cosas creadas vinieron a la existencia. Dios fue el Creador en el sentido de que El propuso y planeó la creación. Así cuando los veinticuatro ancianos cantaron la canción de gratitud a Dios por la creación de todas las cosas, ellos dijeron, "porque tú creaste todas las cosas, y por tu voluntad existen y fueron creadas" (Apocalipsis 4:11). Todas las cosas para ser creadas fueron diseñadas en la mente de Dios antes de que vinieran a la existencia. Su creación vino como una expresión de su voluntad. Fue por la voluntad de Dios que ellas fueron, pero fueron creadas por Jesucristo como el Verbo de Dios. Esto coloca a Cristo antes que todas las cosas, tanto en tiempo y en preeminencia o primacía.

La Relación de Cristo con el Mundo Moral: la Vida y la Luz

Pasando de la creación del universo al reino espiritual o moral, Juan dice de El, "En él estaba la vida, y la vida era la luz de los hombres" (1:4). La vida en la totalidad de su plenitud o en lo más completo estaba en El. Ese gran abismo separa lo inanimado y lo animado fue traspasado por el Verbo. Pero aún más, eso que separa lo no moral de lo moral fue también traspasado por El en quien estaba la vida. De El procede la vida que ha dado la luz a los hombres, la revelación de Dios la cual apela a la conciencia y a la razón del hombre. La vida no solamente da la luz a un mundo obscurecido, sino que es esa la cual apresura en el hombre una respuesta a la luz. Más aún, esa "luz de los hombres" se extendió más allá de los judíos para incluir a los gentiles; incluyó a todos los hombres.

Lección 3.

La Relación de Cristo con las Tinieblas: Retador y Vencedor

La vida, "la cual era la luz de los hombres" fue inmediatamente desafiada por la oscuridad: "Y la luz en las tinieblas resplandece, y las tinieblas no prevalecieron contra ella" (1:5). Es preferida la lectura al margen, "las tinieblas se volvieron contra ella." La luz vino al mundo a desafiar a las tinieblas para iluminar a cada hombre, pero desde el momento de su entrada al mundo hubo conflicto entre la luz y la oscuridad moral las cuales habían mantenido cautiva por tanto tiempo a la familia humana. "La frase completa es de hecho una paradoja estarlina. La luz no hecha fuera a las tinieblas: la oscuridad no abruma a la luz. Las dos coexisten en el mundo al lado de la otra" (Westcott). En esta declaración Juan introduce el conflicto el cual es visto a través de todo el libro. La luz invade el reino de las tinieblas y de allí sigue el conflicto entre la luz y las tinieblas, entre la verdad y el error, entre la fe y la incredulidad, el cual al final abandona las tinieblas, el error y la incredulidad totalmente derrotados.

En este punto el escritor introdujo a Juan el Bautista y a su trabajo. El no era la luz, pero su misión fue conducir testigos a la luz. Es introducido como uno enviado de Dios, un mensajero enviado divinamente en una misión divina. Pero la luz verdadera "que alumbra a todo hombre" estaba ahora viniendo al mundo, el Verbo en persona.

La Relación de Cristo con la Humanidad: Creador y Benefactor

Habiendo afirmado que todas las cosas fueron hechas por medio de El (versículo 3), Juan procede a decir, "En el mundo estaba," la suma total del ser creado del cual El mismo fue el creador; porque "el mundo por él fue hecho" (1:10a), pero el mundo no lo conoció. El había estado en todo momento, ordenando, controlando, guiando, "sustentando todas las cosas con la palabra de su poder" (Hebreos 1:3), como el único en el cual "todas las cosas subsisten" (Colosenses 1:17). Pero ese mundo, el mundo racional de la humanidad, el cual debería haberlo reconocido debido al parentesco divino, "no le conoció" (versículo 10b). La afirmación de Pablo ayuda en el entendimiento de esto; él dice, "el mundo no conoció a Dios mediante la sabiduría" (1a. Corintios 1:21), y "habiendo conocido a Dios, no le glorificaron como a Dios," debido a que "cambiaron la verdad de Dios por la mentira, honrando y dando culto a las criaturas antes que al Creador, el cual es bendito por los siglos" (Romanos 1:21, 25).

De una manera especial El vino a los suyos, a los judíos, pero ellos no lo recibieron. Pero a todos los que creyeron en El, El les dio el poder o rectitud de volver a ser los niños de Dios, los niños de una familia espiritual (versículos 11:13). Y ahora, como la luz que alumbra a cada hombre, El estaba viniendo al mundo a los judíos los cuales lo rechazaron y a los gentiles, los cuales en tiempo pasado habían rehusado tenerlo en su conocimiento. En esta declaración Juan está afirmando que en Su relación con el mundo, El era tanto su Creador como su Benefactor.

Lección 4

La Relación de Cristo con el Padre: la Revelación

Era este Verbo la Deidad eterna, el Creador, y el Sustentador del universo, el cual había venido al mundo en la carne. “Y aquel Verbo fue hecho carne, y habitó entre nosotros (y vimos su gloria, gloria como del unigénito del Padre), lleno de gracia y de verdad” (1:14). Aquí esta la Deidad en la carne, la manifestación de Dios en una forma visible y tangible, el advenimiento a este mundo de uno que está fuera de él. El “habitó” entre ellos. La palabra *habitó* (skeno) significa “preparar un tabernáculo (o tienda), un tabernáculo” (Thayer). En la antigua dispensación, como la “gloria”, Dios había hecho su morada entre Israel en el tabernáculo (Éxodo 40:34-38). De la misma manera ahora el Verbo tomaba Su morada o tabernáculo entre nosotros en la carne. Por lo tanto, Juan dice, “Nosotros vimos”, esto es, observamos, consideramos, tuvimos la ocasión de estudiar Su gloria. En las cosas que escribió en el resto de su libro, el apóstol nos da una oportunidad de contemplar, observar y estudiar esta gloria, así que deberá ser alcanzada una decisión acerca de quien es El. También, uno deberá determinar ya sea que la gloria manifestada en El es meritoria o no de lo cual debería corresponder a una persona divina tal y como El reclamó ser.

El reveló al Padre en la carne: “A Dios nadie le vio jamás; el unigénito Hijo, que está en el seno del Padre, él le ha dado a conocer” (1:18). *Conocer (exegeomai)*, “metafóricamente, prolongar en narrativa, abrir en enseñanza; abrir, conocer” (Thayer). El hombre había visto visiones, teofanías, y apariencias angélicas de Dios; pero hasta el advenimiento de Jesús en la carne, ningún hombre había visto a Dios en persona. Ahora, “el unigénito Hijo de Dios”, El que era con Dios desde el principio y el cual era la deidad misma, era revelado, interpretado, Dios abierto, trayendo “una exposición satisfactoria” de El.

En Su relación con Dios el Padre, El es el hijo unigénito, la revelación completa y perfecta de El. En esto el cumplió las palabras de los profetas los cuales habían declarado antes que El sería “Emanuel” - Dios con nosotros - (Isaías 7:14); el “compañero” de Dios (Zacarías 13:7); el “niño...nacido,” el “hijo...dado” cuyo nombre sería llamado “Admirable, Consejero, Dios fuerte, Padre eterno, Príncipe de paz” (Isaías 9:6, 7).

Lección 5

Su Relación con la Gracia: La Plenitud

En El nosotros contemplamos no solamente la gloria como del unigénito del Padre, sino que lo contemplamos como uno “lleno de gracia y de verdad” (1:14). Juan declara de nuevo, “Porque de su plenitud tomamos todos, y gracia sobre gracia. Pues la ley por medio de Moisés fue dada, pero la gracia y la verdad vinieron por medio de Jesucristo” (1:16, 17).

Cristo, el Verbo, es la plenitud de la Deidad, la plenitud de Dios. La palabra *plenitud* es usada por Juan y por Pablo con la misma connotación. Pablo dice, “por cuanto agradó al Padre que en él habitase toda plenitud” (Colosenses 1:19); y, “Porque en él habita corporalmente toda la plenitud de la Deidad, y vosotros estáis completos en él” (Colosenses 2:9, 10). Lightfoot explica la palabra *plenitud* (*pleroma*) como “aquel que está completo, por ejemplo, el complemento, la mentira total, el número entero o cantidad, la plenitud, la perfección.”¹ Por lo tanto, la plenitud, la perfección, la plenitud de Dios o de la Deidad es resumida en Cristo; de El procede la gracia y la verdad en su plenitud y totalidad. No solamente son todos los atributos y características de Dios resumidas en Cristo, sino que también la totalidad de Dios mismo habitó en Su cuerpo (Colosenses 2:9). El favor no merecido de Dios fluye entonces a través de El hacia nosotros.

La Pregunta

Estas son las declaraciones del Prologo. Esto plantea la pregunta: ¿La evidencia disponible sostiene las declaraciones? Así como Juan presenta el testimonio, la razón deberá pesar y entonces determinar la respuesta. Para una posible conclusión somos dejados con cinco alternativas:

1. Jesús nunca vivió, sino que fue el producto de la mente humana, un producto de la imaginación de Juan y de los otros evangelistas los cuales dejaron los registros de Su vida y de sus actividades. Sin embargo, puesto que estamos considerando la presentación de Jesús por parte de Juan, las evidencias ofrecidas por Juan es un producto de su férvida imaginación; y tanto las reclamaciones como las evidencias ofrecidas por Juan sobre Jesús son el producto de su propia imaginación sin fundamentos. O

2. Jesús vivió, pero era merecidamente un buen hombre, un gran maestro, un gran filósofo y moralista el cual poseyó un concepto más grande y más profundo de Dios como Espíritu que cualquiera que ha vivido antes que El o después que El. Jesús fue capaz por su propia grandeza y bondad para engendrar y desarrollar en las mentes de Sus discípulos conceptos tales de El mismo tal y como son presentados por Juan. O,

3. Jesús no era el Mesías, pero era un judío profundamente religioso del norte de Palestina. El creyó que El lo era. En su confianza y total conocimiento del Antiguo Testamento, El era capaz de impresionar a los cándidos y crédulos campesinos, y a los habitantes de las aldeas de Galilea los cuales al igual que El, también, vinieron a creer que era el Cristo. O

4. Jesús era un astuto y hábil impostor, capaz de engañar a Juan y a los otros a los cuales El convenció que era el Mesías que estaban esperando. El se convirtió en el

¹ J. B. Lightfoot, *St. Paul's Epistle to the Colossians*, p. 256

más grande impostor de la historia, de tal manera que los engañó completamente al igual que a millones puesto que han sido convencidas y engañadas por Su imposición, O,

5. Jesús era lo que Juan declaró de El, y lo que El declaró de Sí mismo: el Cristo, el Hijo de Dios, el Mesías de la profecía.

Cuando es considerada la primera de estas alternativas, uno es enfrentado con la pregunta de si Juan era lo suficientemente grande para crear aquello de lo cual estaba declarando, y si era capaz de crear fuera de su propia imaginación la enseñanza que atribuye a Jesús. ¿Era él capaz de crear personajes tales que viven en su Evangelio y acomodar sus testimonios en una forma tal para hacer que su libro viva a través de los siglos? Claramente establecido, lo cual es la más grande maravilla; ¿Jesús y la evidencia de los hechos como Juan los presentó, o la creación de un personaje como Jesús y la evidencia de la imaginación de un pescador de Galilea? La razón deberá determinar la respuesta.

La segunda alternativa es excluida en el terreno de las declaraciones de Jesús. Sus reclamaciones son tales que ó El era el Cristo o no era un buen hombre. A menos que El era lo que reclamó ser, El era un impostor, un blasfemo, un hipócrita, un engañador y un mentiroso. El no podría declarar falsamente lo que El reclamó para Sí mismo y al mismo tiempo ser un buen hombre.

La tercera alternativa no explica la tumba vacía, la conversión y el trabajo de Saulo de Tarso, o la impresión de Jesús sobre los gentiles y sobre la historia.

La cuarta alternativa nos deja con el problema de aceptar el concepto más grande de Dios y el sistema más grande de conocimientos morales y éticos para hombres como la progenie de impostores, engañadores y mentirosos más grande del mundo. Esto es un absurdo, pero es un axioma aceptado por aquel que se pone en aprietos al sostenerlo después en su mente. De tal manera que sostener un pecado esto no podría producir los buenos frutos requeridos.

Somos dejados solamente con la quinta alternativa como una que puede ser aceptada si puede ser rechazado que Jesús era un buen hombre, que El reveló el concepto más elevado del que el mundo había tenido, y que el sistema de normas éticas y morales tomadas por El eran sin escape. Así como la evidencia es presentada por Juan y la razón es pesada, el lector deberá determinar lo que deberá hacer con Jesús. El libro está aquí; lo que está en él, es en él; y es un hecho o una ficción. Si es un hecho, entonces Jesús es el Cristo, y el Hijo de Dios y el Salvador del mundo. Si es ficción, entonces Juan ha perpetrado sobre el género humano un fraude de proporciones gigantescas con un motivo desconocido para su fraude.

Capítulo 2

Su Relación con Dios

Las declaraciones que Jesús hace acerca de si mismo son expuestas en el evangelio de Juan, y si son sostenidas, son de tal manera que prueban que El es el Hijo de Dios; si ellas no son sostenidas, son tales que proveen que El ha sido el archi-impostor de la historia. En este y en los siguientes dos capítulos las declaraciones son presentadas. En estos capítulos no se hace ningún esfuerzo para probar que las declaraciones son verdaderas, pero los siguientes capítulos presentarán la evidencia que Juan presenta para sostener las declaraciones que han sido hechas. Jesús declara:

Lección 6

Que El vino de Dios (Parte 1)

Jesús introdujo a Nicodemo la necesidad de un nuevo nacimiento para poseer los derechos y los privilegios de la ciudadanía en el reino de Dios (Juan 3:1-8). Nicodemo entonces expresó dificultad en el entendimiento del concepto de un nuevo nacimiento (versículo 9), con lo cual Jesús lo reprendió suavemente por no ser capaz de entender estas cosas. Jesús sentía que, como un maestro de Israel, Nicodemo debería comprender lo que El estaba diciendo (versículos 10-12). Jesús procede entonces a la discusión de las cosas celestiales haciendo la declaración de que “Nadie subió al cielo, sino el que descendió del cielo; el Hijo del Hombre, que está en el cielo” (versículo 13). La última expresión, “que está en el cielo,” está probablemente entre paréntesis, y es de nuevo la explicación de Juan de que uno que vino del cielo ciertamente podría regresar a ese reino de donde vino. Jesús expresa aquí su declaración al derecho de hablar de las cosas celestiales sobre la base de que El había descendido de los cielos. El había venido del cielo; entonces, El había traído información de primera mano sobre todo de lo cual El habló.

Después de la alimentación a los cinco mil, Jesús lanzó un discurso acerca del pan de vida. Sus declaraciones concernientes a El mismo y Su relación con este pan son significativas. “Porque el pan de Dios es aquel que descendió del cielo y da vida al hombre” (Juan 6:33); “Yo soy el pan de vida (Juan 6:35); “Porque he descendido del cielo, no para hacer mi voluntad, sino la voluntad del que me envió” (Juan 6:38); “Yo soy el pan vivo que descendió del cielo”; El asegura a sus oyentes que si alguien pudiera comer de este pan podría vivir para siempre (versículo 51). Y, finalmente, El los desafió con la pregunta, “¿Pues qué, si viereis al Hijo del Hombre subir a donde estaba primero?” (versículo 62). Estas declaraciones fueron demasiado para la mayoría de los judíos los cuales lo oyeron, porque “Desde entonces muchos de sus discípulos volvieron atrás, y ya no andaban con él” (versículo 66). Los doce, sin embargo, confesaron su fe en El y continuaron con El. Para convencer a alguien, ya sea entonces o ahora, de que El es el pan de vida que bajó del cielo, la evidencia deberá ser suficientemente fuerte para persuadir al hambriento espiritual a comerlo.

Lección 7

Que El vino de Dios (Parte 2)

Llegó el tiempo de la fiesta de los tabernáculos (Juan 7:2); y en lugar de ir a Jerusalén con Sus hermanos, Jesús subió a Jerusalén solo luego de que ellos se hubieron ido. Cuando llegó a la ciudad, había mucho interés sobre El. Alguien dijo, “Es bueno; pero otros decían; No sino que engaña al pueblo” (Juan 7:12). En medio de este interés sobre El y no obstante el hecho de que los judíos buscaban matarlo, El subió abiertamente al templo y empezó a enseñar. Si El era de Dios como había declarado, El debería hacer la voluntad de Dios para lo cual El fue enviado. Algunos judíos esperaban que su Mesías apareciera repentinamente, de una dirección desconocida (Juan 7:27), en tanto que otros esperaban que El viniera de Belén, la ciudad de David (Juan 7:42). Jesús les dijo que El era, el hijo de María y de José (como ellos suponían), y de donde era El (Nazaret), pero lo que ellos no sabían de El es quien lo había enviado (Juan 7:27,28). El entonces hizo la declaración estornina: “Pero yo le conozco, porque de él procedo, y él me envió” (Juan 7:29).

En el punto de Su testimonio concerniente a El mismo, Jesús reconoció que desde el punto de vista de la ley Su testimonio solo no podría ser aceptado, estableciendo que Sus declaraciones requerirían más que el testimonio de Si mismo (Juan 5:31). Sin embargo, el testimonio debería ser verdadero debido a que debería ser verdad: El podría estar hablando de lo que conoció: “Respondió Jesús y les dijo: Aunque yo doy testimonio acerca de mí mismo, mí testimonio es verdadero, porque sé de donde he venido y a donde voy; pero vosotros no sabéis de dónde vengo, ni a donde voy” (Juan 8:14). En ese momento, había incompetencia para juzgar lo que El dijo, porque ninguno de ellos conoció las cosas de Dios ni lo que El habló. Su testimonio era verdadero, porque, habiendo venido de Dios, El sabía de lo que hablaba.

Lección 8

Que El vino de Dios (Parte 3)

Otra de las declaraciones de Jesús relativo a que El había venido de Dios fue hecha en el mismo discurso cuando El dijo, “Vosotros sois de abajo, yo soy de arriba;

vosotros sois de este mundo, yo no soy de este mundo” (Juan 8:23). Los judíos a los cuales El se dirigió eran “de abajo, de este mundo”; en contraste, El era “de arriba, no de este mundo.” Jesús medió a este mundo de hombres ruines en rebelión contra Dios. El estaba en él, pero no era de él; El estaba separado de ellos. Esto sugiere la pregunta acerca de como el logró introducirse a este mundo de abajo, habiendo venido de otro, esto es, de arriba. Habiendo El nacido de María y de José, debería haber sido de este mundo, así como lo eran ellos; pero puesto que El no era de este mundo, El debería haber entrado de otra manera. En la declaración Jesús infiere una entrada sobrenatural a este mundo.

En las declaraciones de Jesús consideradas posteriormente, El se relaciona a Sí mismo con un hombre como alguien con El. La pregunta es colocado sobre como el podría haber sido tanto Dios y hombre a menos de que hay sido engendrado en forma sobrenatural en el vientre de Su madre. Si Dios había creado para El un cuerpo especial, El no podría haber sido relacionado con los descendientes de Adán. Si Dios envió un ángel, no podría haber sido Dios manifestado en la carne. No hay otra alternativa sino que fue engendrado en forma sobrenatural. Porque Jesús está relacionado con Dios y con el hombre. La declaración indica un medio especial de entrada al mundo.

En el siguiente aliento Jesús afirmó la necesidad de la creencia en el hecho de que El vino de arriba y de que no es de este mundo; El dijo, “ porque si no creéis que yo soy, en vuestros pecados moriréis” (versículo 24). Si un nacimiento sobrenatural es esencial para El habiendo venido de arriba y de Su no existencia de este mundo, entonces esto deberá ser creído si a alguien se le permite morir en sus pecados. El hecho de su existencia de arriba y no de este mundo debería ser confirmada en su muerte. El indicó esta verdad cuando dijo, “Cuando hayáis levantado al Hijo del Hombre, entonces conoceréis que yo soy, y que nada hago por mí mismo, sino que según me enseñó el Padre, así hablo” (versículo 28). Esto involucra la resurrección. La resurrección, a la cual siguió la ascensión, sería la confirmación del testimonio de Su declaración de que El era de arriba y no de este mundo y de que El había entrado al mundo por medio de un nacimiento sobrenatural.

Lección 9

Que El vino de Dios (Parte 4)

Finalmente, en el mismo discurso, Jesús atribuye la actitud de ellos hacia El y su falta de amor hacia El al hecho de que ellos no amaron a Dios ni lo conocieron. El dijo: “Si vuestro padre fuera Dios, ciertamente me amaríais; porque yo de Dios he salido, y he venido; pues no he venido de mí mismo, sino que él me envió” (versículo 42).

La propia convicción de Juan, como de alguien que había estado con El por tres años y había tenido un tiempo y una oportunidad amplia para observar los hechos, es resumido cuando él describe la acción de Jesús en la última cena: “sabiendo Jesús que el Padre le había dado todas las cosas en las manos, y que había salido de Dios, y a Dios iba,” se levantó de la mesa y lavó los pies de los discípulos” (Juan 13:3). El uso esto como una ocasión no solamente para enseñar a los discípulos una lección de humildad y de servicio, sino también para enfatizar la necesidad de una limpieza moral y para señalar de que alguien entre ellos no estaba limpio (versículo 11).

En resumen: Jesús declaró que el vino de Dios, que El debería de regresar a Dios, que Dios lo había enviado, que El era el pan de vida el cual El ofreció al mundo el cual era de Dios, que El había venido abajo procedente de Dios. El declaró que Su conocimiento de Dios y Su testimonio del Padre eran verdad debido a su origen - ellos habían venido de arriba. Y más allá, excepto que ellos pudieran creer que El era de Dios, de arriba, morirían en sus pecados. Esto hace que la convicción en la Deidad y la naturaleza superior de Jesús sea imperativa para la salvación de los pecados.

Lección 10

Que Solo El Ha Visto a Dios (Parte 1)

Sobre la base de que El ha venido del Padre, Jesús hace las reclamaciones de que solamente El ha visto al Padre: “No hay alguno que haya visto al Padre, sino aquel que vino de Dios; éste ha visto al Padre” (6:46). El mismo Juan ha sido impresionado con este hecho, por lo cual él dijo en el prólogo, “A Dios nadie le vio jamás; el unigénito Hijo, que está en el seno del Padre, él le ha dado a conocer” (1:18). Pablo atestiguó el mismo hecho cuando escribió de El, “a quien ninguno de los hombres puede ver” (1a. de Timoteo 6:16).

Las reclamaciones hechas por Jesús inmediatamente levantan preguntas declaraciones encontradas en el Antiguo Pacto relacionadas con las apariciones de Dios a los hombres. Dios habló con Adán en el Edén (Génesis 3); “Jehová apareció a Abraham” (Génesis 17:1); y “le apareció Jehová (a Abraham)...y alzó sus ojos (Abraham) y miró, y he aquí tres varones que estaban junto a él” (Génesis 18:1-2). Estos tres hombres comieron los alimentos que el Patriarca preparó para ellos, después de lo cual Jehová le dijo lo que El había propuesto hacer con Sodoma. Dos de estos hombres son posteriormente mencionados como “ángeles” (Génesis 19:1, 15). Jehová también es mencionado cuando apareció a Isaac y a Jacob (Éxodo 6:3), a Moisés, y posteriormente a muchos otros.

Acerca de Moisés Jehová dijo, “Cara a cara hablaré con él, y claramente, y no por figuras; y verá la apariencia de Jehová” (Números 12:8). En el Sinaí, Moisés, acompañado por otros setenta y tres, subieron al monte, “y vieron al Dios de Israel...y contemplaron a Dios, y comieron y bebieron” (Éxodo 24:9-11). Sin embargo, Dios dijo a Moisés, “No podrás ver mi rostro; porque no me verá hombre, y vivirá” (Éxodo 33:20). Jehová entonces lo pone en la hendidura de una peña, y así cuando El pasó, a Moisés le fue permitido ver Sus espaldas (versículos 21-23).

Lección 11

Que solo El ha visto a Dios (Parte 2)

No obstante el hecho de que en los libros del Antiguo Testamento es dicho que algunos vieron a Dios, también es dicho en los mismos libros que ellos no pudieron verlos. Entonces viene a ser evidente que lo que ellos vieron fue un medio visible por medio del cual Dios escogió hacer una manifestación de Sí mismo. La manifestación podría ser una zarza ardiente, como en el Sinaí donde El apareció a Moisés, o una columna de nube en el día y una columna de fuego en la noche, con lo cual guió a Israel fuera de Egipto. O El podría visitar a Abraham en la persona de un ángel semejante a un hombre; o El podría ser representado por “ángeles” como en el Sinaí cuando le dio la ley a Moisés (Hechos 7:53; Gálatas 3:19). Así como El preparó guiar a Israel desde el Sinaí hasta Canaán,

Dios prometió que enviaría a alguien delante de ellos, “mi Ángel...que te guarde...en el camino,” alguien al cual Dios pondría Su Nombre y al cual ellos deberían de escuchar (Éxodo 23:20-23). Isaías habla de esta persona como de alguien que estaba con ellos en la región árida como “el ángel de su faz” (Isaías 63:9). Estaba en este “ángel de su presencia” que Jehová había mostrado a los patriarcas de la antigüedad.

Si la evidencia sostiene las reclamaciones hechas por Jesús de que El había venido de Dios, habló la verdad cuando declaró que solamente El había visto a Dios. Todas las manifestaciones de Dios hasta ahora han sido a través de ángeles o de otros medios visibles por medio de los cuales Dios ha buscado impresionar al hombre con Su presencia, pero ningún hombre podría mirarlo y vivir. Ahora que El se ha manifestado a Sí mismo en Jesús, Su Hijo unigénito, la imagen manifestada de Sí mismo, Jesús podría decir, “El que me ha visto a mí, ha visto al Padre” (14:9).

Lección 12

Que El Conoce a Dios (Parte 1)

Los griegos conocían dos palabras que son traducidas al inglés por la palabra *conocer*. Las palabras son *ginosko*, “conocer, venir a conocer”; y *oida*, “estar (íntimamente) conocer, estar al corriente de, mantenerse en una (cercana) relación con.”¹¹

Jesús usó ambas palabras en la descripción de Su conocimiento del Padre. En Su discurso sobre Sí mismo como “el buen pastor,” usó *ginosko*: “Yo soy el buen pastor; y conozco mis ovejas, y las mías me conocen, así como el Padre me conoce, y yo conozco (*ginosco*) al Padre” (Juan 10:14, 15). También, en Su oración al Padre, usó la misma palabra cuando dijo, “Padre justo, el mundo no te ha conocido, pero yo te he conocido (*egnon ginosko*)” (17:25). En ambas ocasiones Jesús usó la palabra que describe un conocimiento adquirido, un conocimiento derivado por la observación y la experiencia, “el

¹ Arndt and Gingrich, *A Greek-English Lexicon of the New Testament*, págs. 159-160.

conocimiento que es el resultado del discernimiento y el cual podría ser ampliado. Este conocimiento podría ser obtenido por factores externos o por simpatía espiritual.”²² Como una acción común de la humanidad a la cual vino para salvar y para participar con ellos en la totalidad de la experiencia humana, Jesús aprendería, vino al conocimiento de Dios por la experiencia, así como todos los hombres. El total sugerido en ambos pasajes es el conocimiento el cual es íntimo, directo y personal, “ambos siendo encontrados juntos por el amor santo e inseparable.”³³

Sobre las otras ocasiones en que Jesús usó *oida*, la cual indica un conocimiento más absoluto. En medio de la discusión en la cual estaba, dijo de Su relación con el Padre, “Pero yo le conozco (*oida*), porque de él procedo, y él me envió” (7:29). Esto “implica conocimiento absoluto: el conocimiento de la intuición y de la convicción satisfecha.”⁴⁴ Su origen y relación con el Padre es, y ha sido, de tal naturaleza que Cristo puede declarar el conocimiento de El, el cual otros no pueden tener; El lo conoce totalmente. El no estaba dependiendo sobre la misma fuente de conocimiento como lo estaban ellos; El trajo su conocimiento con El. En El tenemos la plenitud del conocimiento.

Lección 13

Que El Conoce a Dios (Parte 2)

Jesús expresó este mismo conocimiento íntimo y confidente cuando más tarde dijo, “Aunque yo doy testimonio acerca de mí mismo, mi testimonio es verdadero, porque sé de donde he venido y a dónde voy; pero vosotros no sabéis de donde vengo, ni a dónde voy” (8:14). Con El el conocimiento era absoluto.

Jesús usó de nuevo la palabra *oida* cuando dijo, “Pero vosotros no le conocéis; más yo le conozco, y si dijere que no le conozco, sería mentiroso como vosotros, pero le conozco, y guardo su palabra” (Juan 8:55). Jesús conoció (*ginosko*) a Dios por la experiencia con El a través de Su palabra, por su advenimiento a conocer como podrían hacerlo todos los hombres; y El lo conoció (*oida*) con un conocimiento intuitivo - conocimiento que reflejaba Su presencia con el Padre en el cielo y el cual trajo con El del cielo. Pedro usó ambas palabras de Jesús dijo, “Señor, tú lo sabes (*oidas*, apelando a Su absoluto conocimiento) todo; tú sabes (percibes, *ginoskeis*, apelando a Su discernimiento) que te amo” (21:17).

² Marvin R. Vincent, *Word Studies in the New Testament*, Vol. II, pág. 88.

³ Henry Alford, *The Greek Testament*, Vol. I, pág. 766.

⁴ Vincent, pág. 88.

Lección 14

Que El Revela A Dios (Parte 1)

Aparte de su conocimiento de Dios y de la relación de Cristo con El, Jesús reclama que en El mismo estaba para ser encontrada una revelación completa de Dios. En el Prologo Juan ha hecho la reclamación de que “él (Jesús) le ha dado a conocer (a Dios)” (1:18). Conforme se acercaba el final de Su ministerio entre los hombres, Su muerte ya determinada por los fariseos y Sus atemorizados seguidores judios para confesar su fe en El, Jesús hizo una audaz reclamación final cuando declaró, “El que cree en mí, no cree en mí, sino en el que me envió; y el que me ve, ve al que me envió” (12:44,45). El continuo con esta declaración de que el que lo contemplaba estaba contemplando al Padre con la difícil declaración adicional, “Porque yo no he hablado por mi propia cuenta; el Padre que me envió, él me dió el mandamiento de lo que he de decir, y de lo que he de hablar...Así pues, lo que yo hablo, lo hablo como el Padre me lo ha dicho” (versículos 49-50). Por lo tanto, contemplarlo a El era y es contemplar al Padre; y oirlo a El era y es oír al Padre. El era la revelación tanto del Padre como de Su palabra.

Un poco después de esto, cuando Jesús estaba observando la Pascua con sus discípulos, les declaró, “Si me conocieseis, también a mi Padre conoceríais; y desde ahora le conocéis y le habéis visto” (14:7). Felipe falló al captar el significado de la declaración e hizo una declaración que resume el deseo de todos los corazones humanos a través de la edades: “Señor, muéstranos al Padre, y nos basta” (versículo 8). Jesús

contestó a esta solicitud no solamente resumiendo una reclamación que la abarcará totalmente para El mismo como la revelación de Dios, sino que también implicó la profunda angustia de la idea de que El había estado entre ellos por largo tiempo, y aún estos que eran los más cercanos a El habían fallado para reconocerlo. Su respuesta fué, “¿Tanto tiempo hace que estoy entre vosotros, y no me has conocido. Felipe? El que me ha visto a mí, ha visto al Padre; ¿cómo, pues, dices tú: Muéstranos al Padre?” (versículo 9). Sus palabras fueron las palabras de Su Padre; Sus acciones fueron las acciones del Padre, así que el Padre estaba haciendo Sus obras (versículos 11, 12). Ellos debieron haberlo reconocido.

Lección 15

Que El Revela a Dios (Parte 2)

En estas palabras Jesús estaba reclamando por insinuación que en El estaba la revelación final de Dios. Porque si Dios estaba en El y si verlo era ver al Padre, no habría nada más que Dios pudiera revelar de Si mismo que pudiera ser comprensible al hombre en la carne. Si, en Cristo, Dios ha resumido la plenitud de la Deidad y todos los atributos de El mismo en su plenitud, entonces verdaderamente verlo a El era ver al Padre. La sed universal del alma humana por la revelación de Dios al hombre es satisfecha en Jesús si las evidencias sostendrán las declaraciones.

Estaba en el terreno de sus declaraciones que en El Dios hizo una revelación total y completa de El mismo, por lo cual Jesús hace la acusación, “Si yo no hubiera venido, ni les hubiera hablado, no tendrían pecado; pero ahora no tienen excusa por su pecado” (15:22). El pecado específico al cual hace referencia es que Lo aborrecieron: “El que me aborrece a mí, también a mí Padre aborrece” (versículo 23). Las palabras que Jesús ha enseñado y las obras que ha hecho estaban en responsiva con lo que ellos habrían esperado del Padre; entonces, estaban sin excusa por su culpa. Y al aborrecerlo estaban aborreciendo al Padre, el cual, en El, estaba haciendo Su trabajo y enseñanza; “pero ahora han visto y han aborrecido a mí y a mi Padre” (versículo 24).

Lección 16

Que El es Igual a Dios (Parte 1)

Probablemente ninguna reclamación hecha por Jesús fué más grande o chocó más con Sus oyentes que aquella en la cual declaró igualdad con Dios. Sin embargo, esto debería ser esperado a la luz de las reclamaciones ya presentadas. Jesús estaba en Jerusalén para una de las fiestas judías (5:1), cuando, por el estanque de Betesda, encontró y sanó a un hombre el cual por treinta y ocho años había estado en un estado de debilidad. Los judíos se enfurecieron porque los milagros fueron realizados el sábado; de esta manera lo acusaron de haber violado la ley del sábado. La respuesta de Jesús a la acusación fué, “Mi Padre hasta ahora trabaja, y yo trabajo” (5:17). Entonces Juan agregó, “Por esto los judíos aún más procuraban matarle, porque no sólo quebrantaba el día de reposo, sino que también decía que Dios era su propio Padre, haciéndose igual a Dios” (versículo 18).

Los judíos interpretaron correctamente las palabras de Jesús; El reclamaba una relación especial con Dios. Si El podía sanar a un lisiado, sería por el poder de Dios; si lo hizo en sábado, entonces tanto el trabajo como el sábado le pertenecían. Aunque si bien el Padre había descansado del trabajo de la creación, nunca había detenido el trabajo. Si el Padre trabaja, y Jesús trabaja las obras del Padre como la “mano” del Padre, entonces El y el Padre serían iguales. Como un asunto de hecho, en esta acusación ellos estaban acusando al Padre con haber roto el sábado.

Lección 17

Que El es Igual a Dios (Parte 2)

Más tarde, en tanto que estaba en Jerusalén para la fiesta de la dedicación (10:22), los judíos lo abordaron, diciendo, “Si tú eres el Cristo, dínoslo abiertamente” (10:24). Jesús introdujo el asunto de Su relación con las ovejas, habiendo discutido esta relación en Su visita previa a Jerusalén (10:1-16), haciendo la declaración de que nadie podría arrebatarnos de Su mano o agarrarnos de la mano del Padre. Para esto El agregó, “Yo y el Padre uno somos” (10:30). La declaración es más que una declaración de alguien que está al cuidado de las ovejas; El y Su Padre son dos personas, pero uno en esencia. La declaración es que El es “la imagen misma (el sello) de su (del Padre) sustancia” (Hebreos 1:3). Jesús y Su Padre son uno en Deidad, uno en propósito, y uno en poder; esta es la declaración de Jesús en Su relación para con el Padre.

Sin embargo, a pesar de estas declaraciones, Jesús reconoce que en algunos sentidos el Padre era más grande que El. Jesús le había dicho a sus discípulos lo que el había de entregar. Esto debería haberlos llenado con regocijo en lugar de tristeza, debido a que estaba yendo al Padre; “Porque”, El dijo, “el Padre es mayor que yo” (14:28). Un resumen de Luther sobre el significado de las palabras de Jesús es dado por Alford, “Esta palabra ‘más grande’ no es usada aquí en referencia a la *Naturaleza o Esencia del Hijo en relación al Padre*, - sino como indicando esa subordinación particular al Padre en la cual estaba el Señor Jesús”⁵. Pablo sostiene este punto cuando escribió, “el cual, siendo en forma de Dios, no estimó el ser igual a Dios como cosa a que aferrarse, sino que se despojó a sí mismo, tomando forma de siervo, hecho semejante a los hombres; y estando en la condición de hombre, se humilló a sí mismo, haciéndose obediente hasta la muerte, y muerte de cruz” (Filipenses 2:6-8). En todo lo que Jesús hizo, llevó a cabo la voluntad del Padre. También, la totalidad de Su enseñanza era la enseñanza del Padre. El Padre

⁵

Alford, pág. 804

se estaba revelando a Si mismo en El. En la Deidad eran iguales; en superioridad eterna, en rango, y en preeminencia, el Padre era más grande que El.

Un reconocimiento anterior de Su igualdad con el Padre es Su aceptación de adoración por parte de otros. Jesús dijo que “los verdaderos adoradores adorarán al Padre en espíritu y en verdad” (4:23,24). Sin embargo, cuando el hombre que nació ciego, aquel cuyos ojos Jesús había abierto, fue dicho por Jesús que El era el Hijo de Dios, el hombre respondió diciendo, “Creo, Señor; y le adoro” (9:38). Jesús aceptó esta adoración y tomó esto como algo que estaba en orden. Ya sea que El era igual a Dios y entonces digno de adoración, o era un hipócrita de los tintes más siniestros.

Lección 18

Que El Hace las Obras de Dios - Poseyendo la Potencia de Dios (Parte 1)

La curación del hombre lisiado por parte de Jesús en día sábado ha sido introducido en el punto anterior. Este incidente había llevado a los judíos a acusar a Jesús de que se había hecho igual a Dios (5:18). Jesús contestó diciendo, “No puede el Hijo hacer nada por sí mismo, sino lo que ve hacer al Padre; porque todo lo que el Padre hace, también lo hace el Hijo igualmente” (versículo 19). De nuevo declaró que el Padre muestra al Hijo todas las cosas que el Padre hace; y “mayores cosas que estas le mostrará, de modo que vosotros os maravilléis” (versículo 20). En el resto del capítulo, Jesús hace algunas de sus más asombrosas declaraciones con respecto al trabajo que El ha venido a hacer.

El Daría Vida Espiritual. “Porque como el Padre levanta a los muertos, y les da vida, así también el Hijo a los que quiere da vida” (versículo 21). El poder de dar vida y de levantar de la muerte era considerado por los judíos como prerrogativas de Dios y como una expresión del poder más alto.⁶⁶ La vida que propone Jesús dar aquí es vida espiritual, vida eterna (versículo 24). Esta vida es impartida a través del oír de Su palabra (versículo 25). Esta vida es de Dios, dada al Hijo, y por lo tanto habría de ser vida eterna, ya que Dios mismo es eterno (versículo 26). Verdaderamente este era el trabajo de Dios, pero es un trabajo que ahora es vertido en el Hijo.

El Juzgaría. Este era un trabajo el cual hasta ahora era una prerrogativa del Padre solamente. Pero el Padre no juzga, “sino que todo el juicio dió al Hijo, para que todos honren al Hijo como honran al Padre” (versículos 22, 23). Juzgar (*krino*) es “pronunciar una opinión concerniente a lo que es justo y lo que es injusto...Del juicio de Dios o de Jesús el Mesías, decidiendo entre lo más justo y lo más injusto para los hombres.”⁷⁷ Como quiera que sea, la misión primaria del advenimiento de Jesús al mundo no era juzgar sino salvar, porque “no envió Dios a Su Hijo al mundo para condenar (condenar o infringir penalidad sobre) el mundo, sino para que el mundo sea salvo por él” (Juan 3:17). Por su incredulidad y el amor a las tinieblas el hombre se juzgó (se condenó) a sí mismo (3:18-20). El juicio de Dios sería para decidir entre lo más justo y lo más injusto para los

⁶ Marcus Dods, *The Expositors Greek Testament*, Vol. I, pág. 739.

⁷ Wm. Henry Thayer, *Grimm's Lexicon*, pág. 361.

hombres y de esta manera el fija los estándares por los cuales estos son determinados; y de nuevo, ofrece vida eterna a los hombres, los cuales, si la rechazaron, fueron traídos a condenación.

Lección 19

Que El Hace las Obras de Dios - Poseyendo la Potencia de Dios (Parte 2)

Este principio fué de nuevo indicado por Jesús cuando dijo, “No puedo yo hacer nada por mí mismo; según oigo, así juzgo; y mi juicio es justo, porque no busco mi voluntad, sino la voluntad del que me envió, la del Padre” (5:30). Y de nuevo Jesús declara que el vino como una luz al mundo, y que aquellos que creyeran no podrían permanecer en tinieblas (Juan 12:46). Pero aquí está el estándar para el juicio, “El que me rechaza, y no recibe mis palabras, tiene quien le juzgue: la palabra que he hablado, ella le juzgará en el día postrero” (Juan 12:48). Esta palabra por la cual ellos serían juzgados era la palabra dada a El por el Padre (versículos 49-50).

El juicio (*krisis*), “una separación; una selección; un juicio, por ejemplo, una posición o decisión dada concerniente a alguna cosa, específicamente concerniente a la justicia y a la injusticia, a lo recto o a lo injusto,”⁸⁸ sería determinado por el amor de los individuos por las tinieblas (3:19), su conducta malvada (5:29), y el error de no dejar al príncipe de este mundo (12:31; 16:8, 11). El juicio sería determinado por el estándar de la verdad (8:16) y de la rectitud (7:24). Todo lo que este trabajo de juzgar involucra era ahora de El.

El Levantaría de la Muerte Física, el Mismo Trabajo Atribuido a Dios. “No os maravilléis de esto” - el trabajo de dar vida espiritual y de juicio - “porque vendrá hora cuando todos los que están en los sepulcros oirán su voz; y los que hicieron lo bueno, saldrán a resurrección de vida; más los que hicieron lo malo, a resurrección de condenación” (5:28, 29). Esta es una declaración directa por parte de Jesús hacia una resurrección corporal, tanto de los justos como de los injustos. Esto es proyectado en el futuro, “vendrá la hora (señalada en el tiempo)” cuando todos los muertos físicamente oirán y se levantarán. Los muertos espiritualmente están hechos para vivir espiritualmente por medio de oír Su voz en la palabra de verdad; los muertos físicamente están para ser traídos por el poder de la misma voz, y todos están para ser juzgados por esa palabra, la cual El ha hablado del Padre. ¡Maravillosas declaraciones por sí mismas! Seguramente El era el Hijo de Dios o era el más grande impostor de la historia que el mundo ha encarado. Pero el hecho de que el oír de Su voz ha dado vida espiritual a millones de personas hace difícil creer que El es el archi-impostor de todos los tiempos. Hubo otras obras las cuales declaró hacer por el poder de Dios, pero estos son suficientes para sostener el punto.

⁸

Thayer, pág. 361.

Lección 20

Que El Posee los Atributos de Dios (Parte 1)

Una consideración de las declaraciones de Jesús en Su relación para con Dios estaría incompleta sin dar atención a los diferentes atributos de Dios, los cuales Jesús reclamó para El mismo. Cuatro de estos son considerados:

Eternidad. En su controversia con los judios sobre el asunto de los verdaderos hijos de Abraham, Jesús hizo la declaración de que “Abraham vuestro Padre se gozó de que había de ver mi día; y lo vió, y se gozó” (8:56). Esto produjo la replica instantanea de los judios, “Aún no tienes cincuenta años, ¿y has visto a Abraham?” (versículo 57). Jesús contestó a esta pregunta, “De cierto, de cierto os digo: Antes que Abraham fuese, yo soy” (versículo 58). “La frase (Yo soy) señala una existencia eterna.”⁹⁹ Marca el contraste entre lo temporal y lo eterno, entre lo creado y lo no creado. Es una reclamación de la existencia eterna; es una clara declaración de Su estado o existencia antes de en la carne. Uno se acuerda del el “YO SOY” de Jehová en Su respuesta a Moisés en la zarza ardiente (Exodo 3:14), donde declaró El mismo ser eterno, no creado, alguien providente de todo. Jesús ahora hace la reclamación de ser el mismo ser eterno.

Más adelante reclama Su existencia eterna antes de la carne en Su oración al Padre, cuando el dijo, “Ahora pues, Padre, glorifícame tú al lado tuyo, con aquella gloria que tuve contigo antes que el mundo fuese” (17:5). El ha glorificado al Padre por medio de la obra realizada (versículo 4); y ahora busca volver a la gloria eterna la cual disfrutó con el Padre “antes que el mundo fuese.” El no se había despojado a Sí mismo de la Deidad cuando vino en la carne, sino que se despojó a Sí mismo de la gloria que había sido Suya. Ha sido por el abandono voluntario de la gloria celestial que El podría salvar al hombre; y ahora observa más allá de la deshonra de la cruz la joya que fué puestas ante El-la joya del acto supremo de amor en la plenitud de la completa voluntad de Dios el Padre sin ningún egoismo.

⁹ B. F. Westcott, *The Gospel According to John*, pág. 140.

Lección 21

Que El Posee Los Atributos de Dios (Parte 2)

Omnipotencia. Mientras que hacia más allá del Jordán un corto recorrido de predicación antes del tiempo de Su muerte, Jesús recibió el aviso el aviso que había muerto Su amigo Lázaro de Betania. Jesús había declarado Su poder para levantar de la muerte y dar vida (capítulo 5); ahora se presenta la oportunidad para demostrar ese poder. Jesús reconoció la ocasión como una en la que podría ser glorificado a la vista de la gente (11:4). Había esperado dos días hasta que Lázaro murió, y había discutido con los discípulos el asunto de regresar a Betania, entonces Jesús dijo, “Nuestro amigo Lázaro duerme; más voy para despertarle” (11:11). Aquí está la declaración del poder divino, el poder para despertar a alguien del sueño de la muerte. La demostración del poder será considerado posteriormente. En este momento sólo es presentado el poder. Era el equivalente a una declaración de omnipotencia.

Omnisciencia. El reclama no solamente el poder divino sino también el conocimiento que va más allá del conocimiento humano. Se decía de El, “pues él sabía lo que había en el hombre” (2:25). Conocía la vida íntima de la mujer de Samaria; conocía de sus maridos y de su condición actual (4:16-18). Conocía todo acerca de la adoración verdadera (4:23-24). Conocía lo que El haría en el asunto de la alimentación a los cinco mil (6:6); conocía lo que la multitud tenía en mente cuando vinieron a El en el siguiente día (6:25-26); conocía que Judas era el que lo entregaría (6:70-71). Conocía que los judíos lo buscaban para matarle (7:19). Conocía todo sobre Dios (7:29). Conocía cuando vendría su hora (12:23); conocía de que tipo de muerte moriría y lo que se cumpliría en el plan divino (12:32,33), mientras que el comía la última cena con los discípulos, manifestó una confidencia divina de que a través de la muerte resultaría la gloria para El y para Su Padre y que El regresaría al Padre. En todo lugar, y en todo momento, Jesús manifestó un conocimiento superior al entendimiento común. En El fué manifestada la misma omnisciencia que caracterizaba a Su Padre.

Lección 22

Que El Posee Los Atributos de Dios (Parte 3)

Omnipresente. La noche anterior a Su muerte, mientras que Jesús estaba preparando a sus discípulos para Su partida, dió un decreto imperativo: “Creéis en Dios, creed también en mí” (14:1). Esto fué seguido con la promesa de que en la casa de Su Padre hay muchas moradas, y que El iba a preparar un lugar para los creyentes fieles. Esto, sin duda, hacía referencia al camino que estaba siendo abierto a la casa de Su Padre por medio de Su muerte y de Su resurrección. El Señor prometió entonces que después de que hubiera preparado un lugar para ellos, “Vendré otra vez, y os tomaré a mí mismo, para que donde yo estoy, vosotros también estéis” (14:3). Es dudoso si esta venida de Jesús se refiere a la venida final en el fin del mundo o de las edades. En cambio, les aseguró que cuando El hubiera regresado al Padre y completado la obra de redención para la cual había venido a la tierra, El vendría a ellos en sus obras. El volvería al Padre y prepararía un lugar para ellos porque donde El está también los discípulos podrían estar. Esto es para declarar que El será omnipresente-en todo lugar, con cada uno. ¿Pero como puede ser cumplido esto?

La promesa de Jesús de que el Espíritu Santo sería enviado a ellos es Su propio comentario sobre la promesa de venir y de estar con ellos. “Y yo rogaré al Padre,” les aseguró “y os daré otro Consolador, para que esté con vosotros para siempre; el Espíritu de verdad, al cual el mundo no puede recibir, porque no le ve, ni le conoce; pero vosotros le conocéis, porque mora en vosotros, y estará en vosotros. *No os dejaré huérfanos; vendré a vosotros*” (14:14-18). Aquí, en el mismo aliento, Jesús les prometió *otro* Consolador, usando la palabra *allos*, lo cual significa otro del mismo carácter o del mismo tipo. El Espíritu por venir sería del mismo carácter o del mismo tipo de aquel que se esta marchando. En el mismo discurso también dijo, “Habéis oído que yo os he dicho; Voy, y vengo a vosotros” (versículo 28). La venida de otro de la misma clase cumpliría la promesa de Jesús; sería la venida de Jesús en la persona del Espíritu Santo. En tanto que estuviera presente en la carne solamente estaría en un lugar a la vez, pero en el Espíritu estaría con cada uno de ellos en todo momento, y del mismo modo con cada discípulo que posteriormente creyera en El. En esta promesa de omnipresencia, está reclamando un atributo divino.

Aunque El reclamó la deidad y los atributos divinos, mientras estuvo con los discípulos el fué humano, un hombre como ellos mismos, el cual podría estar cansado y triste. En Su viaje de Judea a Galilea, Jesús “le era necesario pasar por Samaria.” Cuando el grupo llegó al pozo de Jacob, los discípulos lo dejaron y fueron a la ciudad para comprar pan, pero El, “cansado del camino, se sentó así junto al pozo” (4:6). Y desde la cruz hizo esta sencilla declaración, “Tengo sed” (19:28). Era un hombre con todas las características del hombre; aunque si bien reclamó los atributos de la deidad. Las declaraciones de Jesús en Su relación con Dios son de tal manera que era y es el Hijo de Dios, o era un impostor. No era simplemente un hombre bueno.

Capítulo 3

Su Relación con la Esperanza Mesíasica

Lección 23

Antecedentes del Antiguo Testamento Sobre la Esperanza Mesíasica (Parte 1)

Antes de entrar en una discusión de las declaraciones de Jesús relacionadas con la esperanza mesíasica, sería adecuado averiguar brevemente los antecedentes del Antiguo Testamento en los cuales descansaba la esperanza judía.

La palabra hebrea para *mesías* y la palabra griega para *cristo* son derivadas ambas de las palabras que significan “ungir,” y por lo tanto vino a designar “un ungido.” Tanto los sacerdotes como los reyes fueron ungidos con aceite cuando fueron nombrados para el oficio. La palabra *ungir* es usada como un adjetivo en el Viejo Testamento cuando se refiere al oficio de sacerdote: “el sacerdote ungido” (Levítico 4:3, etc.). La palabra es usada como un nombre o título solamente cuando se refiere al rey. Por ejemplo, David habló de Saúl como “el ungido de Jehová” (1a. de Samuel 24:6); el mismo David fue más tarde mencionado por la misma expresión (2a. de Samuel 19:21). En esta forma la palabra fue usada muchas veces; pero la palabra mesías nunca fue usada en los escritos del Viejo Testamento como un título especial refiriéndose al rey ideal o único del futuro.

Desde el tiempo de la promesa de Jehová a David de que de su descendencia Dios levantaría a alguien que estaría sobre el trono y “afirmaría para siempre el trono de su reino” (2a. de Samuel 7:11-16), allí se desarrolló en la revelación divina la idea de un rey único o ideal que vendría. Cuando David se acercó al tiempo de su muerte, describió en sus “últimas palabras” el carácter del rey que reinaría sobre el pueblo de Dios: sería “un justo que gobierne entre los hombres, que gobierne en el temor de Dios.” Sería “como la luz de la mañana, como el resplandor del sol en una mañana sin nubes,” disipando las nubes de la oscuridad que había rodeado por largo tiempo al mundo. Más adelante, entre los ímpios, los cuales serían como espinos para ser arrancados, “los cuales nadie toma con la mano,” este gobernante “deberá estar armado de hierro y de asta de lanza” por lo cual él podrá quemarlos “en su lugar” (2a. de Samuel 23:1-4, 6-7). El deberá poseer esa rara combinación de la tersura de la hierba después de la lluvia y el resplandor de la luz cuando las nubes han sido disipadas, combinada con lo más fuerte del acero.

Lección 24

Antecedentes del Antiguo Testamento Sobre la Esperanza Mesíasica (Parte 2)

No tan pronto había dicho David esto sin que fueron deslizados de sus labios la confesión, “No es así mi casa para con Dios”; no había ninguno de entre sus hijos que pudieran ser medidos conforme a este criterio. “Sin embargo,” continua, “él ha hecho conmigo pacto perpetuo, ordenado en todas las cosas, y será guardado, aunque todavía no haga él florecer toda mi salvación y mi deseo” (*ibid.*, versículo 5); esto es, no será cumplido inmediatamente. David se dió cuenta que él y la nación deberían observar hacia una simiente futura la cual Jehová ungiría para el deseo completo de un rey de tal estatura, alguien que podría reinar con justicia (Salmo 45:6), y reinando entre sus enemigos con vara de hierro (Salmos 2:9; 110:2).

No fué sino hasta los días de Isaías en que la doctrina de un rey ideal, alguien relacionado tanto con Dios como con el hombre, en que de nuevo se señaló como una esperanza clara y radiante. Como una señal, a la casa de David le nacería alguien de una virgen, cuyo nombre sería llamado “Emanuel (Dios con nosotros)” (Isaías 7:13, 14). Este hijo nacido, este hijo dado, sería llamado “Dios fuerte,” “Padre eterno,” “Príncipe de paz,” el cual se sentaría sobre el trono de David, y sobre su reino, “disponiéndolo y confirmándolo en juicio y en justicia desde ahora y para siempre.” El celo de Jehová haría esto (Isaías 9:6-7). El rey ideal es descrito entonces como un ser ungido con el Espíritu de Jehová, juzgando con rectitud y con equidad, y herirá la tierra “con la vara de su boca” (Isaías 11:1-5). Se erguirá como un pendón, como un punto de reunión del pueblo y de las naciones que lo buscarían (versículo 10).

Miqueas, un contemporáneo de Isaías, profetizó que después de la congoja de la tribulación de Babilonia se retornaría al dominio anterior, al reino de la casa de David (Miqueas 4:6-10). Aquel que reinaría vendría de Belén, la villa de David, de la tribu de Judá, “y sus salidas son desde el principio, desde los días de la eternidad (Miqueas 5:2); por lo tanto, sería alguien eterno. Alimentaría su rebaño en la fortaleza de Jehová, y sería engrandecido hasta los fines de la tierra (versículo 4).

Alrededor de cien años después de Isaías y de Miqueas, Jeremías prometió, “He aquí que vienen días, dice Jehová, en que levantaré a David renuevo justo, y reinará como Rey, el cual será dichoso.” A través de El Judá e Israel serían salvos; El sería llamado, “Jehová, justicia nuestra” (Jeremías 23:5, 6). Aquí está descrito el Renuevo o el Retoño de David para ser elevado como un rey y un salvador, llamado “Jehová, justicia nuestra,” esto es, “aquel por el cual Jehová imparte (distribuye o proporciona) justicia.”¹¹

Lección 25

Antecedentes del Antiguo Testamento Sobre la Esperanza Mesíánica (Parte 3)

¹¹ Keil and Delitzsch, *Commentary on the Old Testament*, “Jeremiah,” Vol. I, pág. 353.

Ezequiel, el cual profetizó en Babilonia mientras que Jeremías lo hacía en Judá, describió a aquel que vendría como el Siervo de Jehová, “el Renuevo”. Este hombre, cuyo nombre es el renuevo, construiría el templo de Jehová, llevó la gloria, “y se sentará y dominará en su trono, y...habrá sacerdote a su lado” (Zacarías 6:12, 13). Aquí el rey que vendría es identificado como un rey y como un sacerdote, sentándose sobre su trono y manteniendo el doble oficio. Además, sería identificado como un rey, justo y humilde, “trayendo salvación,” cuyo reino sería “de mar a mar, y desde el río hasta los fines de la tierra” (Zacarías 9:9, 10). Esto lo identifica de nuevo como un rey salvador.

El alcance del presente volumen prohíbe la introducción de otras promesas que se encuentran en los escritos del Antiguo Testamento y los cuales señalan la venida de un rey único e ideal, un ungido, o un Mesías, de la simiente de David. Es descrito reinando tanto como rey así como sacerdote sobre su trono, relacionado con Dios y con el hombre, reinando y juzgando con justicia, salvando y liberando a Su pueblo, alimentándolos y cuidándolos como un pastor, y cortando a sus enemigos con una vara de hierro. Durante el periodo entre los pactos, la esperanza había descansado sobre estas promesas que vinieron con una anticipación muy bien definida entre los judíos. Para estar seguros, vinieron ideas equivocadas mezcladas con la verdad que se señalaban hacia el tiempo en que vino Jesús el pueblo de Israel muchos conceptos distorsionados de lo que sería su Mesías; pero la anticipación de un rey salvador, basado sobre las promesas de los profetas, era un factor muy poderoso en sus pensamientos. Esperaban que El apareciera repentinamente, pero cuando el viniera, “nadie sabrá de dónde sea” (Juan 7:27); también, parece que estaban esperando que El haría señales, porque la multitud contestó, “El Cristo, cuando venga, ¿hará más señales que las que éste hace?” (7:31). De estas promesas del Antiguo Testamento volvemos ahora al Evangelio de Juan para las declaraciones de Jesús en Su relación a esta esperanza mesiánica de los profetas.

Lección 26

El Confesó Ser El Mismo el Mesías (Parte 1)

Después de una visita a Jerusalén en la parte más temprana de Su ministerio, Jesús volvió a Galilea a través de Samaria. Como El y sus discípulos vinieron de una

ciudad llamada Sicar, Jesús se detuvo en el pozo de Jacob en tanto que los discípulos fueron a la ciudad para comprar las provisiones necesarias. Mientras El estaba esperando su regreso, una mujer vino al pozo a sacar agua. Jesús abrió el camino para una conversación formal con ella solicitándole un vaso de agua. Así la conversación pasó de un vaso de agua a la vida privada de la mujer, y de allí a la cuestión de ser Jesús un profeta, y finalmente al asunto de la adoración y de su lugar y verdadero carácter, la mujer dijo, “Sé que ha de venir el Mesías, llamado el Cristo; cuando él venga nos declarará todas las cosas” (4:25). Estas palabras parecen reflejar un anhelo profundo del corazón de la mujer y parecen expresar una esperanza deseada por largo tiempo. La declaración de la mujer referente al Mesías le dió a Jesús la oportunidad que buscaba y la cual El había estado induciendo. El tranquila y graciosamente hizo la replica, “Yo soy, el que habla contigo” (versículo 26). Pero aún en este momento El no le dijo que era el Mesías hasta que la hubo traído al punto de la realización de la naturaleza espiritual de la religión verdadera.

Meses más tarde, cuando Jesús había subido a Jerusalén a la fiesta de la dedicación, los judíos se juntaron alrededor de El y le dijeron, “¿Hasta cuándo nos turbarás el alma? Si tú eres el Cristo, dínoslo abiertamente” (10:24). ¿La pregunta fue hecha con el propósito de enredar a Jesús en una controversia promovida con los fariseos? Si El declarara ser el Mesías, Su declaración sería tan opuesta al concepto de los fariseos de un Mesías que ellos buscarían Su destrucción; o, “¿Las palabras parecen traicionar un anhelo insatisfecho el cual busca descansar, si puede ser adquirido, aún de éste maestro desconocido?”²² La discusión que siguió parece señalar a lo primero, porque ni cumplió la medida de la esperanza de los judíos o de los fariseos, ni fueron impresionados por el restablecimiento de la señal para el ciego de nacimiento (capítulo 9), lo cual estaba en el terreno de la discusión.

Lección 27

El Confesó Ser El Mismo el Mesías (Parte 2)

Jesús no contestó en forma directa, como había respondido a la mujer en Samaria, sino que replicó, “Os lo he dicho, y no creéis; las obras que yo hago en el nombre de mi

²² Westcott, pág. 157.

Padre, ellas dan testimonio de mí” (versículo 25). En ninguna ocasión anterior les había dicho en tantas palabras que El era el Cristo. El no podía, porque ellos no estaban preparados para un Mesías tal y como Jesús les ofrecía en El mismo. Sus fuertes enseñanzas testificaban que era el Mesías; las obras que había hecho en el nombre del Padre habían testificado lo mismo; anteriormente les había dicho claramente, “Abraham vuestro padre se gozó de que había de ver mi día; y lo vió, y se gozó...De cierto, de cierto os digo: Antes que Abraham fuese, Yo soy” (8:56, 58). Esto habría hecho innecesaria la solicitud de los judíos, pero no la hicieron. Los siglos que existieron entre las promesas de los profetas y la venida de Jesús habían aumentado la esperanza de un Mesías político que los liberaría de la esclavitud de Roma y restauraría el reino político del Israel unido. Con este pensamiento tan profundo y tan ardiente en sus mentes, los judíos estaban cegados a la evidencia que Jesús les estaba ofreciendo en Su vida, enseñanza, y en las obras que sostenían la idea de que El era el Mesías de la promesa.

Lección 28

El Reconoció El Mismo Ser el Rey (Parte 1)

Los judíos estaban en lo correcto al entender de que el Mesías sería un Rey; pero estaban equivocados en su entendimiento de la naturaleza del rey que había sido prometido. Después que Jesús hubo alimentado a la multitud de cinco mil hombres con cinco panes de cebada y dos pescados pequeños, los judíos estaban tan impresionados

con El como el tipo de Mesías por el cual ellos habían estado esperando que ya iban a coronarlo rey. Bajo tal rey no sería necesario un gran estado militar en sus ejércitos; una persona sería capaz de llevar suficientes provisiones para la fuerza militar total. Además, con un rey así no podrían ser derrotados; por que si él podía llevar a cabo este milagro podría hacer otros. Su determinación fué percibida por Jesús, porque Juan dice, “Pero entendiendo Jesús que iban a venir para apoderarse de él y hacerle rey, volvió a retirarse al monte él solo” (6:15).

Este incidente lo llevó al sermón predicado en el siguiente día acerca de “El pan de vida.” Jesús estaba determinado a ponerlos en una prueba para ver si aceptarían un Mesías espiritual; el discurso sobre el pan de vida era esa prueba. A. T. Robertson le llama a este capítulo en el ministerio de Jesús “La Separación del Pueblo”,³³ y en verdad, era justamente eso. El sermón separó a un puñado de ellos, porque enseguida del discurso, “muchos de sus discípulos volvieron atrás, y ya no andaban con él” (6:66). Ellos no podían aceptar un rey espiritual. Como sus padres en los días de Samuel habían pedido un rey que los juzgara y que fuera delante de ellos y peleara sus batallas (1a. Samuel 8:19-20), estos demandaban un líder político que los liberara del yugo de Roma. Cuando Jesús rechazó su coronación política, él la cambió a una corona de espinos y aún la cruz como su féretro.

Meses más tarde, cuando Jesús vino a Jerusalén para la Pascua, habiendo oído una gran multitud que El estaba en Betania y que iba venir a la fiesta, “tomaron ramas de palmera y salieron a recibirle, y clamaban: ¡Hosanna! ¡Bendito el que viene en el nombre del Señor, el Rey de Israel!” (12:12-13). La cita es del Salmo 118:25, 26; la palabra *Hosanna* “es la forma grecizada” del hebreo la cual significa, “¡Salva, yo oro!”⁴⁴ El llanto es para salvación por medio de aquel que ha venido ahora en el nombre del Señor (de Jehová) de acuerdo con la promesa de Dios desde la antigüedad. Ellos anticiparon su existencia coronándolo Rey de Israel en cumplimiento de la promesa de Dios de que un rey de la simiente de David se sentaría sobre el trono de David. Es su llanto de reconocimiento de que Jesús es el rey Mesías. Jesús admitió la confesión de reconocimiento sobre su parte encontrando un asnillo sobre el cual montó al entrar a la ciudad, cumpliendo así la predicción de Zacarías, el cual en forma tan vívida predijo el evento como una parte de la esperanza mesiánica (Zacarías 9:9-10). Aceptando su homenaje estaba reconociendo ser El mismo el rey Salvador mesiánico de la profecía del Antiguo Testamento.

Lección 29

El Reconoció El Mismo Ser el Rey (Parte 2)

No fue, sin embargo, hasta que fue ante Pilato unos pocos días más tarde que Jesús reconoció en tantas palabras que El era el Rey de la esperanza judía. Forzado en contra de su voluntad a tomar el caso y someter a juicio a Jesús, Pilato le preguntó, “¿Eres tú el Rey de los judíos?” (18:33). Aunque si bien su omnisciencia podría haberlo provisto con la información deseada, la contestación de Jesús podría indicar que no había

³³ A. T. Robertson, *The Divinity of Christ*, pp. 73-75.

⁴⁴ H. R. Reynolds, *Pulpit Commentary*, “John,” Vol. II, p. 135.

oído el cargo hecho contra El en la presencia de Pilato (versículo 34). Sin embargo, la respuesta era una que no podría haber sido contestada con un “sí” o un “no.” Jesús entonces tendría a Pilato hablando de El ya sea que la pregunta era de Pilato, un romano y contestarle desde el punto de vista romano, o de los judíos y contestarle desde el punto de vista de los judíos. Desde el punto de vista político estrictamente romano, la respuesta sería “no.” Desde el que habría sido el punto de vista judío la respuesta sería “sí.” La respuesta despreciativa del gobernador indica una total ignorancia en el asunto. Despejado este punto, Jesús estaba listo para contestar la segunda pregunta de Pilato, “¿Qué has hecho?” La respuesta fue directa, “Mi reino no es de este mundo; si mi reino fuera de este mundo, mis servidores pelearían para que yo no fuera entregado a los judíos; pero mi reino no es de aquí” (versículo 36). Esto presenta una clara distinción entre el reino de Pilato y el reino de Jesús. Uno es de este mundo, político en su naturaleza; el otro no es de este mundo y es espiritual en su naturaleza. De nuevo Pilato hace la pregunta, “¿Luego, eres tú el rey?” a lo cual Jesús dió la simple respuesta, “Tú dices que yo soy el rey (lectura al margen, ‘Tú lo dices, porque soy un rey’)” (versículo 37). Jesús de nuevo declaró la naturaleza de Su reino, sobre el cual El reina como un Rey espiritual. Esta es la naturaleza del Rey y del reino predicho por los profetas del Antiguo Testamento; los judíos habían sido preparados para esto.

Lección 30

Declaró Hablar de parte de Dios-Y Por lo Tanto Ser un Profeta (Parte 1)

La pregunta hecha por la comisión de sacerdotes y levitas enviada por los fariseos a Juan el Bautista implicaba que los judíos estaban esperando por tres personas por aparecer: el Cristo, Elías, y “el profeta.” Su expectación de un Mesías había sido enfrentada previamente. La expectación del retorno de Elías descansaba sobre la promesa de Malaquías 4, y la expectación de un profeta especial, aparte del Mesías, estaba basada sobre las palabras de Moisés en Deuteronomio 18.

En respuesta a su pregunta, “¿Tú, quién eres?”, el Bautista contestó, “Yo no soy el Cristo.” No estuvieron satisfechos con esta respuesta por lo cual agregaron dos preguntas más, “¿Qué pues? ¿Eres tú Elías? Dijo: No soy. ¿Eres tú el profeta? Y respondió: No” (1:19-22). Sus preguntas finales confirman aún más que ellos estaban esperando por tres personas, por lo que dijeron, “Por qué, pues, bautizas, si tú no eres el Cristo, ni Elías, ni el profeta?” (versículo 25). Aunque si bien ellos esperaban por tres personas, la totalidad de su esperanza estaba siendo realizada en una sola.

La idea de un Mesías y de un profeta no era peculiar a los judíos de Jerusalén, sino que prevalecía entre los judíos en general. Cuando Jesús estaba en Jerusalén para la fiesta de los Tabernáculos y había invitado a todos aquellos que con un deseo ardiente venían a El y tomaban, prometió que desde dentro de aquellos que vinieran a El allí fluirían ríos de agua viva. Inmediatamente se hizo allí una división entre la multitud acerca de quién era El. Sobre los que oyeron estas palabras de Jesús, alguien dijo, “Verdaderamente éste es el profeta. Otros decían: Este es el Cristo. Pero algunos decían: ¿De Galilea ha de venir el Cristo?” (7:40 y adelante). Esta división que se levantó entre ellos sobre Jesús deja claro que estaban esperando la aparición tanto de un Mesías como de un profeta.

Sin embargo, entre otros que estaban allí parece que había la idea de que el profeta y el Mesías serían el mismo. En Galilea, después de que Jesús hubo alimentado a la multitud con los cinco panes de cebada y con los dos pescados, el pueblo estaba tan impresionado con las señales que dijeron, “Este verdaderamente es el profeta que había de venir al mundo. Pero entendiendo Jesús que iban a venir para apoderarse de él y hacerle rey, volvió a retirarse al monte él solo” (6:14, 15). Jesús es identificado aquí en el pensamiento de los galileos como el profeta y el rey; es el profeta al cual coronarían rey. Los dos son identificados por el pueblo como uno solo.

Lección 31

Declaró Hablar de Parte de Dios-Y Por lo Tanto Ser un Profeta (Parte 2)

Moisés, en su despedida dirigida al pueblo, advirtió a Israel que cuando vinieran a la tierra que Dios les daría no siguieran la costumbre de las naciones en buscar información sobrenatural. Ellos no deberían soportar a un adivino, a un hechicero, a un encantador, o a alguien que usaba la adivinación, alguien a quien consultar y que tuviera un espíritu familiar, un hechicero, o un necromante para vivir; ni ellos podrían apelar a ellos, porque de estos dependían las naciones. En vez de esto, cuando Dios deseara

darles información especial, deberían consultar a un profeta de entre ellos por medio del cual El les hablaría. Dios ya había definido a un profeta como “una boca,” alguien que hablaba por otro (Exodo 4:16; 7:1). Porque El había dicho a Moisés ahora, “Profeta les levantaré de en medio de sus hermanos, como tú; y pondré mis palabras en su boca, y él les hablará todo lo que yo le mandare. Mas a cualquiera que no oyere mis palabras que él hablare en mi nombre, yo le pediré cuenta” (Deuteronomio 18:18, 19). Esto apunta en forma clara al hecho de que un profeta de Jehová existía para ser alguien en cuya boca Dios pondría Sus palabras y en el que El requeriría que cada uno le pusiera oídos a las palabras de Su boca. La profecía también infiere que ahí estaría por algún tiempo un profeta especial, un dador de la ley, como Moisés. Estaba en el terreno de esta declaración que los judíos esperaban a un profeta especial que vendría, alguien el cual de una manera particular cumpliría el ideal. La idea peculiar de un profeta redentor, en cuya boca Jehová pondría Sus palabras, fué presentada antes y en forma más completa por Isaías cuando dijo, “Y vendrá el Redentor a Sion, y a los que se volvieren de la iniquidad en Jacob, dice Jehová. Y este será mi pacto con ellos, dijo Jehová: El Espíritu mío que está sobre ti, y mis palabras que puse en tu boca, no faltarán de tu boca, ni de la boca de tus hijos, ni de la boca de los hijos de tus hijos, dijo Jehová, desde ahora y para siempre” (Isaías 59:20, 21). La palabra *Redentor* identifica a alguien que viene como Salvador, al cual identifica Dios como un profeta en el cual pone Sus palabras en la boca del Redentor.

Cuando la mujer samaritana le dijo a Jesús, “Señor, me parece que tú eres profeta” (4:19), El ni negó la implicación ni la corrigió. De hecho, El “mismo dió testimonio de que el profeta no tiene honra en su propia tierra” (4:44), aplicando a Sí mismo el proverbio. Jesús en todas sus enseñanzas no declaró ninguna originalidad de lo que El enseñó, sino que declaró que las palabras que hablaba eran de Dios, y que Dios se las dió a ellos por medio de El. En esto declaró ser un profeta, por que estaba declarando todas las características de un profeta verdadero tal y como Dios prometió por medio de Moisés; es decir, que él hablaría las palabras que Dios pusiera en su boca.

Lección 32

Declaró Hablar de Parte de Dios-Y Por lo Tanto Ser un Profeta (Parte 3)

En referencia a Su existencia como un profeta, considerar las declaraciones de Jesús que afirmaba repetidamente que tanto Sus acciones como Sus palabras fueron dirigidas por Su Padre. El dijo de Sus acciones, “No puede el Hijo hacer nada por sí mismo, sino lo que ve hacer al Padre; porque todo lo que el Padre hace, también lo hace el Hijo igualmente”; “Porque he descendido del cielo, no para hacer mi voluntad, sino la voluntad del que me envió” (6:38); “Y como el Padre me mandó, así hago” (14:31). El solo estaba haciendo lo que el Padre Le dió por hacer.

Jesús fué aún más específico al enfatizar que en Su enseñanza fué dirigido por el Padre, cuando dijo, “Mi doctrina no es mía, sino de aquel que me envió” (7:16); “Y yo, lo que he oído de él, esto hablo al mundo” (8:26); “Sino que según me enseñó el Padre, así hablo” (8:28); “Porque yo no he hablado por mi propia cuenta; el Padre que me envió, él me dió mandamiento de lo que he de decir, y de lo que he de hablar. Y sé que su mandamiento es vida eterna. Así pues, lo que yo hablo, lo hablo como el Padre me lo ha dicho” (12:49, 50); “Las palabras que yo hablo, no las hablo por mi propia cuenta, sino el Padre que mora en mí, él hace las obras” (14:10); “Y la palabra que habéis oído no es mía, sino del Padre que me envió” (14:24); y finalmente, “Porque todas las cosas que oí de mi Padre, os las he dado a conocer” (15:15). En las declaraciones habló tan solo lo que Dios Le dió que hablara, declaró ser un profeta verdadero de Dios-el profeta semejante a Moisés.

En estas declaraciones hechas por Jesús, implicó que en El estaba la revelación final de Dios y de voluntad para el hombre. En Su oración al Padre, dijo, “Y esta es la vida eterna: que te conozcan a ti, el único Dios verdadero, y a Jesucristo, a quien has enviado” (17:3). Si la vida eterna está para ser condicionada en el conocimiento de Dios, entonces Dios deberá ser revelado en El mismo en forma completa. La misión de Jesus era revelar a Dios. El declaró que conocerlo a El es conocer al Padre, verlo a El es ver al Padre, y oírlo a El es oír al Padre (14:9, 10). En esta misma oración (capítulo 17), El continuó, “Yo te he glorificado en la tierra; he acabado la obra que me diste que hiciese” (17:4). Si Jesus había revelado al Padre y Su voluntad y Su camino eran tales que el hombre podría conocer a Dios, entonces la revelación de Dios deberá estar completa; y si está completa, entonces está finalizada, porque ahí no habría ninguna revelación más allá de lo que está completo y lleno. Jesús, entonces, por implicación declara ser *el* Profeta que vendría.

Lección 33

El Declaró Ser el “Buen Pastor”-Una Esperanza Mesiánica (Parte 1)

Una de las declaraciones de Jesús tan frecuentemente pasadas por alto como una declaración sobre la expectación mesiánica es la referencia a El mismo como el “buen pastor.” El discurso sobre Sí mismo como el pastor fué enseguida del restablecimiento de la vista del hombre ciego de nacimiento y de los conflictos de Jesús con los fariseos (capítulo 9). Jesús usa aquí una alegoría de un pastor y de su rebaño; esto era familiar a todos Sus oyentes. Pero Su declaración de ser el buen pastor es más que una alegoría usada para enseñar una lección inmediata. La declaración lo identifica con las profecías

del Antiguo Testamento el cual señalaba a un rey pastor que iba a venir. Si Jesús estaba a la altura de las promesas hechas por los profetas, El es por medio de eso aprobado para ser el Mesías de la profecía y el cumplimiento de la esperanza de Israel.

Jesús habló de “ladrones y salteadores” los cuales vinieron antes que El; estos fueron hombres que habían venido a robar y a destruir. En forma evidente se estaba refiriendo a los falsos pastores que le habían precedido a Su venida. El procede con la declaración, “Yo soy el buen pastor; el buen pastor su vida da por las ovejas” (10:11). Contrastandose El mismo con el asalariado el cual huye cuando se presenta el peligro, De nuevo dice, “Yo soy el buen pastor; y conozco mis ovejas, y las mías me conocen,...También tengo otras ovejas que no son de este redil; aquéllas también debo traer, y oirán mi voz; y habrá un rebaño, y un pastor” (versículos 14, 16). Y finalmente, declaró que “Nadie me la quita (mi vida, sino que yo mismo la pongo. Tengo poder para ponerla, y tengo poder para volverla a tomar. Este mandamiento recibí de mi Padre” (versículo 18).

En estas declaraciones Jesús se estaba identificando a Sí mismo con las antiguas promesas mesianicas. Unas pocas de estas son introducidas para presentar la relación entre lo que Jesús dijo de Sí mismo y lo que los profetas habían dicho del pastor que vendría. Isaías, el gran profeta de la esperanza, consoló al pueblo que estaría cautivo en Babilonia con la promesa de las buenas nuevas de la presencia de Dios en medio de ellos las cuales serían proclamadas para ellos. El señor Jehová estaría en medio de ellos como alguien poderoso reinando y recompensando a Sus santos; “Como pastor apacentará su rebaño; en su brazo llevará los corderos, y en su seno los llevará; pastoreará suavemente a las recién paridas” (Isaías 40:11). Esto existía para ser la garantía y el consuelo de los exilios; Jehová sería su pastor.

Lección 34

El Declaró Ser el “Buen Pastor”-Una Esperanza Mesiánica (Parte 2)

Ezequiel, el profeta para el pueblo de la cautividad en Babilonia, vió el cumplimiento de la profecía de Isaías en Jehová como el pastor del pueblo en esta tierra extraña. En ardientes palabras Ezequiel describió a Jehová como buscando a Su pueblo en y más allá de la cautividad y trayendolos de regreso, siendo El mismo su pastor y juez. Pero esta descripción armoniza con la esperanza mesiánica como Jehová observa más allá del tiempo de Su propio pastoreo de las ovejas para aquel tiempo cuando El cuidaría de ellos a través de David, Su pastor. “Porque así ha dicho Jehová el Señor: He aquí yo, yo mismo iré a buscar mis ovejas, y las reconoceré... Yo apacentaré mis ovejas, y yo les daré aprisco... He aquí yo juzgo entre oveja y oveja, entre carneros y machos cabríos...

Y levantaré sobre ellas a un pastor, y él las apacentará; a mi siervo David, él las apacentará, y él les será por pastor. Yo Jehová les seré por Dios, y mi siervo David príncipe en medio de ellos... Y vosotras, ovejas mías, ovejas de mi pasto, hombres sois, y yo vuestro Dios, dice Jehová el Señor” (Ezequiel 34:11-31). En esta profecía Jehová esta describiendo como un pastor sobre su pueblo los traerá de regreso de la cautividad de Babilonia, cuidandolos y juzgandolos. Pero de esto El observa a aquel tiempo cuando a traves de David, el “pastor príncipe,” El los pastorearía como su Dios. Jesús declaró ser el buen pastor. El declaró que el Padre estaba en El haciéndolo Sus obras. Entonces Dios estaba en Cristo, juzgando y reuniendo, alimentando y pastoreando a Sus ovejas.

Pero Ezequiel no había terminado. Jehová le habló para tomar dos palos y escribir sobre una, “Para Judá,” y sobre la otra, “Para José, palo de Efraín, y para toda la casa de Israel sus compañeros.” El profeta estaba para unir a los dos palos juntos en su mano. Por este hecho Dios estaba prometiendo que el podría reunir tanto a aquellos de Judá como a los de Israel los cuales estaban esparcidos en ese tiempo y hacer de ellos no dos sino una nación; “y seré a ellos por Dios, y ellos serán mi pueblo.” A partir de esta unión de los dos sobre su retorno de la cautividad, el Señor observó en el futuro, pasando sobre los años que estaban por intervenir, a la venida del Mesías. El continúa, “Mi siervo David será rey sobre ellos, y todos ellos tendrán un solo pastor... y mi siervo David será príncipe de ellos para siempre.” Dios entonces prometió que haría con ellos un pacto de paz, un pacto eterno, y que El establecería Su santuario en medio de ellos para siempre jamás. “Estará en medio de ellos mi tabernáculo, y seré a ellos por Dios, y ellos me serán por pueblo” (Ezequiel 37:15-28). Jesús, el descendiente de David, seguramente debió haber tenido estas profecías en la mente cuando El habló de Sí mismo como el “buen pastor,” dando Su vida por las ovejas y reuniendolos en un redil cuando oyeren Su voz y Lo siguieran. En El príncipe pastor de las promesas del pacto estaban siendo cumplidas.

Lección 35

El Declaró Ser el “Buen Pastor”-Una Esperanza Mesíánica (Parte 3)

El profeta Zacarías presentó un vívido contraste entre los falsos pastores y el buen pastor. Debido a las mentiras de los falsos pastores, el profeta dijo al pueblo, “Por lo cual el pueblo vaga como ovejas, y sufre porque no tiene pastor. Contra los pastores (los falsos pastores) se ha encendido mi enojo, y castigaré a los jefes (los líderes); pero Jehová de los ejércitos visitará su rebaño, la casa de Judá, y los pondrá como su caballo de honor en la guerra” (Zacarías 10:2, 3). Como un contraste más lejano, Jehová presenta al falso y al verdadero como El que corta tres falsos pastores, “pues mi alma se impacientó contra ellos, y también el alma de ellos me aborreció a mí.” El buen pastor fué vendido entonces por treinta piezas de plata; en ese día el pacto que Dios había hecho

con las dos naciones fué roto y la hermandad entre Judá e Israel fue disuelta (Zacarías 11:4-14). Esto indica que cuando el buen pastor fuera vendido por treinta piezas de plata, el viejo orden, el pacto de la hermandad en la carne, fallecería. Con su paso Jesús reuniría en un redil tanto a Judíos como a gentiles.

Una palabra final de Zacarías bastará concerniente a las profecías del Mesías pastor. Jehová prometió que un manantial sería “abierto para la casa de David y para los habitantes de Jerusalén, para la purificación del pecado y de la inmundicia” (Zacarías 13:1). En una cercana relación a este evento, el profeta dijo, “Levántate, oh espada, contra el pastor, y contra el hombre compañero mío, dice Jehová de los ejércitos. Hierre al pastor, y serán dispersadas las ovejas” (Zacarías 13:7). Aquí está declarando la relación del pastor con Jehová como “compañero mío,” esto es, alguien de la misma naturaleza, compartiendo una comunidad de la naturaleza con Dios. En el establecimiento de Su vida que El podría tomar de nuevo, Jesús cumplió esta profecía de que el pastor sería puesto para morir; El recibió este mandamiento de Su Padre (Juan 10:18). Estas ovejas fueron dispersadas, por lo que ellas podrían ser traídas juntas de nuevo en un redil, bajo un pastor recibiendo una vida más completa y abundante (Juan 10:10, 11, 16-18).

Estas profecías señalaban la venida de un rey pastor, un Salvador, alguien relacionado con Jehová, cuya vida sería establecida por las ovejas a las cuales El podría reunir juntas en un redil. Jesús reclamó ser ese pastor, cumpliendo la promesa de Dios y la esperanza de los profetas del Antiguo Testamento.

Lección 36

Confesó Ser El Mismo El Hijo de Dios (Parte 1)

El Mesías de la esperanza del Antiguo Testamento estaba en forma definitiva relacionado con Dios como Su Hijo. Otros fueron llamados “hijos de Dios,” pero el Rey de la promesa sería el Hijo de Dios en un sentido especial. Cuando Jehová le prometió a David que El levantaría a alguien de su simiente para sentarlo sobre su trono, El dijo, “Yo le seré a él padre, y él me será a mí hijo” (2a. de Samuel 7:14). La profecía incluía a Salomón, pero observaba más allá de él, como es indicado por el salmo de Etán el cual trata sobre el pacto de Jehová hecho con David. Aquí es dicho “El me clamará: Mi padre eres tú...Yo también le pondré por primogénito, El más excelso de los reyes de la tierra” (Salmos 89:26, 27). Además, en el segundo salmo, dentro de él es descrita una insurrección general de las naciones contra Jehová, es dicho que los gobernantes tomarán consejo juntos “contra Jehová y contra su ungido (Mesías)” (Salmo 2:2). No

obstante este levantamiento general contra Jehová y Su Mesías (un ungido), Dios dijo, “Pero yo he puesto mi rey sobre Sion, mi santo monte” (versículo 6). El ungido habla entonces, diciendo, “Yo publicaré el decreto; Jehová me ha dicho: Mi hijo eres tú; Yo te engendré hoy” (versículo 7). En forma clara, el Mesías rey no podría ser solamente de la simiente de David sino también el Hijo de Dios en un sentido especial. La palabra *ungido*, como es usado en el salmo, no es usado como un título sino simplemente para implicar a alguien ungido para cumplir el oficio como rey.

Jesús declaró para El mismo una relación con Dios diferente a la de los otros-una relación que definitivamente cumple esta esperanza de la profecía. El resumió este reconocimiento claro de la diferencia cuando dijo, “No me toques, porque aún no he subido a mi Padre.” Pero allí había un Padre tanto de El mismo como de Sus hermanos, y les dice, Subo a *mi* Padre y a *vuestro* Padre, a *mi* Dios y a *vuestro* Dios” (20:17). Esta diferencia en relación al Padre es mantenida a través de toda la enseñanza de Jesús; nunca se identifica El mismo con ellos en relación con el Padre diciendo, “Nuestro Padre.” Cuando Jesús enseñó a orar a sus discípulos, decía, “Nuestro Padre” (Mateo 6:9), no se incluyó a Sí mismo sino que les enseñó a reconocer una hermandad común entre ellos mismos y una Paternidad común de Dios entre ellos mismos.

Lección 37

Confesó Ser El Mismo El Hijo de Dios (Parte 2)

Jesús frecuentemente se refirió a El mismo como “el Hijo” en una relación tal con “el Padre” que los oyentes no podían evitar entender que estaba hablando de Dios y de Su relación especial con El como el Hijo de Dios. Después de haber sanado a un hombre lisiado en Jerusalén, Jesús trajo sobre El mismo la ira de los judíos porque El “hacía estas cosas en el día de reposo.” En Su defensa de lo que había hecho, Jesús dijo, “Mi Padre hasta ahora trabaja, y yo trabajo” (5:17). Esto enojó tanto a los judíos que buscaron matarle, porque no solamente quebrantaba el día de reposo, sino que les insistía, “que Dios era su propio Padre, haciéndose igual a Dios” (5:18). Este incidente, la declaración de parte de Jesús, y la acusación por parte de los líderes judíos a una serie de declaraciones bastante audaces de Jesús sobre la relación especial entre el Hijo y el Padre la cual El afirmó que existía. “El Hijo,” dijo, “No puede hacer nada por sí mismo,

sino lo que ve hacer al Padre; porque todo lo que el Padre hace, también lo hace el Hijo igualmente” (5:19). El continuó hablando de Su relación Padre Hijo declarando igualdad con Dios levantando de la muerte y dándoles vida (versículo 21), juzgando, como el Padre a dado todo el juicio al Hijo (versículo 22), y en compartir un honor igual con el Padre, acusando del error de que al no dar honor al Hijo es rehusar dar honor al Padre (versículo 23).

Jesús más adelante se identificó a Sí mismo como el Hijo de Dios cuando dijo, “Viene la hora, y ahora es, cuando los muertos oirán la voz del Hijo de Dios; y los que la oyeren vivirán” (versículo 25), porque tanto al Padre como el Hijo tienen vida en sí mismos (versículo 26). La culminación para un reconocimiento de esta relación Padre Hijo fue alcanzada en su oración al Padre inmediatamente antes de Su muerte cuando El dijo, “Padre, la hora ha llegado; glorifica a tu Hijo, para que también tu Hijo te glorifique a ti... Yo te he glorificado en la tierra... Ahora pues, Padre, glorifícame tú al lado tuyo, con aquella gloria que tuve contigo antes que el mundo fuese” (17:1-5). “El Hijo” es Jesús, “el Padre” es Dios; la relación sostenida es una relación de una naturaleza única, un vínculo que se extiende hasta retroceder “antes que el mundo fuese,” lo cual hace a Jesús diferente de todos los hombres.

Es incierto ya sea que el mismo Jesús habló las palabras encontradas en 3:16, o si estas palabras son la explicación hecha por Juan; los comentaristas consultados están divididos de la misma manera sobre el asunto. Si Jesús las habló, entonces aquí declaró El mismo ser “el unigénito Hijo” de Dios. En su relación con el contexto, las palabras parecen ser una continuación de Su discusión con Nicodemo, y por lo tanto son Sus propias palabras. Si, sin embargo, estas son las palabras de Juan el apóstol, existen otras muchas ocasiones donde El confesó en forma clara ser El mismo el Hijo de Dios.

Lección 38

Confesó Ser El Mismo El Hijo de Dios (Parte 3)

Después de haber sido restaurado por la señal realizada por Jesús, el ciego de nacimiento defendió a su benefactor como un profeta (9:17), y más tarde como a alguien que vino de Dios, si no viniera de Dios “nada podría hacer” (versículo 33). Los fariseos estando enojados con la defensa obstinada del hombre acerca de Jesús, “le expulsaron” de su reunión y de su compañerismo con ellos o de la sinagoga. Cuando Jesús oyó que lo habían expulsado, encontró al hombre que antes había estado ciego y le preguntó, “¿Crees tú en el hijo de Dios?” Desconcertado sobre la cuestión, el hombre preguntó, “¿Quién es, Señor, para que crea en él?” A esta pregunta Jesús contestó, “Pues le has visto, y el que habla contigo, él es” (9:33-37). En esta réplica Jesús hizo una declaración clara y positiva de ser el Hijo de Dios.

Probablemente el acto supremo de parte de Jesús en relación de El mismo con el Mesías y en la confesión de El mismo ser el Hijo de Dios fué Su aceptación de la adoración del hombre al cual había sanado. Ya que había confesado su fe en Jesús, de que era el Hijo de Dios, es dicho, “Y le adoró” (9:38). Jesús había enseñado que Dios es el objeto de la adoración y que El debe ser adorado en espíritu y en verdad (4:23, 24) no solo había Jesús permitido al hombre creer que El era el Hijo de Dios, sino que también ahora le permitió demostrar su fe por medio de adorarlo a El. Cuando Jesús aceptó entonces la adoración de este hombre sin corregirlo, El se colocó a Sí mismo ya sea en la posición de reconocer El mismo ser Dios, que es la Deidad, o en la posición nada envidiable de ser tanto un blasfemo y un hipócrita de grado supremo.

Jesús no solo confesó ser El mismo el Hijo de Dios y aceptar la adoración como Dios, sino que también aceptó la misma confesión de otros sin ninguna corrección de sus declaraciones. Después del discurso acerca del pan de la vida, cuando muchos de sus discípulos se volvieron atrás, Jesús les preguntó a los discípulos si ellos también querían irse; con lo cual Pedro replicó contestando, “¿A quién iremos? Tú tienes palabras de vida eterna. Y nosotros hemos creído que tú eres el Cristo, el Hijo del Dios viviente” (6:66-69). Jesús no hizo ningún esfuerzo para corregir la idea de la mente de Pedro.

Una confesión más directa fue hecha por Marta cuando Jesús vino y se reunió con ella y con su hermana para consolarla sobre la muerte de su hermano. Cuando fue enfrentada con Su declaración, “Yo soy la resurrección y la vida,” Ella replicó, “Sí, Señor; yo he creído que tú eres el Cristo, el Hijo de Dios” (11:25-27). Aquí la adoración Mesiánica de Jesús está conectada con Su adoración al Hijo de Dios. El no rehusó ni una ni la otra, pero la reconoció a ambas. Su declaración al título “el Hijo de Dios era equivalente a Su reconocimiento de El mismo como el Mesías. Allí no puede estar en duda de que El mismo confesó ambas cosas, ser el Hijo de Dios y permitir de la misma manera a otros confesarlo como el Hijo de Dios, ambas cosas en relación a la esperanza mesiánica. El registro habla por sí mismo.

Lección 39

El se Identificó a Sí Mismo como “el Hijo de Hombre” (Parte 1)

Jesús prefirió y usó la designación “Hijo del hombre” por encima de cualquier otro título o salutación por la cual fue reconocido. Como una designación de El mismo, solo Jesús usó la expresión; ningún otro la usó aparte de El en los evangelios excepto cuando ciertos judíos preguntaron, en respuesta a una declaración que El había hecho concerniente a El mismo, “¿Cómo, pues, dices tú que es necesario que el Hijo del hombre sea levantado? ¿Quién es este Hijo del Hombre?” (12:34). En todos los escritos que siguieron a los evangelios, la designación solamente es usada por Esteban, el cual cuando estaba siendo apedreado buscó y vió a Jesús permaneciendo a al diestra de Dios (Hechos 7:56). Comentando sobre el uso de el título por parte de Esteban, Westcott dice,

“Así como en ‘el Hijo del hombre’ El es revelado ante los ojos de Su primer mártir, lo que el cristiano podría aprender que aquello que es iniciado en debilidad deberá ser completado en majestad eterna.”⁵⁵ La expresión “como un hijo de hombre” es usado de Jesús por parte de Juan en el Libro de Apocalipsis (Apocalipsis 1:13; 14:14). Algunos han sugerido que en estas dos declaraciones Juan tiene en mente Daniel 7:13, 14. Esto es muy posible, puesto que alguien que esta caminando entre candeleros y viniendo en una nube en juicio es aquel que acendió en las nubes hacia el Anciano de días y ahí recibió el reino, el dominio y la gloria.

Existe un título o no hay duda que en el uso de este título Jesús se identificó a Sí mismo con la humanidad, “En el cual la concepción de la madurez completa del hombre fue absolutamente alcanzada,” y en el cual es resumido todo lo que le corresponde a cada hombre de cada raza de cada tiempo. Está fuera de duda de que la idea de la verdadera humanidad de Cristo radica en el fundamento de este título. Jesús podría haber adoptado este título por varias razones como algo peculiar a Sí mismo. A Vos le parece tener bien resumido el asunto cuando dice que “el motivo descansa en el hecho de que el título el Hijo del hombre tuvo una vigencia más lejana para evitar cualquier posible prostitución judía de el oficio Mesías.”⁶⁶ Jesús nunca usó el título “Mesías” cuando habló de El mismo, aunque si bien cuando fue cuestionado por otros El mismo confesó haber sido el Mesías. Muchas cosas de el título “el Hijo del hombre” inicialmente relacionan a Jesús con la humanidad y enfatiza Su naturaleza humana. Pero una consideración del contexto en el cual el título es usado en los Evangelios, especialmente de Juan, en forma clara señala su uso más bien como un título mesiánico.

Lección 40

El se Identificó a Sí Mismo como “el Hijo de Hombre” (Parte 2)

Antes de considerar el uso de Jesús de el termino “Hijo del hombre” y sus declaraciones relacionadas con él como es encontrado en el Cuarto Evangelio, podría traer beneficios poner la atención en uno de los pasajes mesiánicos más fuertes encontrados en Daniel. El profeta relaciona su visión de las cuatro bestias que subían del mar, cada una terrible en su aspecto (Daniel 7:1-8), y explica que ellas son cuatro reinos. Evidente entonces contempla tronos puestos, con “un Anciano de días” sentado en uno de ellos (Daniel 7:9). Esto era una escena de juicio en la cual el “pequeño cuerno” y la cuarta bestia fueron juzgados y matados. Daniel dice entonces, “Miraba yo en la visión de la noche, y he aquí con las nubes del cielo venía uno como un *hijo de hombre*, que vino hasta el Anciano de días, y le hicieron acercarse delante de él. Y le fue dado dominio,

⁵⁵ Westcott, pp. 35.

⁶⁶ Geerhardus Vos, *The Self-Disclosure of Jesus*, pp. 254.

gloria y reino, para que todos los pueblos, naciones y lenguas le sirvieran; su dominio es dominio eterno, que nunca pasará, y su reino uno que no será destruido” (Daniel 7:13, 14). La mayoría de los comentaristas admiten que esta es una profecía mesiánica, con el reino mesiánico a la vista. El “Anciano de días” en la visión en forma clara significa Dios. Su trono es un trono celestial, puesto que es una visión desde el punto de vista de los cielos presentando la venida de alguien semejante a un hijo del hombre de la tierra para los cielos, donde el recibe dominio y gloria y un reino de la mano de “alguien el cual era un Anciano de días.”

La pregunta que se levanta ahora es quién es este “como un hijo de hombre.” ¿En que sentido el vidente usa la expresión, como un título o para relacionar a este con la humanidad? Ya que como Daniel presenta aquí el reino mesiánico, se sigue que allí no puede estar tal reino sin un ungido para reinar sobre el; por lo tanto aquel el cual es “como un hijo de hombre,” al cual le es dado el dominio y la gloria debe ser el Mesías. Aunque si bien esto es una profecía mesiánica y presenta al Mesías “como un hijo de hombre,” parece evidente que el termino tal y como es usado aquí no es paralelo al uso que le dio Jesús a aquel de la visión de Daniel no es llamado “el hijo del hombre.” El uso de Jesús de la expresión como un título es nuevo; es peculiar solo a El mismo. En la visión Daniel mira a uno semejante al hijo del hombre venir al trono de Dios desde el cual él recibe la adoración de rey; es alguien el cual ha calificado a El mismo para tomar los reinos de los gobernantes y reinar sobre el reino divino.

Algunas cosas en que Daniel uso la expresión “como un hijo de hombre” en un sentido colectivo para representar al Israel espiritual. El argumento está basado en los versículos que siguen, en los cuales es dicho que “recibirán el reino los santos del altísimo, y poseerán el reino hasta el siglo, eternamente y para siempre” (Daniel 7:18; ver también versículos 21, 27). Es verdad que la expresión “hijo de hombre” es usado en forma colectiva o representativa en algunos lugares, por ejemplo, en el Salmo 8:4-8, citado en Hebreos 2:6, 7. Pero Daniel lo usa simplemente como la descripción de la apariencia humana del ser que él vió en la visión; él tenía las cualidades y características de un hombre el cual había hecho méritos por sí mismo para el reino que se le había dado. En la visión que le siguió a los santos se les estaba dando el reino por medio del Hijo del Hombre al cual se le había dado.

Lección 41

El se Identificó a Sí Mismo como “el Hijo de Hombre” (Parte 3)

En Su uso de las palabras “Hijo de hombre” como un título, Jesús se identificó a Sí mismo con la esperanza mesiánica del pasado, con las necesidades del presente, y con el juicio del futuro. Esto es comprendido por una consideración del lenguaje de Jesús tal y como es registrado en el Evangelio de Juan. Sus palabras para Natanael, “De aquí adelante veréis el cielo abierto, y a los ángeles de Dios que suben y descienden sobre el Hijo del Hombre” (1:51), serán discutidas en la siguiente sección. A Nicodemo le dijo, “Nadie subió al cielo, sino el que descendió del cielo; el Hijo del Hombre, que está en el cielo” (3:13). La expresión “que está en el cielo” es considerada por muchos como entre paréntesis. Por medio de esto Jesús declaró para Sí mismo la distinción de ser el hombre celestial que venía del cielo, combinando en El mismo como el “Hijo de hombre” todo lo

que Dios habría de ser para el hombre, y alguien que, como hombre, es la esperanza del hombre.

En el siguiente versículo, como el Hijo del hombre, Jesús se identifica a Sí mismo con el sacrificio de alguien que procuraría la vida eterna para el perdido: “Y como Moisés levantó la serpiente en el desierto, así es necesario que el Hijo del Hombre sea levantado, para que todo aquel que en él cree no se pierda, mas tenga vida eterna” (3:14, 15). Al ser levantado como un sacrificio en la humillación, El se identificó a Sí mismo como el Siervo sufriente de la profecía y de la esperanza Mesiánica. Esto es atestiguado más adelante cuando dijo, “Cuando hayáis levantado al Hijo del Hombre, entonces conoceréis que yo soy” (8:28). La declaración “Yo soy” referida regresa a la declaración hecha por Sí mismo en contraste para aquellos a los cuales El se dirigió, “Vosotros sois de abajo, yo soy de arriba; vosotros sois de este mundo, yo no soy de este mundo” (versículo 23). El levantamiento de Jesús confirmaría su declaración de que El no había sido de este mundo, sino de arriba. La confirmación sería establecida en la resurrección que siguió al levantamiento o crucifixión. Así finalmente, “Ha llegado la hora para que el Hijo del Hombre sea glorificado...Y yo, si fuere levantado de la tierra, a todos atraeré a mí mismo” (12:23, 32). Aquí el Hijo del hombre está siendo levantado por lo cual El podría conducir a todos los hombres hacia Sí mismo. “Todos los hombres” incluía a los gentiles, para los que solicitaban ver a Jesús ha sido sacada esta declaración. Los judíos no entendieron, por lo cual ellos respondieron con la pregunta, “¿Cómo, pues, dices tú que es necesario que el Hijo del Hombre sea levantado? ¿Quién es este Hijo del Hombre?” (versículo 34).

Lección 42

El se Identificó A Sí Mismo como “el Hijo de Hombre” (Parte 4)

La relación de Cristo con el Siervo Sufriente de Isaías será tratada mas tarde por el momento baste señalar que el uso de Jesús del título “Hijo de hombre” en estos pasajes definitivamente fueron con una connotación mesiánica. Isaías, el gran profeta del Siervo Sufriente, había dicho que el Espíritu de Jehová estaría sobre Su siervo y que él traería justicia a los gentiles (Isaías 42:1-4). Jesús dijo que el Hijo del hombre sería levantado y que El conduciría a *todos* los hombres a El mismo. Isaías declaró más adelante que el destino del siervo era que sería exaltado y levantado, “y será puesto muy en alto” (Isaías 52:13). Pero antes de esta exaltación, antes El “sería glorificado,” sería “despreciado y desechado entre los hombres, varon de dolores, experimentado en quebranto; y como que escondimos de él el rostro,” fue menospreciado y no lo estimamos (Isaías 53:3). Por Su humillación este siervo justo “justificará a muchos, y llevará las iniquidades de ellos” (Isaías 53:11). Así como el Hijo del hombre levantado, Jesús estaba

identificándose a Sí mismo con la humillación de alguien que sería la salvación por medio de Su ser levantado.

Jesús también declaró que como el “Hijo del hombre” El proveyó la comida y bebida para la vida eterna, un pan que había venido abajo desde los cielos y el cual debería ser comido a fin de lograr la posesión y la conservación de la vida eterna (6:27, 53).

Debido a que El estaba relacionado con el hombre como “un hijo de hombre,” Dios le dió autoridad de hacer juicio (5:27). Sin embargo, el hecho de que el artículo definido esta aquí omitido no sería una presión demasiado fuerte en defensa de la relación humana, ya que el contexto afirma fuertemente las prerrogativas divinas de Jesús. Este derecho a juicio perteneció al presente también como al futuro y era relacionado con la expectación mesiánica. Isaías había dicho del Renuevo que vendría del tronco de Isaí, “Y le hará entender diligente en el temor de Jehová. No juzgará según la vista de sus ojos, ni argüirá por lo que oigan sus oídos; sino que juzgará con justicia a los pobres, y argüirá con equidad por los mansos de la tierra; y herirá la tierra con la vara de su boca, y con el espíritu de sus labios matará al impío” (Isaías 11:3, 4).

Lección 43

El se Identificó a Sí Mismo como “el Hijo de Hombre” (Parte 5)

El título “Hijo del hombre” no fue usado por Jesús después de Su resurrección. La última vez que El se refirió así a Sí mismo fue cuando El y los discípulos estaban comiendo juntos la cena de la pascua; El dijo, “Ahora es glorificado el Hijo del Hombre, y Dios es glorificado en él” (13:31). Se estaba aproximando el tiempo cuando ellos “verían al Hijo del Hombre subir a donde estaba primero” (6:62).

El uso de Jesús del título “Hijo del hombre,” está relacionado con la esperanza mesiánica, y podría ser resumido con lo siguiente: Como Hijo del hombre (1:51) el cumplió la promesa de la “simiente”; El no era un ser terrenal, pero es de abajo y vuelve al lugar en donde estaba (3:13; 6:62); El llenó la espectación de un Salvador, y por medio de eso se identifica a Sí mismo con el Siervo Sufriente (3:14; 8:28; 12:34); El tiene autoridad para hacer juicio (5:27); El provee vida eterna para los hombres (6:27, 53); y cuando Su trabajo hubiere sido completado, El entraría a Su gloria (12:23; 13:31). El fué la representación del total de la raza humana, el resumen de todo lo que Dios proveería para el hombre y

desarrollaría en el hombre. El era *el* Hijo del hombre; en Sus declaraciones de tal título, El estaba identificándose a Sí mismo como el Mesías.

Lección 44

El Se da a Conocer a Sí Mismo como el Mediador Entre Dios y el Hombre -El Hombre y Dios (Parte 1)

En el inicio de Su ministerio cuando Natanael tuvo conocimiento de El como “el Hijo de Dios...el Rey de Israel” (1:49), Jesús respondió diciendo al grupo, “De cierto, de cierto os digo: De aquí adelante veréis el cielo abierto, y a los ángeles de Dios que suben y descienden sobre el Hijo del Hombre” (versículo 51). Jesús no negó, sino que admitió, los títulos por los cuales lo reconoció Natanael y entonces escogió para Sí mismo el título el título “Hijo del Hombre”. Los cielos, a través de El, el Hijo del Hombre, fueron ahora abiertos, y no serán cerrados de nuevo. En El estaba ahora completo el sueño de Jacob, el patriarca, el cual “soñó: y he aquí una escalera que estaba apoyada en tierra, y su extremo tocaba en el cielo; y he aquí ángeles de Dios que subían y descendían de ella” (Génesis 28:12). Entonces le siguió la promesa de la tierra a Jacob, seguido por la promesa de la bendición universal” (versículo 14).

En esta réplica a la confesión de Natanael, Jesús hizo la declaración de que en El mismo, el Hijo del Hombre, de ahora en adelante los mensajes de los cielos a la tierra y de la tierra a los cielos serían comunicados. En esto Jesús se representa a Sí mismo como el Mediador entre el hombre y Dios. Y entonces relacionó a Sí mismo el sueño de Jacob, también reconoció El mismo ser la “simiente” a través de la cual todas las familias de la tierra serían bendecidas. Todos los hombres serían bendecidos en la comunicación del Padre a través de El, y a través de El todos tendrían el privilegio de la comunicación con el Padre.

La declaración de que El iba a ser el medio de comunicación de los cielos a la tierra y de la tierra a los cielos introdujo a Jesús como el Medidor de la salvación, el único enviado en el cual los hombres no perecerían sino que tendrían vida eterna (3:19-21). El vino de los cielos para revelar la voluntad del Padre (6:38), con lo cual los hombres podrían reconocerlo como alguien de Dios si ellos deseaban hacer Su voluntad (7:16, 17). El era el Señor y el Maestro, el maestro enviado de Dios (13:13, 14) para revelar a Dios y, cuando fuera levantado, para atraer a todos los hombres a Dios (12:32). En todo esto El era el mediador entre Dios y el hombre, la “escalera” sobre la cual vendría el mensaje de Dios a la familia humana.

Lección 45
El Se da a Conocer a Sí Mismo
como el Mediador
Entre Dios y el Hombre
-El Hombre y Dios (Parte 2)

Pero aún más, El era el único a través del cual el hombre vendría al Padre y el único a través del cual los mensajes del hombre serían traídos al único Eterno. La declaración de Jesús fue, “Yo soy el camino, y la verdad, y la vida; nadie viene al Padre, sino por mí” (14:6). Declaró que El es “la puerta” y que a través de El los hombres podrían encontrar el acceso a la pastura espiritual y a la protección divina (10:9). Más adelante, los hombres pedirían a través de Su nombre (14:14) y todas las peticiones serían hechas al Padre a través de El (15:16; 16; 23-24). La oración más larga registrada hecha por Jesús al Padre es de una naturaleza intercesora y así como El la presentó al Padre en el relato de Su propia obra, presentó una petición para los apóstoles los cuales tomarían esas obras en Su lugar, y concluyó con una oración especial por los discípulos que creyeron en El a través de sus predicaciones (capítulo 17).

La puerta a los cielos ahora está abierta; Jesús, el Hijo del Hombre, es el único sobre el cual los ángeles ascenderían y descenderían de ahora en adelante. De tal manera El es el único mediador entre Dios y el hombre y entre el hombre y Dios. El es el cumplimiento del sueño de Jacob y la promesa hecha por Dios a él. El es la simiente en la cual todas las bendiciones y las revelaciones son hechas de Dios al hombre, y a través del cual el hombre puede venir al Padre mientras que él traiga sus peticiones a El.

Resumen

En relación a la esperanza mesiánica:

- (1) Jesús confesó El mismo ser el Mesías.
- (2) Reconoció El mismo ser el Rey esperado.
- (3) Declaró hablar de parte de Dios, y por lo tanto, ser un profeta, porque Sus palabras fueron las palabras de Dios.
- (4) Declaró ser el "Buen Pastor," la realización de la esperanza de las promesas mesiánicas.
- (5) Confesó El mismo ser el Hijo de Dios en una manera especial.
- (6) Se identificó a Sí mismo como el "Hijo del Hombre," un título nuevo, pero uno definitivamente relacionado con la revelación mesiánica de los profetas.
- (7) Declaró ser el Mediador entre Dios y el hombre, y entre el hombre y Dios.

¡Estás son declaraciones en verdad maravillosas! Estas declaraciones son tales que quitan cualquier pregunta en la mente de cualquier hombre. Ya sea que El es la Deidad o que El es un ruin impostor; en esto no puede haber un punto de vista intermedio. El no es simplemente "un buen hombre." La pregunta ahora es si o no la evidencia sostiene las declaraciones con la fuerza suficiente de tal manera que alguien pueda creer que El es el que El declaró ser.

Capítulo 4

Su Relación con las Necesidades Humanas

Introducción

Cuando Jesús vino al mundo, sus necesidades eran espirituales y morales, no físicas y materiales. Aunque si bien había miles que no tenían las necesidades primordiales de la vida y estaban en la pobreza vil bajo la opresión y en la esclavitud, todavía había en el mundo todas las cosas necesarias para proveer la vida física a toda la gente. La necesidad universal era de ayuda espiritual y de carácter moral para distribuir y para usar apropiadamente lo que ya estaba aquí. Jesús vino a proveer esta ayuda.

Jesús no hizo un ataque directo ni a la estructura política ni a la social de Sus días; Su acometida fué sobre los corazones pecadores que dejaron a los hombres en un estado poco menos que el de las bestias. Su convicción era de que si El pudiera cambiar los corazones de los hombres y proveer para sus necesidades espirituales, el hombre podría cambiar sus circunstancias. A menos que los corazones pudieran ser cambiados, los pecados borrados, y que al hombre le pudiera ser dado un sentimiento original en la vida y un ímpetu emocional que lo moviera a actuar siempre en la dirección correcta, entonces todas las reformas políticas y sociales fallarían. Sin este cambio básico, los hombres podrían regresar a su estado original, aún cuando su medio ambiente fuera mejorado. El concepto de Jesús de las necesidades humanas y de un objetivo en la vida es resumido en Sus propias palabras cuando dijo, “Trabajad, no por la comida que perece, sino por la comida que a vida eterna permanece, la cual el Hijo del Hombre os dará; porque a éste señaló Dios el Padre,” esto es, marcado como reservado para esta distinción especial (6:27). Este capítulo está dedicado para considerar algunas de las declaraciones que Jesús hizo de El mismo en relación con las necesidades humanas.

Lección 46
Su Declaración de Ser la Revelación de Dios
(Ver el Capítulo 2)

Cuando Jesús vino al mundo, su concepto de la verdadera divinidad podría ser resumido en una palabra: *ignorancia*. Aunque si bien los judíos tenían la ley y habían sido hechos los depositarios de la revelación divina, eran ignorantes de la justicia de Dios y habían buscado establecer la suya propia (Romanos 10:1-4). Los gentiles, que habían rehusado tener a Dios en su conocimiento a Dios y se habían abandonado ellos mismos a la idolatría y a la adoración de criaturas de su propia imaginación (Romanos 1:28, 18-23), estaban por lo tanto ignorantes de Su unidad. Pablo en forma hábil señaló su ignorancia de la unidad divina en su sermón en la colina de Marte (Hechos 17:22-28). Esta ignorancia acerca de Dios, de Su justicia y de Su unidad, dejaron tanto a los judíos como a los gentiles en la necesidad de una revelación de Dios-una revelación que ellos pudieron ver en acción cuando El contestó las necesidades de sus corazones.

Felipe expresó la petición de esta necesidad universal de los corazones humanos cuando dijo a Jesús, “Señor, muéstranos al Padre y nos basta” (14:8). Jesús había dicho al grupo lo que les estaba preparando por Su partida, “Si me conocieseis, también a mi Padre conoceríais; y desde ahora le conocéis, y le habéis visto” (14:7). En su contestación a Felipe, Jesús declaró que en El mismo estaba una revelación completa del Padre cuando dijo, “El que me ha visto a mí, a visto al Padre” (14:9). Las palabras que El habló y las obras que hizo fueron las palabras y las obras del Padre, las palabras y las obras que el Padre estaba haciendo por medio del Hijo (versículo 10). “Creedme,” dijo, “que yo soy en el Padre, y el Padre en mí; de otra manera, creedme por las mismas obras” (versículo 11).

Jesús declaró que El era la revelación de Dios-la revelación de Su divinidad o deidad en toda su plenitud. No habría ningún atributo de Dios que no fuera resumido en El. No estaría ninguna expresión de la plenitud de la divinidad que le faltara. En las palabras que El habló y en las obras que hizo Dios estaba revelándose en El mismo. Como uno que prestó atención y contempló, él pudo ver la justicia de Dios expresándose en el amor de Cristo para los que lo pisotearon, en Su sacrificio por el perdido, en Su compasión por los que sufren y por los despreciados, en Su odio y condenación por el pecado, y en Su disposición para devolver a los hombres a su lugar apropiado con Dios. En estas mismas palabras y obras de Jesús, la unidad de Dios es establecida delante de ellos en Su unión con Dios y en Su disposición de hacer tan solo lo que agrada a Su Padre. En su control sobre las fuerzas de la naturaleza, ya sea sobre el mar o en los cuerpos de los que estaban sufriendo y estaban afligidos. El estaba demostrando una soberanía y parentesco divino con el Todopoderoso. En todos los reinos demostró la unidad del poder supremo, ya sea físico o espiritual. En su contestación a Felipe, Jesús estaba declarando que El es la revelación de Dios para el hombre, del todo suficiente y completa. El estaba declarando ser la respuesta a esta petición universal de todos los corazones humanos: “Señor, muéstranos al Padre y nos basta.”

Lección 47 (Parte 1)

Su Declaración de Ser “el Camino”

No es suficiente que Jesús pudiera revelar completamente al Padre en El mismo; el hombre debe tener un camino por el cual él pueda venir al Padre. Antes de este momento en la historia del hombre no había tenido un medio de acceso directo a Dios;

ahora Jesús declara ser El mismo ese camino. El destino es Dios; el camino es Jesús mismo. Fuera de El no hay otro camino o medio de acceso.

Así como El les había dicho a los judíos, así ahora Jesús dijo a los discípulos mientras estaba comiendo la cena con ellos inmediatamente antes de Su muerte: “A donde yo voy, vosotros no podéis ir” (13:33). Continúo esto con la promesa de que en la casa de Su Padre hay muchas moradas, y de que iría a preparar lugar para ellos, y que donde El estaría ellos también podrían estar. El concluyó con la declaración, “Y sabéis a donde voy, y sabéis el camino” (14:4). Tomás contestó con la pregunta, “Señor, no sabemos a dónde vas; ¿cómo, pues, podemos saber el camino? (versículo 5). Esta pregunta elevada por Tomás parece haber sido una señal de desaliento por parte de los discípulos, como si dijeran, “Señor, pienso que sabemos; pero en este momento, no.” Jesús no lo reprendió, pero dijo, “Yo (yo mismo) soy el camino, la verdad, y la vida; nadie viene al Padre, sino por mí” (versículo 6).

En términos fervorosos Isaías había descrito el retorno del pueblo de Dios al Señor y el estado de felicidad de Sión. Habría un tiempo cuando los ojos de los ciegos serían abiertos y los oídos de los sordos destapados, cuando el lisiado saltaría como un ciervo, y cuando la lengua del mudo cantará. El lugar seco se convertirá en estanque, y el sequedal en manaderos de aguas. En medio de este período, “Habrá allí calzado y camino, y será llamado Camino de Santidad; no pasará inmundo por él, sino que él mismo estará con ellos; el que anduviere en este camino, por torpe que sea, no se extraviará” (Isaías 35:8). Aunque no es mencionado el pasaje, parece evidente que Jesús se identifica a Sí mismo con este Camino como una provisión para las necesidades humanas. El era la revelación de Dios, por lo tanto santo; Su llamado para el hombre era para un camino de santidad; solamente aquel que pudiera creer en El podría ser salvado (8:24), y solamente a través de El podrían los hombres encontrar el acceso al Padre (14:6). Los necios, esto es, los depravados, los perversos, los anómales, cuyos corazones hablan necedades (Isaías 32:5-7), no puede venir por medio de El. Estos deben ser completamente transformados, o ser excluidos.

Lección 47 (Parte 2)

Su Declaración de Ser “el camino”

Pero aún más, El es “la verdad, y la vida.” Esto parece explicar lo primero. El es “el camino” porque es la personificación de la verdad, el cual no miente. La verdad de Dios, la cual está contra la mentira de Satanás (8:44), es resumida en El. Es solo la verdad la que hace que el hombre quede libre (8:32); y sí “el Hijo os libertare, seréis

verdaderamente libres” (8:36). Por lo tanto el Hijo hace al hombre libre por medio de la verdad, de la cual El es la personificación y la plenitud. Solo el libre puede permanecer en la casa (8:35). Por lo tanto, es como el Hijo, la personificación de la plenitud de la verdad, que Jesús es el camino al Padre y la libertad y permencia en Su casa.

Además, El es “el camino” porque El es la vida, la vida divina por medio de la cual el hombre es unido con Dios. Su declaración había sido, “Porque como el Padre tiene vida en sí mismo, así también ha dado al Hijo el tener vida en sí mismo” (5:26). Sobre la base de Su relación con Dios, El dijo, “Porque como el Padre levanta a los muertos, y les da vida, así también el Hijo a los que quiere da vida” (5:21). El es el camino porque solo en El que vino de Dios, en el cual está la vida divina de Dios, está el hombre unido con el Padre en Su propia existencia eterna. Jesús declaró que El es la respuesta a las necesidades humanas porque es el camino para el Padre.

Lección 48

Su Declaración de Ser el Salvador (Parte 1)

Cuando Jesús vino al mundo, el hombre no tenía ninguna necesidad más grande que la de un salvador de los pecados. La historia, tanto la secular como la bíblica, testigo presencial de la depravación moral del hombre en ese tiempo y de su necesidad de alguien que lo liberara de tal condición. La ley judía le había presentado al hombre lo que era correcto, pero no había hecho ninguna previsión por su justificación cuando esa ley era transgredida. En lugar de eso, lo tenía bajo una maldición (Deuteronomio 27:26). Ni podía la ley ofrecer la liberación del poder del pecado, porque el justo viviría por la fe

(Habacuc 2:4). La sabiduría y filosofía de los gentiles habían fallado miserablemente, porque todos los gentiles estaban sin Dios y sin esperanza en el mundo. En la desesperación se habían abandonado a ellos mismos a la bajeza de la idolatría que resultó en la corrupción, el crimen, y la miseria por uno y otro lado. Las historias seculares son tan amplias en sus descripciones de la situación como lo es el apóstol Pablo en los primeros dos capítulos de la Epístola a los Romanos. El hombre *debe* tener un salvador en tal estado.

Juan introduce a Jesús como “He aquí el Cordero de Dios, que quita el pecado del mundo” (1:29). El cordero era la víctima ofrecida en el sacrificio de la mañana y de la tarde (Exodo 29:38-46); también era el sacrificio que era comido en la pascua cada año. La más memorable liberación en la historia de los judíos era su liberación de Egipto en el amanecer de su vida nacional cuando el primer cordero pascual había sido sacrificado. Ahora había venido uno que podría librerarlos de una esclavitud más grande, la esclavitud del pecado. Pero este cordero no fue provisto por el hombre; era “el Cordero de Dios,” que Dios estaba proveyendo. Su misión sería “quitar el pecado del mundo.” “El pecado,” singular, considera al pecado “en su unidad” (Westcott). “Del mundo” sugiere lo más inclusivo de su misión como algo que se extendió más allá de las fronteras del pueblo judío para incluir a todos los hombres.

Las propias declaraciones de Jesús fueron, “Y como Moisés levantó la serpiente en el desierto, así es necesario que el Hijo del Hombre sea levantado, para que todo aquel que en él cree, no se pierda, mas tenga vida eterna” (3:14,15). Las palabras que siguieron (versículos 16-21) sirvieron como un comentario a esta declaración. Fue el amor de Dios lo que proveyó el sacrificio; sería la fe la que lo apropiaría. La liberación de perecer y el regalo de la vida eterna sería la bendición (versículo 16). El Hijo no fue enviado a juzgar sino a salvar al mundo. Sin embargo, su entrada en el mundo sería un juicio, porque el juicio caería sobre los no creyentes cuyo amor por las tinieblas, en lugar del amor por la luz, los mantendría en la incredulidad (versículos 17-19). Pero aquellos que buscarían seguir la verdad vendrían a la luz en la cual sería encontrada la libertad.

Lección 48 (Parte 2)

Su Declaración de Ser el Salvador

Jesús vió el pecado como la esclavitud de la cual el hombre debe ser liberado. De acuerdo a El, “Todo aquel que hace pecado, esclavo es del pecado” (8:34), quien, por su propia voluntad satisface sus deseos, se hace a sí mismo hijo de Satanás (8:44). Y el esclavo no podría liberarse a sí mismo de su esclavitud ni hacer de sí mismo un hijo; entonces él debe ser echado fuera. Solo el Hijo puede hacerlo libre (8:35). En las palabras *todo aquel* Jesús destruyó toda distinción entre judíos y gentiles; todo aquel que estaba bajo pecado era esclavo del pecado. Ellos morirían en ese estado de pecado a menos que creyeran en El (8:24). Claramente, El se vió a Sí mismo como el salvador del hombre

de pecado, el Libertador del hombre fuera de una esclavitud de la cual él no podría liberarse por sí mismo.

La liberación sería ofrecida por medio de Su muerte; sería un cordero sacrificado por el pecado. Así en la pascua, tiempo en el cual El sería ofrecido, cuando se acercó, ciertos griegos vinieron a la fiesta y abordaron a Felipe con la solicitud, “Señor, quisiéramos ver a Jesús” (12:21). Felipe y Andrés vinieron a Jesús con la solicitud; El respondió, “Ha llegado la hora para que el Hijo del Hombre sea glorificado” (versículo 23). Era demasiado tarde para que los gentiles fueran incluidos en su enseñanza durante el ministerio terrenal; era demasiado pronto para que fueran traídos a la obra verdadera. Entonces Jesús respondió, “Y yo, si fuere levantado de la tierra, a *todos* atraeré a mí mismo”-esto incluiría a los griegos así como a los otros. “Y decía esto dando a entender de que muerte iba a morir” (versículo 33). El altar de sacrificio en el cual sería ofrecido sería una cruz romana (18:31-32).

Hay otro punto que debe de ser considerado aquí. Cuando Jesús dijo, “Ha llegado la hora para que el Hijo del Hombre sea glorificado” (12:23), entonces oró, y Dios le contestó (versículos 27-30). Con lo cual Jesús dijo, “Ahora es el juicio de este mundo; ahora el príncipe de este mundo es hechado fuera” (versículo 31). Enjuiciándolo y dándole muerte, el mundo se estaba juzgando a sí mismo. Y en Su muerte, ahora muy cerca, y en Su resurrección el príncipe de este mundo estaba siendo hechado fuera. El juicio del mundo y el hechar fuera al príncipe de este mundo estaban entrelazadas con la salvación del hombre traída por Su ser levantado.

Poco tiempo después de esto Jesús interrumpió la conversación entre El y Sus discípulos diciendo, “No hablaré ya mucho con vosotros, porque viene el príncipe de este mundo, y él nada tiene en mí” (14:30). El gentío judío con los soldados romanos y los sacerdotes judíos, todos inspirados por el mismo espíritu de Satanás, venían por El. Pero Satanás no tenía nada en El: El no estaba guiando a ningún crimen o violación de la ley; por lo tanto, El no podría ser detenido por la muerte. El haber hechado fuera a Satanás fué tan cierto que Jesús les aseguró que el Espíritu convencería al mundo de juicio, “por cuanto el príncipe de este mundo ha sido ya juzgado” (16:11). En Su provisión por la salvación del hombre por medio de reunir todas las necesidades de un Salvador, Jesús condenó al mundo y arrojó a Satanás fuera del lugar que él había mantenido hasta entonces. Su declaración fue que El ataría a Satanás y eso sería llevado a cabo en Su propio triunfo sobre la muerte.

Lección 49

Su Declaración de Ser la Luz

Cuando Jesús vino al mundo, se encontró El mismo en un mundo de tinieblas-tinieblas que habían sido introducidas por el pecado. La predicción de Isaías fue totalmente realizada, porque él había dicho, “Porque he aquí que tinieblas cubrirán la tierra, y oscuridad las naciones” (Isaías 60:2). Había una desesperada necesidad de la luz que iluminaría las vidas de los hombres, una luz por la cual el hombre podría claramente determinar lo que era justo y lo que era pecado. Ahora la luz por largo tiempo esperada estaba empezando a alumbrar. Juan había dicho de El en el prólogo de su Evangelio, “En él estaba la vida, y la vida era la luz de los hombres. La luz en las tinieblas resplandece, y las tinieblas no prevalecieron contra ella” (1:4, 5). Esa luz divina que fue declarada por Jesús, y declarada por medio de El, sería la luz que encendería un

resplandor brillante en el alma de cada hombre (versículo 9). Fue una luz que “las tinieblas no prevalecieron contra ella,” esto es, no las entendieron o no las comprendieron (Alford, también Dods); o, no la derrotaron (Westcott). Ambas interpretaciones son verdad, por lo que la idea proyectada por Juan no es clara. Las tinieblas en el mundo no comprendieron la luz de Jesús, ni las tinieblas la “pusieron fuera,” la derrotaron. La historia testifica que brilla aún ahora.

Jesús confirmó esta declaración hecha por Juan cuando dijo, “Yo soy la luz del mundo; el que me sigue, no andará en tinieblas, sino que tendrá la luz de la vida” (8:12). Todo lo que Jehová había sido para Su pueblo en el desierto cuando El los guió en el día por medio de la nube y por una columna de fuego por la noche, así Jesús sería para aquellos que lo seguirían. Así la palabra que había sido dada por el salmista (Lámpara bajo sus pies y una lumbrera a su camino [Salmo 119:105], y cuando se le había dado una exposición alumbrándole y haciéndole entender [versículo 130]), así Jesús lo sería para todos aquellos que miraran hacia El. Y El sería aún más, porque el que lo siguiera tendría “la luz de la vida”-la vida eterna.

Cuando se estaba preparando para abrir los ojos del hombre ciego de nacimiento, Jesús dijo, “Entre tanto que estoy en el mundo, luz soy del mundo” (9:5). En esta declaración es omitido el artículo definido; mientras que El está en el mundo, El es la luz del mundo. Posteriormente dijo, “Aún por un poco está la luz entre vosotros; andad entre tanto que tenéis luz, para que no os sorprendan las tinieblas; porque el que anda en tinieblas, no sabe a dónde va. Entre tanto que tenéis la luz, creed en la luz, para que seáis hijos de luz” (12:35-36). El tendría a hombres que se volverían hijos de luz, luminarias reflejando Su propia luz en sus vidas, caminando en la luz, por lo que ellos podrían tener la vida que El vino a proveer.

Jesús concluyó sus declaraciones acerca de que El es la luz cuando dijo, “Yo, la luz, he venido al mundo, para que todo aquel que cree en mí no permanezca en tinieblas” (12:46). El mundo estaba en tinieblas; pero sí Su declaración era verdadera, el hombre sería en ese tiempo, y lo es hoy, sin excusa para permanecer en las tinieblas. Jesús declaró ser la personificación de toda luz espiritual y moral, la luz traída al mundo desde afuera, traída desde arriba, por lo que el hombre podría tener la luz de la vida.

Lección 50 (Parte 1)

Su Declaración de Ser el Proveedor del Alimento Espiritual

Antes de la venida de Jesús, el género humano había buscado alimentar el espíritu en la falsedad de las filosofías humanas por una parte y en las tradiciones y observancias legalísticas de la ley por el otro lado. Ambos habían fallado; el hombre estaba en un estado de desnutrición espiritual. En medio de tal enfermedad espiritual y moral, Jesús declaró que El había venido “para que tengan vida, y para que la tengan en abundancia” (10:10). Esta vida de la que habló era la espiritual o la vida eterna. Una vez que existe, la vida, ya sea física, vegetal, o espiritual, debe ser sostenida por el alimento apropiado para la vida en particular. Jesús declaró tres cosas de Sí mismo en relación al alimento espiritual: El es el agua de la vida, y El es la vida verdadera por medio de la cual la alimentación llega al fruto.

El Agua de la Vida. A la mujer de Sicar en Samaria, a la cual Jesús le había pedido agua del pozo de Jacob, El dijo, “Si conocieras el don de Dios, y quién es el que

te dice: Dame de beber; tú le pedirías, y él te daría agua viva” (4:10). En la discusión que le siguió, Jesús dijo del agua del pozo, “Cualquiera que bebiere de esta agua, volverá a tener sed; más el que bebiere del agua que yo le daré, no tendrá sed jamás; sino que el agua que yo le daré será en él una fuente de agua que salte para vida eterna” (4:13-14). El agua que Jesús dijo que proveería es espiritual, celestial, y permanente, no material, terrenal, y transitoria. Vive como algo que brota dentro de uno, refrescando constantemente y por siempre a la mano.

Sobre otra ocasión, mientras que estaba asistiendo a la fiesta de los tabernáculos, Jesús exclamó, diciendo, “Si alguno tiene sed, venga a mí y beba.” Así como Dios había provisto agua los viajeros sedientos a lo largo del desierto en los días antiguos, así ahora Cristo propone proveer un sentido más alto del agua espiritual para el alma del hombre. A la mujer de Samaria (capítulo 4) Jesús le había prometido satisfacción personal la cual El proveería; ahora El promete que aquellos que la tomen no solamente se satisfecerán ellos mismos, sino que también serán capaces de proveer para los deseos de otros, porque “de su interior correrán ríos de agua viva” (7:37-39).

Lección 50 (Parte 2)

Su Declaración de Ser el Proveedor del Alimento Espiritual

El Pan de Vida. Después que Jesús había dedicado un día a la enseñanza, alimentó a la multitud de cinco mil hombres con cinco panes de cebada y con dos pescados. Este incidente lo llevó a Su discurso sobre “el pan de la vida.” La multitud lo buscó el siguiente día buscando ser llenados de nuevo con panes y pescados, pero Jesús estaba interesado en el alimento de una naturaleza diferente. Su interés era alimentar con el sustento de la vida espiritual. Al día siguiente en la sinagoga de Capernaum, ellos buscaron otras señales, llamando la atención a la alimentación de los padres en el desierto por Moisés. Jesús aseguró que no fué Moisés el que alimento a los padres, sino Su Padre, y que era el Padre el que podría ahora alimentarlos con “el verdadero pan del cielo. Porque el pan de Dios es aquel que descendió del cielo y da vida al mundo” (6:32-33). Inmediatamente replicaron que El les dió a ellos este pan. El respondió haciendo la declaración, “Yo soy el pan de vida; el que a mi viene, nunca tendrá hambre; y el que en mí cree, no tendrá sed jamás” (6:35). Esta declaración de ser el agua que apaga la sed

espiritual es ahora paralela a la de que El es el pan de Dios que dió vida y aplaca el hambre espiritual.

Esta declaración condujo a la murmuración entre los judíos, dando Jesús la oportunidad para decir que este pan estaría disponible para que alguien lo comiera y no muriera, y para afirmar, “Yo soy el pan vivo que descendió del cielo; si alguno comiere de este pan, vivirá para siempre; y el pan que yo daré es mi carne, la cual yo daré por la vida del mundo” (versículo 51). El resto de este capítulo es una discusión del pan de la vida, y del resultado que es desarrollado en la actitud de la gente. Lo único que nos concierne aquí es la declaración hecha por Jesús en relación a las necesidades espirituales del hombre; El declaró que El era el pan de la vida y que aquellos que comieran de ese pan no tendría hambre.

La Vid y los Pámpanos. Otra declaración hecha por Jesús como el proveedor de las necesidades humanas es que El es la vid por medio de la cual cada pámpano deriva la savia viviente esencial para mantener al fruto. “Yo soy la vid verdadera” (15:1) es Su declaración hecha a los discípulos la noche que lo traicionaron. Es solo permaneciendo en El, y permaneciendo Su palabra en ellos, que ellos podrían ser capaces de proporcionar fruto; y es llevando fruto que el Padre sería glorificado por ellos (versículos 4-8).

Como el vino verdadero, El los sostendría perfectamente. En El la unión con la deidad sería perfectamente realizada. Los discípulos experimentarían la satisfacción de sus oraciones a Dios, la joya divina de Jesús sería de ellos, y Dios sería glorificado (versículos 8-10). Lo máximo y más completo en el discipulado sería realizado en esta unión con El.

Lección 51

Su Declaración de Ser el Pastor y el Rey

La declaración de Jesús de ser el rey y el pastor ha sido relacionado con la esperanza mesiánica. Pero necesita ser agregada una palabra de acuerdo a esta declaración en Su relación con las necesidades humanas. Jeremías mucho tiempo antes declaró, “Conozco, oh Jehová, que el hombre no es Señor de su camino, ni del hombre que camina es el ordenar sus pasos” (Jeremías 10:23). La historia de Israel, y de todo el género humano, ha demostrado esta verdad. El hombre necesitaba-y necesita-y pastor que lo guíe a través de pastos agradables y por corrientes plácidas y que le provea un refugio en tiempo de tormenta y un redil donde se encuentre protección.

También, el hombre necesitaba un rey que lo animara y guiará a la victoria y al triunfo en las incursiones de la vida. El hombre común entre los judíos había estado por largo tiempo bajo la dominación espiritual de los fariseos y de los líderes religiosos de Jerusalén. El desprecio que tenían hacia el pueblo aquellos que estaban en Jerusalén fué claramente establecido cuando le dijeron a los alguaciles que enviaran a arrestar a Jesús, “¿Acaso ha creído en él alguno de los gobernantes, o de los fariseos? Más esta gente no sabe la ley, maldita es” (7:48-49). El pueblo necesitaba un guía que les diera

ánimo para hacer frente a las fuerzas de oposición y de error y los cuales declararían sus convicciones por lo que era justo. Ellos necesitaban un rey del cual pudieran depender, el cual les proveería este ánimo tan esencial, y el cual los guiaría entonces a la victoria en el conflicto que seguramente vendría. Jesús declaró ser la respuesta a estas necesidades en verdad desesperadas de la familia humana. Los gentiles serían incluidos, porque El atraería a “todos los hombres” a El mismo (12:32).

“Yo soy el buen pastor; el buen pastor su vida da por las ovejas” (10:11). El no era un asalariado; El tenía cuidado por Sus ovejas. El las conocía, ellas lo conocían a El, y El tenía la buena voluntad de dar Su vida por ellas (versículos 11-15). Sus ovejas lo seguirían, y El les daría vida eterna. Ellos nunca perecerían sino que disfrutarían de constante protección; ningún hombre o bestia salvaje sería capaz de arrebatarlas de Su mano (versículos 27-29). Como un pastor El representó al Padre el cual es más grande que todos, y ningún hombre podría arrebatarle las ovejas de la mano de Su Padre (versículo 29).

En respuesta a la pregunta de Pilato, “¿Luego, eres tú rey?” Jesús había contestado, “Tú dices que yo soy rey” (18:37a), lo cual es lo mismo que decir, “Estás en lo correcto, porque soy un rey” (Dods). Pero El era rey de un mundo diferente del de Pilato. El continuó, “Yo para esto he nacido, y para esto he venido al mundo, para dar testimonio a la verdad. Todo aquel que es de la verdad, oye mi voz” (versículo 37b). El verdaderamente era un rey; vino a guiar a los hombres en una guerra moral y espiritual en la cual la verdad sería el poder para conquistar y conseguir la victoria. Había abundancia de Césares para guiarlos en sus campañas militares. Jesús era rey de un reino diferente. Sus armas no eran de este mundo-su arma era la verdad.

Lección 52

Su Declaración de Ser la Resurrección

Las grandes pirámides de Egipto son monumentos al esfuerzo del hombre para proveer por la vida futura. Sepultados con los faraones en estas magníficas tumbas había artículos y siervos para ser usados en el otro mundo. Desde estas tumbas gigantescas de una de las más grandes civilizaciones de la antigüedad hasta las sepulturas de tierra de los indios americanos prehistóricos, uno encuentra artefactos enterrados con los muertos para ser usados por ellos en la otra vida. Todos ellos son téstigos mudos de los deseos del hombre de vivir más allá de esta vida; pero hasta la venida de Jesucristo, no había un voz clara y positiva que trajera seguridad de tal vida. Los hombres necesitaban una señal segura en la cual pudiera descansar su esperanzade algo más allá. Ellos necesitaban la garantía de una resurrección. En respuesta a este anhelo tan antiguo del corazón humano, Jesús prometió que a todo aquel que creyera en El le daría vida eterna y le levantaría en el día postrero (6:39-40, 44, 54).

No obstante, este poder de levantar de levantar a los muerte iba a ser demostrado en El mismo. Cuando Jesús limpio el templo y los judíos requirieron por una señal, Jesús contestó, “Destruid este templo, y en tres días lo levantaré...Más él hablaba del templo de su cuerpo” (2:19-21). Esto, les aseguró, sería la señal suprema de Su relación con Dios y con Su templo verdadero. De nuevo El declaró, “Yo pongo mi vida, para volverla

a tomar. Nadie me la quita, sino que yo de mí mismo la pongo. Tengo poder para ponerla, y tengo poder para volverla a tomar” (10:17-18). En Su capacidad para hacer esto demostraría esta declaración suprema y final, la cual lo relaciona a El con el anhelo y necesidad de la humanidad, “Yo soy la resurrección y la vida; el que cree en mí, aunque esté muerto vivirá”. Y todo aquel que vive y cree en mí, no morirá eternamente (11:25-26). En esta declaración son hechas dos reclamaciones: “(1) que la resurrección y la vida no están solo en el futuro, sino en el presente; (2) que la resurrección y la vida vienen a nosotros por la unión con Cristo” (Dods). El es la resurrección y la vida en persona. Cualquier esperanza de resurrección y de vida más allá de esta vida está en El, y apartado de El tan solo hay muerte y desesperación. Esta es Su declaración.

Resumen

En Sus declaraciones con respecto a las necesidades humanas, Jesús declaró (1) ser la revelación de Dios, que Dios estaba en El hablando Sus palabras y haciendo Sus obras; que El es (2) el camino de la vida, (3) el Salvador de los hombres, (4) la luz del mundo, (5) el poder sustentador de la vida, (6) el pastor y el rey, (7) la resurrección y la vida. Estas declaraciones, si son sostenidas, lo proveen para ser el divino Hijo de Dios. Si ellas no son sostenidas, es declarado el impostor más grande que jamás ha existido en la familia humana. Las declaraciones de Jesús en Su relación con Dios, con la esperanza mesiánica, y con las necesidades humanas, tal como es expuesto en el Evangelio de Juan, han sido expuestas brevemente. La evidencia para sostener las declaraciones, como es presentada por Juan, será el tema del resto de este libro.

PARTE DOS
El Testimonio Ofrecido para
Sostener las Declaraciones de Jesús

Capítulo 5

El Testimonio Humano

Introducción

El propósito de Juan cuando escribió su Evangelio era que el hombre pudiera creer que Jesús es el Cristo y, por medio de creer en Él, tenga vida eterna. Puesto que toda creencia descansa en la evidencia, Juan ha presentado el testimonio que él creyó engendra y sustenta tal fe. Su Evangelio no es una biografía de la vida de Jesús. En vez de eso, Juan selecciona incidentes y enseñanzas de alrededor de veinte de los aproximadamente cien días del ministerio de Jesús y ofrece esta evidencia para sostener su proposición.

El testimonio de la deidad de Jesús como es presentado en el Evangelio de Juan cae dentro de dos encabezados: el Humano y el Divino. El testimonio humano cae también dentro de dos divisiones: aquel de Juan el Bautista, y aquel de aquellos que estuvieron en contacto con Jesús. Algunos podrían objetar a la identificación del testimonio del Bautista como testimonio humano sobre la base de que “era un hombre enviado de Dios.” Tanto Juan el bautista como Juan el apóstol reconocieron que la comisión del bautizador era una comisión divina. Sin embargo, Jesús dijo, “Vosotros enviasteis mensajeros a Juan, y él dio testimonio de la verdad. Pero yo no recibo testimonio de hombre alguno...Más yo tengo mayor testimonio que el de Juan...el Padre que me envió ha dado testimonio de mí” (5:33-37). Jesús dijo que Juan era “un hombre,” y que el testimonio de Jesús era más grande que el de Juan el Bautista, cuyo testimonio será incluido en la sección del testimonio humano, sin embargo será presentada como distinta de todos los demás testimonios humanos, porque fue enviado por Jehová con una comisión especial.

Lección 53 (Parte 1)

El Testimonio de Juan el Bautista

El escritor del Cuarto Evangelio pasa sobre una discusión del linaje, del linaje, y de la vida apartada de Juan. No hace mención de la relación de Juan con Jesús o de su conversación con Jesús cuando vino a Juan para ser bautizado. Del mismo modo, pasa a través de la predicación de Juan de la cercanía del reino, para llamar al arrepentimiento, y al significado que le atribuye. También, pasa finalmente sobre la muerte del antecesor de Jesús.

El evangelista presenta la escena del ministerio de Juan como sucediendo en “Betábara, al otro lado del Jordán” (1:28), y “en Enón, junto a Salim” (3:23); la localización de ambos lugares es ahora desconocida. Podría inferirse del uso de los discípulos “al otro lado del Jordán” (3:26) que Juan gastó algún tiempo en Perea (por ejemplo, “la tierra al otro lado del Jordán”). Otra de estas referencias, él no dice nada de los lugares cubiertos por Juan.

Juan (el apóstol) testificó de la misión divina del bautizador (1:6), lo cual también el antecesor reclamó para él mismo (1:33). El conocimiento de la superioridad de Jesús por él mismo es tal que dice “del cual yo no soy digno de desatar la correa del calzado” (1:27). El se reconoció a si mismo como “el amigo del esposo,” en cuya voz se regocija, y conoció el carácter temporal de su trabajo en comparación al de Jesús cuando dijo, “Es necesario que él crezca, pero que yo mengüe” (3:30).

El trabajo de Juan el Bautista fue doble: (1) proclamar la aproximación del reino de los cielos, y preparar a la gente para él, y (2) dar testimonio formal de Jesús como el Hijo de Dios. El evangelista pasa silenciosamente sobre el primero de estos, usando solo esa parte del testimonio y del trabajo de Juan que sustenta esta proposición: Jesús es el Cristo, el Hijo de Dios. “Hubo un hombre enviado de Dios, el cual se llamaba Juan. Este vino por testimonio, para que diese testimonio de la luz, a fin de que todos creyesen por él” (1:6, 7) - creer por medio del testimonio de Juan de que era el Mesías.

El carácter y propósito del Cuarto Evangelio es indicado por el número de veces (33) que Juan usa el verbo *martureo*, “dar testimonio, testificar concerniente a alguien o a algo,”¹ La palabra se traduce “ dar testimonio, dar un registro, testificar.” El sustantivo *marturia* “uno dando testimonio,”² es usado catorce veces en el Evangelio y dieciséis veces en los otros escritos de Juan; es usado solo siete veces por los otros escritores del Nuevo Testamento. La palabra que la define más completamente significa “(dar) testimonio competente concerniente a lo que alguien ha visto, oído o experimentado por sí mismo.”³ Es dicho, “En los días antiguos, como en los presentes, este era un termino legal designando el testimonio dado por o contra alguien sobre pruebas ante un juzgado.”⁴ La misión de Juan, el anunciador de Jesús, era dar testimonio, dar testimonio competente como por alguien sobre pruebas, de lo cual el había visto y oído de Dios concerniente al Mesías, Jesús.

Lección 53 (Parte 2)

El Testimonio de Juan el Bautista

¹ Arndt y Gingrich, pág. 498.

² W. E. Vine, *Diccionario Expositivo de Palabras del Nuevo Testamento*, Vol. IV, pág. 225.

³ W. Hendriksen, *Comentario del Nuevo Testamento, Una Exposición del Evangelio Según Juan*, Vol. I, pág. 76

⁴ *Diccionario de Teología de Baker*, pág. 555.

El testimonio de Juan (el Bautista) inicia con el testimonio concerniente a él mismo, el cual aclara su misión u oficio y su relación a ese trabajo. Su testimonio era tanto negativo como afirmativo. Cuando fue interrogado por una confederación de sacerdotes y Levitas enviados desde Jerusalén para preguntarle, ¿Tú, quién eres? su respuesta fue negativa en su naturaleza. En sus preguntas relacionadas con ser él el Cristo, dijo, “Yo no soy el Cristo” (1:20). A la siguiente pregunta, ¿Eres tú Elías? contestó de nuevo con una negativa, “No soy” (1:21a). Y en respuesta a la tercera pregunta, ¿Eres tú el profeta? fue aún más breve; la respuesta fue “No” (1:21b). Pero estos hombres que fueron enviados a él desde Jerusalén debían tener una respuesta que regresará con ellos. Sí no era el Cristo, ni Elías, ni el profeta, debían determinar quien era. Esta vez la respuesta fue afirmativa: “Yo soy la voz de uno que clama en el desierto: Enderezad el camino del Señor, como dijo el profeta Isaías” (1:23). El testimonio negativo de Juan con respecto a sí mismo fue que él no era el Cristo, Elías, o el profeta. El testimonio positivo fue que él era simplemente “la voz”, el artículo definido siendo omitido en el original. El testimonio de Juan acerca de si mismo fue quien no era él, y quien si era.

Esta contestación identifica a Juan con al esperanza de alguien del gran “consuelo” en los capítulos de Isaías, el cual hablaría de la grandeza del incomparable Dios de Israel, el cual perdonaría las iniquidades del pueblo (Isaías 40:1-2). Enseguida de la promesa de que El perdonaría a Su pueblo, el Señor había dicho, “Y se manifestará la gloria de Jehová, y toda carne juntamente la verá” (Isaías 40:5). Pero la voz de alguien preparando el camino para la revelación de esta “gloria” precedería al advenimiento de la gloria (Isaías 40:3-4). Juan declaró ser esa voz, identificándose así el mismo con la profecía como el anunciador y el heraldo de la “gloria” mesiánica. Si “la voz” estaba siendo oída ahora, la “gloria” no tardaría mucho tiempo en aparecer. En el Prólogo del Evangelio, el escritor afirma que esta gloria fue cumplida en su totalidad en el Verbo Encarnado (1:14, 16).

El testimonio de Juan acerca del Cristo como fue presentado en la parte inicial del libro fue en tres grupos: a la delegación enviada desde Jerusalén; al grupo que estaba delante de él, aparentemente donde estaba predicando y bautizando; y a dos de sus discípulos.

(1) Su testimonio a los Judíos de Jerusalén fue que él era la voz que cumplía totalmente la profecía de Isaías como aquel que introduciría la “gloria” de Jehová. Indirectamente, por lo tanto, su testimonio fue que Jesús era “la gloria” que aparecería entre toda carne. El testificó antes, “más en medio de vosotros está uno a quien vosotros no conocéis. Este es el que viene después de mí, el que es antes de mí, del cual yo no soy digno de desatar la correa del calzado” (1:26-27). Cuando asoció con su declaración ser la voz predicha por Isaías, esta declaración testificó que el Mesías, mucho más grande que él mismo, como “la gloria de Jehová,” estaba cercana a aparecer.

Lección 53 (Parte 3)

El Testimonio de Juan el Bautista

(2) Al día siguiente, a una multitud posiblemente más entusiasta de lo usual al entusiasmo de las predicaciones de Juan, Juan testificó, “He aquí el Cordero de Dios,

que quita el pecado del mundo” (1:29). Esto identificó a Jesús como la esperanza del sacrificio del Antiguo Testamento, como el sacrificio mismo; este era un sacrificio para ser ofrecido no solamente por los judíos, sino también por “todo el mundo.” Así como “toda carne” vería la gloria (Isaías 40:5), así “todo el mundo” tendría parte en el sacrificio. Para sostener este testimonio, Juan estaba testificando que como el Cordero de Dios, Jesús estaba cumpliendo otra profecía de Isaías, “Angustiado él, y afligido, no abrió su boca; como cordero fue llevado al matadero; y como oveja delante de sus trasquiladores, enmudeció, y no abrió su boca...Porque fue cortado de la tierra de los vivientes, y por la rebelión de mi pueblo fue herido” (Isaías 53:7-8).

Juan lo conoció como “la gloria” y “el Cordero”; él solo sabía que ese alguien iba a ser manifestado y que lo reconocería por el testimonio de los cielos. El testimonio de Dios para Juan era el descenso del Espíritu Santo sobre El en forma de una paloma en Su bautismo. Juan entonces testificó que el Espíritu Santo había descendido sobre El cuando lo bautizó, entonces, “Yo le vi, y he dado testimonio de que éste es el Hijo de Dios” (1:34).

De nuevo, “el día siguiente,” mientras Juan estaba de pie con dos de sus discípulos, y, así como él había visto a la multitud el día anterior, repitió de nuevo, “He aquí el Cordero de Dios” (1:36). Estos dos discípulos lo dejaron para seguir a Jesús.

(3) El testimonio final de Juan fue dado en algunas ocasiones posteriores cuando uno de sus discípulos vino a él con la reclamación de que uno del cual él había dado testimonio estaba ahora bautizando, “y todos vienen a él” (3:26). La contestación de Juan fue de que él había dado testimonio de que él mismo no era el Cristo sino que fue enviado delante de El; su gozo sería hecho completo porque la voz de alguien el cual ha dado testimonio estaba ahora siendo oída. El habló entonces su testimonio de despedida, “Es necesario que él crezca, pero que yo mengüe” (3:30). En verdad, este es el testimonio de un espíritu magnánimo. El había completado su misión de dar testimonio de la Luz, y ahora estaba listo para retirarse del centro de atención de la popularidad en favor de ese alguien.

El testimonio de Juan el Bautista sobre la deidad de Jesús podría ser resumido bajo cinco encabezados: (1) El es la “gloria” que estaba por venir, la gloria de Dios en la carne humana; (2) El es “el Cordero de Dios, que quita el pecado del mundo”; (3) El es “el Hijo de Dios,” porque Dios le había dado testimonio de esto (1:33-34); (4) El “era antes de mí”; y (5) “Es necesario que él crezca, pero que yo mengüe.” En reconocimiento a un trabajo bien hecho, Jesús le dio un tributo de grandeza cuando dijo, “Vosotros enviasteis mensajeros a Juan, y él dio testimonio de la verdad...El era antorcha que ardía y alumbraba; y vosotros quisisteis regocijaros por un tiempo en su luz” (5:33, 35). El fue una luz verdadera, dando testimonio de la verdad.

Lección 54

El Testimonio de Aquellos que Tuvieron Contacto con Jesús

El testimonio de todos los otros testigos humanos presentados por Juan en su evangelio son diferentes al de Juan el Bautista. Como señalamos arriba, el testimonio de Juan era el de alguien enviado de Dios, en cumplimiento de la profecía, y confirmada

desde los cielos en la forma del Espíritu Santo descendiendo sobre el Señor; en tanto que, el testimonio de todos los otros testigos es el testimonio de una impresión hecha sobre los testigos debido a su contacto con Jesús. El testimonio de y dentro de si mismo no prueba ninguna declaración hecha por Jesús para ser verdad, si las declaraciones fueron de acuerdo a Su relación con Dios y con la esperanza mesiánica, o Su cumplimiento de todas las necesidades humanas de una naturaleza espiritual. Su testimonio testifica solamente para el peso y el efecto de la enseñanza, trabajo y declaraciones de Jesús sobre aquellos quienes lo vieron y oyeron. La evidencia es circunstancial e incidental, pero es merecedora de una consideración franca e imparcial. El valor del testimonio humano ha sido bien resumido por otro quien, en escritos de peso del testimonio apostólico, dijo,

La fuerza del testimonio humano depende de tres cosas: primero, la honestidad del testigo; segundo, su competencia; y tercero, de su número. Determinamos si son honestos, considerando su carácter general y sus motivos en el caso particular... La competencia es determinada considerando las oportunidades de los testigos de obtener conocimiento de aquello de lo cual testifica, y de su capacidad mental para observar y recordar los hechos. El número de requisitos varía con el grado de probabilidad apegada a los hechos.⁵

Los testigos de quince grupos o individuales serán presentados de la misma manera en que Juan registró el testimonio de ellos. En el caso de la mayoría de estos, serán agregados pequeños comentarios. Se dejará hablar a los testigos por si mismos.

Lección 55

1. Los primeros discípulos

Cuando los dos discípulos oyeron testificar a Juan el Bautista testificaron, “He aquí el Cordero de Dios” (1:36), siguieron a Jesús. Jesús los invitó a venir con El al lugar donde estaba moraba, y pasaron el resto del día en su compañía. Fueron tan impresionados estos dos discípulos que uno de ellos, Andrés, encontró a su hermano Simón, al cual le dijo, “Hemos hallado al Mesías” (1:41). El testimonio de Juan y lo que Andrés vio por si

⁵ J. W. McGarvey, *Evidencias del Cristianismo*, Libro II, pág. 146.

mismo en Jesús llenó tan favorablemente sus expectativas de lo que sería el Mesías, que fue convencido.

Al día siguiente Jesús encontró a Felipe, el cual lo siguió sobre la simple invitación, “Sígueme.” Felipe buscó inmediatamente a Natanael, al cual le dio testimonio con entusiasmo, “Hemos hallado a aquel de quien escribió Moisés en la ley, así como los profetas” (1:45).

Natanael no fue tan impresionado. Cuando vino a reunirse con Jesús y a oírlo hablar de sus anteriores actividades, Natanael estaba tan conmovido que contestó, “Rabí, tú eres el Hijo de Dios; tú eres el Rey de Israel” (1:49). La impresión de estos primeros tres discípulos era de que Jesús era el Mesías, del cual habían escrito Moisés y los profetas, el Hijo de Dios, el Rey de Israel. Sus testimonios no prueban que El era alguno de estos, pero dan testimonio de la impresión que les dio Jesús. No hay evidencia de que ninguno de los de este grupo se hayan retractado en alguna ocasión de las impresiones y de que las hayan negado. Las impresiones crecieron dentro de sus convicciones y permanecieron a lo largo de toda su vida.

Lección 56

2. María, la madre de Jesús

El testimonio de María es incidental, no directo, tanto en su declaración como en su silencio. En la fiesta de bodas en Caná de Galilea, a donde asistió María, Jesús, y Sus discípulos, faltó el vino. Uno puede imaginar el desconcierto de los huéspedes con la consideración de las opiniones, tales como las que tuvieron María y Jesús. Movidada por su primer impulso, María dijo a Jesús, “No tienen vino.” La contestación de Jesús fue para impresionarla con la realización de lo que El haría y lo cual sería guiado por la mano de uno más grande y más alto que ella. En seguida ella se dirigió a los que servían y dijo, “Haced todo lo que os dijere” (2:1-5). Sus palabras y acciones implican el conocimiento y la seguridad de que Jesús era más que otro simple huésped de la fiesta; era alguien

capaz de enfrentarse con la situación. El testimonio es circunstancial o incidental pero es estimulante.

En otra ocasión ella dio testimonio, pero esta vez lo dio con su silencio. Como María permaneció al pie de la cruz sobre la cual su amado hijo había sido clavado, lo oyó hacer previsiones para el cuidado de ella en la casa del discípulo al cual El amó. Que experiencia debió haber sido para un corazón desgarrado el cual llevó tantos secretos en su corazón contemplarlo en tal dolor, y todavía oírlo hacer previsiones para el bienestar de ella mientras que se olvidaba de El mismo. Así ella había visto la tensión, el odio y el aborrecimiento levantado entre el pueblo, y la determinación de Sus enemigos de llevarlo a la muerte, una palabra de ella lo habría salvado de esta hora. Una palabra, “¡Este no es el Hijo de Dios! _____ es su padre,” lo habría salvado. ¡Imagine la sensación de aguda culpabilidad, una culpabilidad parecida a la del asesinato, que podría haber tenido ella si El no era lo que reclamaba ser! Solo ella conocía en forma positiva si era el Hijo de Dios o un bastardo, y ella permaneció allí, silenciosamente permitiendo que El fuera crucificado bajo la acusación, “se hizo a sí mismo Hijo de Dios” (19:7). Ya sea que El era lo que reclamaba ser, o María toma un lugar entre los archi-criminales de la historia, asociada con una conspiración de hipocresía, engaño, blasfemia, impostura, y fanatismo. Pero la razón pregunta, ¿qué motivo podría haber tenido ella para todo esto? El eco contesta, ¿cuál? Allí permaneció, en silencio. ¡Pero que volúmenes hablan este silencio! Es el testimonio mudo a las declaraciones que Jesús había hecho, “Yo soy de arriba;...Yo no soy de este mundo” (8:23). Seguramente la ternura, el carácter, y el amor de María por Jesús igualaría a la de aquella ramera la cual, cuando Salomón iba a dividir al niño vivo entre la madre y la otra, exclamó, “¡Ah, señor mío! dad a ésta el niño vivo, y no lo matéis” (I Reyes 3:26). La nobleza de la maternidad verdadera adornan la diferencia entre la obscuridad de la falsedad y el carácter de la verdad.

Lección 57

3. Nicodemo

En el inicio del ministerio de Jesús, cuando hizo su primer viaje a Jerusalén, Nicodemo estaba tan impresionado por Su enseñanza que vino a El de noche para oír y aprender más de ese alguien el cual tan valientemente había hecho lo que cualquier judío honorable debía haber hecho. Jesús inició allí Su trabajo arrojando a los animales y a los cambistas y volcando las mesas de estos hombres como ellos habían vuelto la casa de Jehová en una casa de mercado. Nicodemo era un gobernante de los judíos, un fariseo, un hombre de no poca posición y reputación en la ciudad. Se introdujo a sí mismo con el testimonio, “Rabí, sabemos que has venido de Dios como maestro; porque nadie puede hacer estas señales que tú haces, si no está Dios con él” (3:2).

La fe de estos creyentes de Jerusalén podría haber sido superficial, ligera, voluble, pero no hay indicación de que Nicodemo alguna vez dudado de la creencia expresada aquí. Ante su propia compañía de fariseos, proveyó ser el mismo un hombre de conducta íntegra para con otros cuando defendió el derecho de Jesús a ser oído (7:50-51). Podría ser que nunca lleguemos a conocer si él nunca tuvo el valor de confesar esa fe y hacerla una fuerza viviente, dinámica en su vida; pero el hecho de que él vino a José para preguntar por el cuerpo de Jesús para que se le pudiera dar una sepultura decente (19:39) testimonia el hecho de que el nunca dudó del testimonio en su primera reunión con el Maestro: “Rabí,...has venido de Dios como maestro.”

4. Los Samaritanos

En Su conversación con la mujer en el cercano pozo de Sicar, Jesús la impresionó tanto por Su conversación y por sus revelaciones a su propia vida privada que ella dijo, “Señor, me parece que tú eres profeta” (4:19). Estaba tan excitada por la conversación que siguió que dejó su cántaro y se apresuró a ir a la ciudad, donde dijo a la gente, “Venid, ved a un hombre que me ha dicho todo cuanto he hecho. ¿No será éste el Cristo?” (4:29). Ella no hizo ninguna otra afirmación sino que El le había dicho cosas acerca de su vida, las cuales El no podría haber conocido por algunas referencias anteriores. Ella levantó entonces la pregunta, “¿Puede ser este el Cristo” al cual estamos esperando los samaritanos? La mujer mostró sus impresiones en base a la naturaleza humana por este enfoque; porque una cuestión propiamente apresurada podría despertar más interés que alguna cosa más que ella pudiera haber dicho.

El testimonio de la mujer, “Me dijo todo lo que he hecho” (4:39), dirige una invitación al pueblo en el cual Jesús dedicó algún tiempo. En cerca de dos días que estuvo en medio de ellos, los samaritanos estaban tan impresionados que dijeron a la mujer, “Ya no creemos solamente por tu dicho, porque nosotros mismos hemos oído, y sabemos que verdaderamente éste es el salvador del mundo, el Cristo” (versículo 42). Su contacto con Jesús los dirigió a una profunda fe de que Jesús era el Salvador del mundo basados en el conocimiento de primera mano el cual ellos habían tenido. En base a su contacto con Jesús, la mujer y sus compañeros samaritanos testimoniaron que “Me ha dicho todo cuanto he hecho,” y “Este es el Salvador del mundo.”

Lección 58

5. Pedro

Cuando se acercaba el día en el cual había dedicado tiempo a la enseñanza de la multitud, Jesús alimentó a cinco mil hombres, sin contar a las mujeres y a los niños, con cinco panes pequeños y dos peces. Fue tan impresionado el pueblo que estaban listos para tomar a Jesús por la fuerza y hacerlo rey (6:15). Al siguiente día de este milagro, Jesús continuó con el sermón del pan de vida. El estaba examinando a la multitud, probándolos para ver si ellos podrían aceptarlo como un Mesías espiritual y no como un rey político. Cuando dirigió este asunto a sus discípulos, muchos dijeron, “Dura es esta palabra; ¿quién la puede oír?” (6:60). Jesús continuó Su explicación asegurándoles que no era la carne sino el espíritu es el que aprovecha y da vida, y que las palabras que El habló eran espíritu y vida (versículo 63). Esto solo los confundió más, con lo cual “muchos de sus discípulos volvieron atrás, y ya no andaban con él” (versículo 66).

Jesús había probado este punto: Ellos no estaban listos para un Mesías espiritual, el rey de un reino no de este mundo. En lugar de apresurarse a dar una explicación de sus enseñanzas en un esfuerzo de detener la partida de sus discípulos, Jesús se volvió a los doce y preguntó, ¿Queréis acaso irnos también vosotros?” (versículo 67). Así Pedro habló por los doce así como por sí mismo, su contestación revela la impresión que Jesús había dejado en ellos, “Señor, ¿a quién iremos? Tú tienes palabras de vida eterna. Y nosotros hemos creído y conocemos que tú eres el Cristo, el Hijo del Dios viviente (versículos 68-69). Posteriormente, en un momento de debilidad, Pedro negó haber conocido al Señor; pero él nunca vaciló de la convicción que declaró en esta ocasión. El dio su vida por la proclamación de estas palabras que él creyó eran “de vida eterna.”

Lección 59 (Parte 1)

6. La multitud

La opinión de la multitud estaba dividida; consecuentemente, dieron un testimonio dividido. Con algunos, los testimonios sostenidos serían predispuestos por la influencia de los gobernadores judíos en sus pensamientos. En otros, los cuales no habían sido prejuzgados de esa manera, podrían ser testigos más imparciales. Después de que ellos hubieron considerado la alimentación de los cinco mil con los pocos panes y peces, la gente estaba lista para tomarlo por la fuerza y hacerlo rey. Al siguiente día, después de la alimentación de los cinco mil y del intento de tomarlo por la fuerza y hacerlo rey, el testimonio de algunos fue, “¿No es éste Jesús, el Hijo de José, cuyo padre y madre nosotros conocemos?” (6:42). Ellos podían aceptar sus milagros, pero no podía aceptar Su deidad. Algún tiempo posterior a la alimentación de los cinco mil, Jesús fue a Jerusalén a la fiesta de los tabernáculos. A esta fiesta asistirían judíos no solo de Galilea, sino también de otras partes del mundo. Muchos de estos conocían a Jesús solo por rumores. Otros de los que estarían entre ellos podrían ser los que lo habían visto y oído personalmente. Los judíos de estos grupos lo buscaron e hicieron la pregunta, “¿Dónde está aquél?” (7:11). La opinión estaba dividida porque muchos no habían tenido la

oportunidad suficiente de oírlo y de verlo. Algunos dijeron, “Es bueno, pero otros decían: No, sino que engaña al pueblo” (versículo 12).

Así como la multitud vio y oyó a Jesús durante los días de la fiesta, las opiniones basadas sobre evidencias más sólidas se volvieron más definitivas. Algunos hicieron la pregunta, “¿Habrán reconocido en verdad los gobernantes que éste este es el Cristo?” (7:26). Así Jesús continuó Su enseñanza, y los gobernadores buscaban prenderle, “Muchos de la multitud creyeron en él, y decían: El Cristo, cuando venga, ¿hará más señales que las que éste hace?” (7:31). Las impresiones se estaban haciendo más concretas.

Los sentimientos entre los judíos se levantaron así como Jesús continuaba Su enseñanza. Los gobernadores estaban determinados a librarse de El. Las opiniones de la multitud estaban empezando a tomar forma definitiva. Algunos decían, “Verdaderamente éste es el profeta.” Otros decían, “Este es el Cristo.” Pero algunos decían, “¿De Galilea ha de venir el Cristo? ¿No dice la Escritura que del linaje de David, y de la aldea de Belén, de donde era David, ha de venir el Cristo? Hubo entonces disensión entre la gente a causa de él” (7:40-43). El testimonio de estos, aun tomado de aquellos que estaban divididos sobre sí El era el profeta o el Cristo, o sobre su incierto conocimiento del lugar de Su nacimiento, reconocieron que una persona extraordinaria estaba en medio de ellos. Una cosa era cierta: El no era solo un maestro de la escuela de los rabís.

Lección 59 (Parte 2)

6. La multitud

Algunos meses más tarde, cuando la multitud vino a Jerusalén para la Pascua, dieron a conocer la impresión que tenían de Jesús por sus demostraciones cuando El entró a la ciudad. Al oír que Jesús iba a venir de Betania, ellos “tomaron ramas de palmera y salieron a recibirle, y clamaban: ¡Hosanna! ¡Bendito el que viene en el nombre del Señor, el Rey de Israel!” (12:13). Este fue el testimonio de la multitud en este momento particular. Ellos vieron en Jesús el cumplimiento de su sueño por largo tiempo anhelado de un Mesías. La popularidad estaba en su cumbre. Sin embargo, dentro de la semana la voz de los judíos de Jerusalén había prevalecido por encima de la multitud que estaba fuera de la ciudad, y sus voces fueron oídas ante Pilato cuando ellos gritaron, “¡Fuera, fuera, crucifícale!” A esto los principales sacerdotes agregaron sus palabras de rechazo, “No tenemos más rey que Cesar” (19:15).

El testimonio de la multitud podría ser resumido como aquel de confusión y de división del principio; posteriormente algunos confesaron y aclamaron que El era su Rey y algunos lo rechazaron completamente.

Lección 60

7. Los Judíos

Excepto por el Libro de los Hechos, el cual se refiere a menudo al “judío” o “judíos,” Juan, en su Evangelio, usa la palabra más que todos los otros escritores del Nuevo Testamento combinados. Casi siempre, cuando habla de “judíos,” Juan se refiere a aquellos de los alrededores de Jerusalén. El apóstol observa a los judíos y se refiere a ellos como un grupo de hombres hostiles a Cristo durante Su ministerio y a sus discípulos posteriormente. El no vio nada en común entre los dos grupos (Thayer, pág. 306).

Su testimonio es interesante. Primero, ellos se maravillaron de su enseñanza, pero estaban desconcertados acerca de la fuente de Su enseñanza: “Y se maravillaban los judíos, diciendo: ¿Cómo sabe éste letras, sin haber estudiado?” (7:15). Esto era una admisión de que ellos reconocían Su conocimiento superior de las letras judías.

Más tarde, surgieron las divisiones acerca de su enseñanza entre este grupo similar a aquellos que se habían levantado entre la multitud. “Muchos de ellos decían: Demonio tiene, y está fuera de sí; ¿por qué le oís? Decían otros: Estas palabras no son de endemoniado. ¿Puede acaso el demonio abrir los ojos de los ciegos?” (10:20-21). Por este testimonio ellos se declararon a sí mismo culpables de haber prejuiciado y fallado en su juicio, porque ellos claramente admiten que los ojos de un hombre ciego habían sido abiertos, No negaban esto. También, confesaron o admitieron que consideraban a los demonios como seres relacionados con aquello que es pecado y antagónico a lo de Dios. Este era su punto al decir al decir que Jesús era un demonio y que era malo; los

dos puntos eran incompatibles. Ellos acusaron a Jesús de actuar por el poder del demonio, haciendo de esta manera hechos sobrenaturales de bondad en oposición al trabajo de los demonios, por lo cual decían que hacía todo aquello. De esta manera eran totalmente inconsistentes en sus razonamientos. El valor de sus testimonios está en la admisión de las señales y en la revelación de su propio prejuicio, por lo cual los mantuvo fuera del reconocimiento de Su deidad.

Lección 61

8. Los Fariseos

El testimonio de los fariseos como testigos de las obras e influencia de Jesús, así como el de la multitud y el de los judíos, es de interés porque ellos, también, estaban divididos. Ellos testificaron para tres cosas:

Primero, testificaron para las señales que Jesús había hecho. Cuando fueron enfrentados con los problemas del hombre ciego cuya vista había sido restaurada, admitieron la señal pero estaban divididos sobre el origen de la señal (9:16). Después de la resurrección de Lázaro de la muerte, reunieron el concilio y dijeron, “¿Qué haremos? Porque este hombre hace muchas señales” (11:47). Su testimonio no es de que Jesús haya hecho una señal sino muchas. Es extraño que nunca negaran los milagros. Negaron tan solo el origen de las señales. En este punto no eran competentes para testificar, porque no estaban en la posición de conocer el origen. Podían ver los milagros y de esto daban testimonio; no podrían ponerse a sí mismos en la posición nada envidiable de asumir su origen diabólico.

Segunda, testificaron la influencia de Jesús sobre el pueblo y su temor de los resultados de Su obra. En conexión con las declaraciones anteriores, dijeron, “Si le dejamos así, todos creerán en él; y vendrán los romanos, y destruirán nuestro lugar santo y nuestra nación” (versículo 48).

Tercera, confesaron su propia falla en ser capaces para arreglárselas con El y con la situación que habían originado. Cada uno buscó acusar a los otros: dijeron entre sí, “Ya veis que no conseguís nada. Mirad, el mundo se va tras él” (12:19). Admitieron su frustración y también revelaron su deshonestidad.

El testimonio de los fariseos era: El ha hecho muchas señales; Su influencia está creciendo; nada de lo que hemos hecho ha sido capaz de detener la corriente de Su popularidad. Cuando todos los esfuerzos fallaron, quedó una alternativa: lo podrían enfrentar a la muerte. Desde ese tiempo empezaron a llevar a cabo su diabólico plan. “Vosotros no sabéis nada,” les dijo Caifás, “ni pensáis que nos conviene que un hombre muera por el pueblo, y no que toda la nación perezca” (11:49-50). Desde ese tiempo tomaron consejo de como podrían matarlo.

9. Los Alguaciles

Mientras Jesús estaba en Jerusalén para la fiesta de los tabernáculos, causó tal impresión en la multitud que los fariseos se alarmaron. Enviaron alguaciles, “siervos o alguaciles del Sanedrín” (Thayer), para arrestar a Jesús. Regresaron sin El. Cuando les preguntaron el por qué no lo habían traído, los alguaciles solo pudieron dar la explicación, “¡Jamás hombre alguno ha hablado como este hombre!” (7:46). Este fue el testimonio tácito de la impresión tan profunda que Jesús les causó; los había asombrado tanto que fueron incapaces de capturarlo. ¡Nunca habían oído enseñanzas tales como las que este hombre estaba dando! Su testimonio era, “¡Jamás hombre alguno ha hablado como este hombre!” Esto condujo a la explosiva réplica de los fariseos, “¿También vosotros habéis sido engañados?”

Lección 62

10. El ciego de nacimiento

Parece que Jesús a menudo escogió en forma deliberada, y aun se deleitó, llevar a cabo Sus milagros en sábado. Haciendo tales obras en sábado en ninguna manera violaba la ley del sábado. Pero lo que El hacía levantó la indignación entre los fariseos porque violaba sus tradiciones relacionadas con el sábado.

Uno de Sus milagros en día sábado fue sanar a un ciego de nacimiento. Mientras estuvo en la ciudad para la fiesta de los tabernáculos, Jesús llevó a cabo sus extraordinarias señales, lo cual levantó el interés de los vecinos de aquel hombre y la indignación de los fariseos. Jesús untó los ojos del hombre con lodo y entonces le dijo que fuera a lavarse al estanque de Siloé. Algunos entre el grupo de espectadores interesados trajo al hombre a los fariseos, los cuales le preguntaron como había recibido la vista. El les relato lo acontecido, causando división entre ellos sobre el carácter de aquel por El cual la señal le había sido dada. Le preguntaron al hombre cual era su opinión del hombre que le había abierto los ojos; a esta pregunta contestó, “Que es profeta” (9:17).

Los fariseos no estaban satisfechos con el testimonio del hombre; llamaron a sus padres, quienes, por miedo a los judíos, rehusaron testificar antes de que él hablara por sí mismo y del porque el había sido ciego de nacimiento. Entonces llamaron al hombre cuyos ojos estaban ahora abiertos y le dijeron “Da gloria a Dios; nosotros sabemos que ese hombre es pecador” (versículo 24). Esta acusación fue hecha sin otro testimonio de aquel de que Jesús había sanado al hombre en sábado. A esto contestó el hombre, “Si es pecador, no lo sé; una cosa sé, que habiendo yo sido ciego, ahora veo” (versículo 25). Los fariseos respondieron preguntándole por segunda vez como había sido él sanado; a esta pregunta él les reprendió contestándoles si ellos, también, deseaban hacerse Sus discípulos. Los fariseos contestaron declarando ser discípulos de Moisés y conocer de

donde había venido Moisés pero desconocer de donde había venido Jesús. El hombre contestó que lo maravilloso era que ellos no conocían de donde era Jesús y de donde había venido, y sin embargo a él le había abierto los ojos. Esta evidencia apuntaba el hecho de que Jesús no era un pecador sino un adorador de Dios y que si El no era de Dios, El no podría hacer nada. Después de este testimonio, los fariseos lo expulsaron.

Jesús encontró más tarde a aquel que había sido expulsado y le preguntó, “¿Crees tú en el Hijo de Dios?” (versículo 35). El hombre contestó que quién era El para creer, a lo cual Jesús contestó, “Pues le has visto, y el que habla contigo, él es.” A esto contestó el hombre, “Creo, Señor; y le adoró” (versículo 38).

El testimonio de este hombre podría ser resumido de la siguiente manera: (1) “Yo era ciego de nacimiento”; (2) Yo veo; (3) La evidencia apunta al hecho de que Jesús es un profeta; (4) que El es un adorador de Dios; (5) que El es uno que hace la voluntad de Dios; (6) que El vino de Dios; y (7) que, por lo tanto, El es el Hijo de Dios.

Lección 63

11. Marta y María.

Jesús había gastado mucho tiempo en la casa de Marta y de María y de su hermano Lázaro. El los consideraba a ellos como amigos especiales. Sus oportunidades para observarlo a El y a Sus palabras y a Su conducta había sido total y completa. Habiendo vivido en la vecindad con Jerusalén, ellos habían tenido una amplia oportunidad para ser influenciados por los judíos en sus pensamientos. El testimonio de estas dos mujeres es bastante correcto y adecuado.

Capítulo 6

El Testimonio del Padre - A través de las Obras

Lección 66

Introducción (Parte 1)

Inmediatamente después de sanar al paralítico de Betesda, los judíos acusaron a Jesús de haber violado el sábado y de hacerse igual a Dios. Jesús sorprendió a los judíos respondiendo con la más sorprendente declaración sobre Su Obra y responsabilidad encontrada en el evangelio.

Primero, El dijo que no podría hacer nada por Sí mismo, sino lo que había visto hacer al Padre (5:19); “y mayores obras que estas le mostrará, de modo que vosotros os maravilléis” (v.20). Jesús procedió con la declaración general de que “mayores obras” les mostraría”, “Porque como el Padre levanta a los muertos, y les da vida, así también el Hijo a los que quiere da vida” (v. 21). Estas “mayores obras” incluiría el levantar tanto de la muerte física como de la espiritual y el dar tanto la vida física como la espiritual. Jesús continuó esta clara declaración con tres obras específicas que el Padre le estaba dando para hacer:

(1) El juicio estaba ahora en la mano del Hijo y por esto todo el honor debería ser dado al Hijo como honraban al Padre. No querer honrar al hijo es rechazar honrar al Padre (vv. 22-23). Esta declaración fue una admisión a sus acusaciones de que El reconocía la igualdad con el Padre (v.18); pero también era una afirmación de que la igualdad procedía del Padre y no de una declaración presuntuosa de Sí mismo. Sus palabras, obras y vida verificarían esta declaración y por ello vendrían a juicio los que lo rechazaron. La declaración también lo identificaría con la promesa mesiánica.

(2) La segunda declaración hecha por Jesús fue de que así como el Padre tiene vida eterna en Sí mismo, así también había dado al Hijo tener vida en Sí mismo, cuya vida sería impartida por la palabra del Hijo. El declaró además que vendría la hora cuando los hombres oirían la voz del Hijo y poseerían esa vida (vv. 24-27). Esta declaración pertenecía a la vida espiritual y al poder de Jesús para levantar a esa vida desde el estado de la muerte espiritual.

(3) La tercera de esas declaraciones fue una ampliación o una explicación adicional de la declaración general, “Porque como el Padre levanta a los muertos, y les da vida, así también el Hijo a los que quiere da vida” (v.21). Ellos no se asombraron con el pensamiento de Su regalo de la vida espiritual, porque “No os maravilléis de esto; porque vendrá hora (futuro) cuando todos los que están en los sepulcros oirán su voz; y los que hicieron lo bueno, saldrán a resurrección de vida; mas los que hicieron lo malo, a resurrección de condenación” (vv. 28-29).

Lección 67

Introducción (Parte 2)

En resumen, las tres declaraciones presentan que todo el juicio, presente y futuro, está ahora en la mano del Hijo; las decisiones de juicio son llevadas a cabo por El. El juicio final será determinado por Su palabra (12:48-50). La responsabilidad de otorgar la vida espiritual y del levantar a los hombres de la muerte del pecado está ahora en El y de la misma forma será llevada a cabo por Su palabra. Y finalmente, el levantar a todos de la muerte física, a los justos e injustos, se le comisionó a El y en forma semejante será efectuada por Su palabra. Estas declaraciones lo relacionan definitivamente con el Padre como igual a El; Su palabra era la palabra del Padre, a la cual deberían poner atención de la misma manera que al Padre.

Sin esperar a que los judíos se recobraran del asombro de estas declaraciones, Jesús se apresuró a afirmar que el Padre testificaría sobre la veracidad de estas declaraciones. Les dijo como ellos habían ido a Juan el bautista, el cual dio testimonio de la verdad de que él (Juan) no era el Cristo, sino que Jesús venía de Dios. “Pero” continuó Jesús, “Mas yo tengo mayor testimonio que el de Juan; porque las obras que el Padre me dio para que cumpliera, las mismas obras que yo hago, dan testimonio de mí, que el Padre me ha enviado. También el Padre que me envió ha dado testimonio de mí” (5:36,37). Habiéndoles dicho en la conversación precedente que las obras eran divinas, Jesús les dice ahora que a través de estas obras, el Padre daba testimonio de Sus declaraciones. El testimonio del Padre sería por medio de obras milagrosas las cuales El haría; estas serían la confirmación de las declaraciones que El Padre le había enviado. El testimonio del Padre sería triple: (1) las obras, (2) la Escritura, y (3) la resurrección de Jesús de entre los muertos.

No puede haber preguntas del por que Juan incluye “las señales” - milagros especiales de Jesús - como “obras” de Dios. En referencia a la sanidad del hombre lisiado en el estanque de Betesda, Jesús dijo, “Una obra hice, y todos os maravilláis” (7:21). El entonces pregunto , refiriéndose a la sanidad del lisiado, “¿os enojáis conmigo porque en el día de reposo sané completamente a un hombre? (v. 23). La “obra” fue el sanar a un lisiado. Más tarde testificó, “Las obras que yo hago en el nombre de mi Padre, ellas dan testimonio de mí” (10:25), y desafió a sus enemigos, “Si no hago las obras de mi Padre, no me creáis. Mas si las hago, aunque no me creáis a mí, creed a las obras, para que conozcáis y creáis que el Padre está en mí, y yo en el Padre” (v. 37, 38). El propósito de las obras fue salvar la vida y confirmar Su declaración en relación de que el Padre tanto como el Hijo de Dios, que a por medio de creer en El, ellos podrían ser salvados.

Lección 68

Definición de términos (Parte 1)

Tres palabras, *señales*, *maravillas*, y *poder*, son usadas en la Escritura para designar los milagros y su propósito, efecto, y origen. Por lo tanto, es provechoso definir estas palabras y señalar como son usados por Juan. Una cuarta palabra, que por sí misma no tiene relación a lo milagroso sino que es usada por Juan para designar los milagros de Jesús, es la palabra *obra* u *obras*. Para Juan, las señales de Cristo son simplemente “obras de Dios”, actos en armonía con Su deidad y el propósito por el cual El vino al mundo.

1. Señal

La palabra usada por Juan a través de todo el evangelio, excepto en una ocasión cuando lo cita Jesús, es *semion*, “1. una señal, marca, símbolo... 2. una señal, prodigio, portentoso. b. de milagros y maravillas por las cuales Dios autentifica a los hombres enviados por El, o cuyos hombres proveen que la causa por la que ellos están intercediendo es de Dios” (Thayer). “Verifica las declaraciones y las comunicaciones” y “revela” la naturaleza y el propósito absoluto de Dios.”¹ De todos los milagros hechos por Jesús, Juan selecciona siete que los entrelaza en su evangelio como señales, las cuales testifican de la deidad de Cristo, y establecen la proposición de Juan de que Jesús es el Cristo.

2. Maravilla

Aunque Lucas no usa la palabra *maravilla* en su evangelio, en Hechos usa la palabra en más ocasiones de lo que es usada en el resto de los escritos del Nuevo Testamento. La palabra *teras* se define como “un prodigio, portentoso; milagro llevado a cabo por alguien; en el Nuevo Testamento es encontrada solamente en plural y unida con *semeia*” (Thayer). El mismo Juan nunca usa la palabra, pero hace mención de que Jesús la uso en una ocasión: “Si no viereis señales y prodigios no creeréis” (4:48).

3. Poder

Poder, de *dunamis*, indica “potencia, facultad, poder; a. poder universalmente inherente, el poder residiendo en una criatura en virtud de su naturaleza, o por la cual una persona o criatura lo ejerce y lo presenta... b. específicamente, el poder de hacer milagros” (Thayer). Esto apunta a la energía divina ejercida en sus hechos. Juan no usa esta palabra en lo absoluto; en lugar de ella, usa el término *obra*. Para él, tal poder es una “obra” normal en la misión de alguien como Jesús.

Lección 69

Definición de términos (Parte 2)

4. Obra u obras

¹. *Diccionario de Teología de Baker*, p. 356.

La palabra usual de Juan para *señal* es *obra* u *obras*, *ergon*, “3. un acto, un hecho, una cosa hecha. De las diversas cosas o señales de Cristo para despertar a los hombres a creer en El y para lograr su salvación” (Thayer). Como se sugirió en los párrafos anteriores, Juan considera las señales de Cristo simplemente como “obras de Dios”. Lo que hizo Jesús fueron “obras que el Padre me dio para que cumpliera” (5:36). La sanidad de un parálítico fue solamente “una obra” que El había hecho (7:21); estaba haciendo las obras que el Padre le había enviado hacer (9:4). Su reto fue, “Muchas buenas obras os he mostrado de mi Padre; ¿por cuál de ellas me apedreáis? (10:32). Su declaración fue, “El Padre que mora en mí, él hace las obras” (14:10).

El resumen de la diferencia entre las palabras, es el siguiente: “En la palabra *maravilla*, el asombro que produce la obra sobre los que la contemplan...se transfiere a la misma obra. Pero el milagro no es tan solo una ‘maravilla’; es también una *señal*, una prueba y la indicación de la presencia cercana y de la obra de Dios...Frecuentemente, también los milagros son titulados ‘*poderes*’ u ‘*obras poderosas*,’ esto es, de Dios. Así como en el termino ‘maravilla’, o ‘milagro’, el efecto es transferido y da un nombre a la causa, así aquí, la causa da el nombre al efecto.”² El comentario de Vine es, “Una señal está proyectada para apelar al entendimiento, una maravilla apela a la imaginación, un poder (*dunamis*) indica su origen como sobrenatural.”³ Ver también Baker’s *El Diccionario de Teología* de Baker, pp. 356ff.

Lección 70

Testigos para las señales (Parte 1)

Un hecho interesante que agrega peso al testimonio de los milagros, es que los enemigos de Jesús nunca negaron los milagros; sin embargo, ellos rehusaron aceptarlos como realizados por el poder divino. Ningún esfuerzo fue hecho por el Señor o por Sus

². Richard Chenevix Trench, *Notes on the Miracles of Our Lord*, pp. 1-5.

³. W. E. Vine, Vol. IV, p. 228.

discípulos para proveer el por qué un milagro se había realizado. Los milagros fueron reconocidos y aceptados por todos; ellos hablaron por sí mismos.

1. Las señales en general

Cuando Nicodemo vino a Jesús de noche, fue debido a que estaba impresionado por lo que Jesús estaba enseñando y por las señales que estaba ofreciendo para verificar la enseñanza. Su testimonio fue, “Rabí, sabemos que has venido de Dios como maestro; porque nadie puede hacer estas señales que tú haces, si no está Dios con él” (3:2). El no cuestionó la autenticidad de las señales.

El testimonio de la multitud fue, “El Cristo, cuando venga, ¿hará más señales que las que éste hace?” (7:31).

De la misma manera, los fariseos dieron testimonio de las señales en general cuando dijeron, “¿Qué haremos? Porque este hombre hace muchas señales” (11:47). Ninguno de entre todas las diferentes clases de judíos, debatió la existencia de los milagros; los reconocieron como tales y testificaron de los hechos.

2. La señal del ciego de nacimiento

La restauración de la vista al hombre ciego por parte de Jesús incitó una gran conmoción entre los judíos debido a que fue hecho en Sábado. La señal por si misma es atestiguada abundantemente. Los vecinos estaban asombrados y preguntaron, “¿Cómo te fueron abiertos los ojos?” (9:10). Los padres del hombre testificaron, “Sabemos que éste es nuestro hijo, y que nació ciego; pero cómo vea ahora, no lo sabemos; edad tiene, preguntadle a él; él hablará por sí mismo” (9:20-21). La acusación de los fariseos de la corte judicial era que Jesús era un pecador porque no guardaba el sábado. La respuesta de otros vino de sus testigos para los hechos de la señal cuando ellos preguntaron, “¿Cómo puede un hombre pecador hacer estas señales?” (9:16). De la misma manera, el testimonio de los judíos de la ciudad tomó la forma de una pregunta, “¿Puede acaso el demonio abrir los ojos de los ciegos?” (10:21; ver también 11:37). Y finalmente, hay el testimonio del mismo hombre, el cual testificó que Jesús había ungido sus ojos y le dijo que fuera y se lavara en el estanque de Siloé. El hizo esto y recibió su vista (9:11,15). Y aún más, él afirmó, “que habiendo sido ciego, ahora veo” (vv. 25, 30).

La realidad de la objetividad de los milagros no estaba bajo cuestión. La pregunta tenía que ver con como fue hecho y el carácter de aquel que podía hacerlo en sábado. Estos fueron los puntos principales con los fariseos. Los vecinos fueron curiosos; los padres estaban atemorizados; los fariseos estaban descubiertos; el hombre fue tajante. Pero todos dieron testimonio a los hechos de la señal.

Lección 71

Testigos para las señales (Parte 2)

3. La resurrección de Lázaro de entre los muertos

El milagro final de Jesús registrado por Juan y planeado por él para ser el clímax de todos ellos, fue la ocasión en la que los fariseos determinaron llevarlo a la muerte. Los

mismos fariseos son los testigos de la objetividad de los milagros. Estaban profundamente preocupados de lo que ellos podrían hacer en la presencia de tales obras de alguien que reclamaba ser de Dios; entonces, llamaron a consejo para determinar sus procedimientos. Su pregunta era, “¿Qué haremos? Porque este hombre hace muchas señales. Si le dejamos así, todos creerán en él” (11:47, 48). Las señales lo tenían a raya; estaban ahora a la defensiva pero deberían tomar la ofensiva si no querían ser derrotados. Determinaron llevarlo a la muerte (11:53).

Poco después de esta determinación de llevarlo a la muerte, Jesús entró a la ciudad en medio de los gritos de la multitud, “¡Hosanna! ¡Bendito el que viene en el nombre del Señor, el Rey de Israel!” (12:13). Mucho de este entusiasmo había sido excitado por la resurrección de Lázaro (v.18); y de nuevo los fariseos estaban extremadamente perplejos. Sus preocupaciones sobre los resultados de la resurrección de Lázaro y su determinación de llevar a Jesús a la muerte es testimonio al hecho de que Lázaro fue levantado de la muerte. Su testimonio fue, “Ya veis que no conseguís nada, Mirad, el mundo se va tras él” (12:19).

No se levantó ninguna cuestión de ninguna de las mismas señales; el testimonio de todos fue que las señales eran verdaderas. El punto real fue que rehusaron aceptar a lo que señales apuntaban y testificaban: a la deidad de Jesús - al hecho de que el Mesías estaba en medio de ellos. Pero no era el Mesías de sus expectativas; entonces, rehusaron enfrentarse en forma justa con las mismas señales.

Lección 72

Las Señales (Parte 1)

En un movimiento tal como el emprendido por Jesús, en el cual el Padre del hombre y el Creador del Cosmos estaba revelando a sí mismos, es solamente razonable esperar los milagros. Los milagros aislados y sin relación son recibidos siempre con suspicacia. Los realizados por Jesús ni fueron aislados ni sin relación sino que son identificados con un gran movimiento histórico que cumplió con un plan que fue originado en la eternidad, iniciado para ser revelado en el Edén (Gén. 3:15), y que continuo con la

promesa de Dios a Abarra. Esta promesa a Abraham continuo su desarrollo por cerca de dos milenios.

Los milagros no deben ser considerados como actos en contradicción a las leyes de la naturaleza, sino como la intervención de una ley más alta que aquella trabajando ordinariamente en ese reino particular. Este escritor no se propone gastar tiempo en un esfuerzo para establecer la posibilidad, credibilidad, o probabilidad de los milagros. Las señales serán presentadas como Juan las presentó, como obras de Dios las cuales estaban en armonía con el carácter y misión de Jesús y las cuales lo relacionaron con Dios. Sus milagros llevan con ellos cualidades de valor moral.

Juan afirma que Jesús había hecho que Jesús había hecho muchas otras señales no escritas en su evangelio, pero que “éstas se han escrito para que creáis que Jesús es el Cristo, el Hijo de Dios, y para que creyendo, tengáis vida en su nombre” (20:30-31). Mientras que Juan presenta los milagros como señales, ellos establecen el gran hecho de que Jesús tenía autoridad y poder sobre todos los reinos; El poseía poder que correspondía a Dios mismo. Entonces estos lo relacionaron a El y a Su obra con Dios.

Los milagros fueron evidencias directas de Sus declaraciones como Señor, pastor, y sustentador del hombre y de sus necesidades. Ellas establecían las declaraciones de que El vino de Dios, era uno con Dios, y vino a revelar a Dios. Los milagros como son registrados por Juan sostienen una relación moral para Su enseñanza. Además de la resurrección y de la recolección de los peces después de la resurrección, hay siete señales presentadas por el escritor de este evangelio. La resurrección será tratada como un testimonio separado de la deidad de Cristo.

Lección 73

Las señales (Parte 2)

1. El convertir el agua en vino (2:1-11)

El inicio de las señales de Jesús fue convertir el agua en vino en la fiesta de las bodas en Caná de Galilea. Juan no pierde tiempo en incidentes de la boda, los cuales podrían ser de interés pasajero, tales como quienes fueron la novia y el novio, quienes estaban presentes, cual era la relación de Jesús con la pareja, o por que el suministro de vino fue insuficiente. Con Juan la figura central era Jesús y el incidente importante fue la señal. Jesús instruyó a los servidores para llenar seis tinajas con agua, cada una

conteniendo entre dieciocho y veintisiete galones. Los servidores fueron instruidos para que sacaran de las tinajas; y cuando esto fue hecho, el vino fue encontrado que era superior en calidad de aquel que fue servido en el inicio de la fiesta. Los discípulos contemplaron el milagro y creyeron.

Esta señal demostró que Jesús es el Señor de la creación. Aquel que creó el vino por medio del agua podría pasar a formar la uva de la que viene el vino y aquel que podría convertir al agua directamente a vino aparte del vino son uno. En esta señal El demostró que es el Señor de la materia; cuando el ordenó, ella obedeció. También, El es el Señor de la calidad (Tenney); el vino que el proporcionó era superior al provisto por el anfitrión.

2. La curación del hijo del noble (4:46-54)

Sobre Su retorno de Jerusalén a Galilea, Jesús encontró allí a un cierto hombre de Capernaum cuyo hijo estaba enfermo. A la palabra de Jesús, “Vé, tu hijo vive,” el hombre creyó y se regresó sobre su camino. Más tarde fue descubierto por el noble de que a la hora en que Jesús le había hablado su hijo fue sanado. La distancia de Caná a Capernaum era de dieciséis millas. Jesús no solamente demostró aquí Su poder sobre la enfermedad y sobre las fuerzas de la destrucción del cuerpo, sino que también mostró El mismo ser Señor de la distancia y del espacio. Estas no son barreras para aquel que declaró venir de Dios.

Lección 74 Las señales (Parte 3)

3. La curación del paralítico (5:1-9)

Fue en Jerusalén en el estanque de Betesda en que Jesús dio la siguiente señal mencionada por Juan. Este milagro fue promulgado sobre un hombre que por treinta y ocho años había estado en su enfermedad. Sin ninguna duda fue una visión patética para sostener a alguien que por tan largo tiempo había estado en esta condición, tendido indefensamente en el estanque, viviendo bajo la ilusión de que si alguien pudiera estar allí para ponerlo en el estanque en un cierto momento él podría ser sanado. A las simples palabras de Jesús, “Levántate, toma tu lecho, y anda” el hombre en seguida fue hecho sano y tomó su cama e hizo como se le había indicado.

En esta señal Jesús probó ser El mismo el Señor del tiempo. Ya sean treinta y ocho minutos o treinta y ocho años, el tiempo no hace la diferencia. Jesús es el Señor del tiempo. El es el Señor de la verdad; la vasta distancia entre el vacío de la tradición que el agua agitada tenía la capacidad de sanar y la realidad de la verdad es demostrada. La verdad lo hizo libre en lo que la tradición había fallado en probar.

4. La alimentación de los cinco mil (6:1-14)

De Jerusalén Jesús volvió sobre sus pasos a Galilea. De allí cruzó el Jordán a la orilla noreste del lago Tiberias. Las multitudes estaban amontonándose en pos de El. Después de enseñarles hizo recostar a la gente, y con cinco pequeños panes y dos pescados, un almuerzo de muchacho, Jesús alimentó a cinco mil hombres, además de las mujeres y de los niños que habían estado en la multitud.

En esta señal Jesús demostró Su declaración de proveer por las necesidades físicas del hombre, y por analogía, proveer por sus necesidades espirituales. Del mismo modo, demostró que es el Señor de la cantidad. De unos pocos granos alguien podría eventualmente hacer crecer tanto trigo para alimentar a tal multitud. Pero el Hacedor de los granos de trigo original podría omitir totalmente el proceso del tiempo, y de la lluvia y de la luz del sol, y en un momento producir la cantidad necesaria para cubrir la necesidad.

Lección 75

Las Señales (Parte 4)

5. El caminar Jesús sobre el mar (6:16-21)

La multitud había sido despedida y los discípulos estaban regresando a través del mar en una barca. Jesús se había retirado al monte en el que podría estar solo. Más tarde ya de noche cuando los discípulos estaban en medio del mar, se levantó una tormenta sobre la pequeña masa de agua. Fue una hora terrible. En tal hora y momento de necesidad, Jesús vino a ellos, caminando sobre el mar y acercándose. Al principio estaban atemorizados por Su aparición; pero a Su palabra, “Yo soy; no temáis,” ellos lo recibieron en la barca.

Juan no hace mención de Su control de la tempestad, sino que solamente habla de Su venida a ellos, caminando sobre el agua. Por este hecho El mostró ser El mismo ser el Señor de las fuerzas naturales del viento y de las olas y el Señor de la gravedad y

su poder. También por esta manifestación de Si mismo, demostró Su preocupación por los suyos cuando los vientos les eran contrarios y estaban solos en medio de la tormenta. El podría darles a conocer que El está presente en tiempo de necesidad y que en Su mano yace el control de todas las fuerzas en el mundo natural.

6. El restaurar la vista al ciego de nacimiento (9:1-12)

Otra vez encontramos a Jesús en la ciudad de Jerusalén. En Su plática con los judíos de la ciudad, Jesús declaró, “Yo soy la luz del mundo” (8:12). Pasando por allí miró a un hombre ciego de nacimiento; El puso lodo en sus ojos y le dijo que fuera y se lavara en el estanque de Siloé. Tan pronto como fue señalado, el milagro levantó a la ciudad debido al día en el que ocurrió.

En esta notable señal Jesús se reveló a Sí mismo como el Señor de la luz, ejerciendo control sobre el poder de las tinieblas. Su declaración de ser la luz del mundo permaneció confirmado. De la misma manera, El era y es el Señor sobre la adversidad; El pudo convertir la oscuridad de alguien en luz y hacer que cada uno olvidara los largos años de oscuridad en el cual había caminado.

Lección 76 Las Señales (Parte 5)

7. La resurrección de Lázaro (11:39-44)

En el inicio de su ministerio en Jerusalén, Jesús había declarado el poder para dar vida; El había dicho que el Padre daría testimonio de esto (cap. 5). La resurrección de Lázaro de las muerte fue la señal que hizo la culminación de todas las otras señales y dio una prueba irrefutable para la declaración. Permaneciendo delante de la tumba de Su amigo que había muerto, Jesús clamó en voz alta, “¡Lázaro, ven fuera!” Inmediatamente salió el cuerpo viviente de alguien que recientemente había muerto.

Jesús había ahora confirmado Su declaración de ser capaz de levantar a los muertos y Su declaración de que El es la resurrección y la vida. El había probado que El mismo era el Señor sobre la muerte y el dador de la vida. En esta señal El ha dado Su garantía personal de que cada cuerpo que está ahora tendido en la tumba deberán en algún tiempo oír Su voz y salir.

Alguien podría replicar, “¡Pero nadie hoy ha visto ninguna de estas señales!” y esto es correcto. Las señales pertenecieron al tiempo de la introducción de Jesús y al inicio de Su reino. El peso de sus testimonios para nosotros está en el carácter moral de las señales. En cada una de ellas, hay una relación entre las señales y la enseñanza de Jesús. Alguien ha dicho, “Los milagros no son los pruebas puras de una revelación; son por si mismas la revelación.”⁴ Ellas revelan la deidad de aquel que caminó entre los hombres. Ellas son el testimonio del Padre para las declaraciones de Su hijo de que El y Su mensaje son de Dios.

⁴. H. Wace, “Miracles,” *ISBE*, Vol. III, p. 2064.

Capítulo 6

El Testimonio del Padre - A través de las Escrituras

Lección 77

Introducción (Parte 1)

Una de las características singulares de la Biblia y de la religión que revela, y que la distingue de todas las otras religiones, es su elemento de profecía. Registra la historia antes de que acontezca. Los profetas verdaderos tanto del Antiguo como del Nuevo Testamento actuaron como voceros de Dios. A través de ellos Dios estaba revelando el pasado, tratando con el presente, y prediciendo eventos del futuro. Los escritores del Antiguo Testamento predijeron la historia de las naciones paganas, de Juda y de Israel, y del advenimiento de alguien en el cual el propósito de Dios sería cumplido totalmente. La fuerza del argumento de la profecía podría ser resumido de la siguiente manera:

1. Un hombre solo no puede predecir eventos de la historia o la venida y las acciones de un individuo. Solo un poder sobrenatural puede hacer esto.
2. La Biblia predice ciertos eventos que estaban por venir, y también predice la venida y las acciones de individuos.
3. Por lo tanto, la Biblia no es del hombre, sino que es sobrenatural en su origen y enseñanza.

En esta declaración de la proposición, la premisa mayor será concedida, o al menos es asumido que será concedido; esto es, que el hombre solo por lo sobrenatural no puede predecir la historia. La premisa menor, esto es, que la Biblia predice personas y eventos por venir, tendrá que ser probada. Pero si la premisa menor es probada como satisfactoria para aquel que investiga, la conclusión que seguirá inevitablemente es que la Biblia no es de los hombres sino que es de origen sobrenatural. Jesús apeló a las Escrituras como el testimonio de Dios a Sus declaraciones. Lucas registró Su conversación sostenida con los discípulos después de Su resurrección, en la cual dijo, “Estas son las palabras que os hablé, estando aún con vosotros: que era necesario que se cumpliese todo lo que está escrito de mí en la ley de Moisés, en los profetas y en los salmos” (Lucas 24:44). Podemos observar en estas tres secciones del Antiguo Testamento escritos por profecía, que estas apuntan a El.

Lección 78

Introducción (Parte 2)

Esta evidencia de Su declaración de la deidad no es pasada por alto por Juan en su evangelio, sino que es apelada constantemente y enfatizada tanto por Jesús como por los apóstoles. En defensa de Su declaración de juzgar, levantar de la muerte, y dar vida (Juan 5:19-29), Jesús afirmó que El tenía un testimonio que el de Juan el bautista. El Padre estaba dando testimonio a través de las obras que le había dada por hacer (Juan 5:36-37). Jesús apeló entonces a un segundo testimonio del Padre cuando dijo, “Escudriñad las Escrituras; porque a vosotros os parece que en ellas tenéis la vida eterna; y ellas son las que dan testimonio de mí; y no queréis venir a mí para que tengáis vida” (Juan 5:39-40). La vida no estaba en la Escritura, sino en el “mí” del cual testificaban las Escrituras. En esta declaración Jesús no limita la Escritura a una parte en particular, sino que incluye a la totalidad, incluyendo a Moisés, a los profetas, a los salmos, tal como es declarado por El en el registro de Lucas.

Antes de considerar el testimonio de la Escritura tal como es presentado en el evangelio de Juan, es provechoso observar la actitud de Jesús hacia la totalidad de los escritos del Antiguo Testamento. La palabra de Jesús, la cual probablemente es la revelación más significativa de Sus sentimientos por el cuerpo de la Escritura, es encontrada en su contestación a los judíos cuando dijo, “¿No está escrito en vuestra ley: Yo dije, dioses sois? Si llamó dioses a aquellos a quienes vino la palabra de Dios (y la Escritura no puede ser quebrada)...” (10:34-35). En esta declaración Jesús reconoció dos principios definitivos: (1) la escritura, “vuestra ley,” por ejemplo, la ley dada a ustedes y a la cual apelan, es la palabra de Dios; y (2) la Escritura no puede ser quebrantada. En esto Jesús reconoce que la palabra escrita del Antiguo Testamento es de Dios. Es inspirada, porque es de Dios y “vino” a ellos; ellos no la descubrieron. Es infalible e indestructible, porque “no puede ser quebrantada”; no puede ser rechazada o anulada y por lo tanto es permanente o fija hasta que aquel que la dio vea conveniente cambiarla.

La actitud hacia la Escritura es mantenida por Jesús a lo largo de todo Su ministerio. Dios dio testimonio de El por medio de las Escrituras; por lo tanto, la Escritura es la Palabra de Dios (5:38). Del interior del creyente fluirían ríos de agua viva, “como dice la Escritura” (7:38). La traición de Judas, por la cual se perdería, cumplió totalmente la profecía de la Escritura (13:18; 17:12). En este punto no hubo nunca una pregunta o duda en la mente de Jesús; Su vida y obra en total fueron predeterminadas y predichas por el Padre. La Escritura lo había declarado; lo que El estaba haciendo era el cumplimiento de lo que ellas habían declarado. Los hombres podrían desligarse a sí mismos contra la ley, pero la Escritura por sí misma no podía ser quebrantada.

El testimonio de la Escritura no podría ser visto solamente por unos pocos pasajes citados del Antiguo Testamento, sino que deberá ser reconocido en la esperanza total del Antiguo Pacto y deberá ser visto en Jesús como el cumplimiento de esa esperanza. Era sobre esto de lo que Jesús habló cuando dijo, “Estas son las palabras que os hablé, estando aún con vosotros: que era necesario que se cumpliese todo lo que está escrito de mí en la ley de Moisés, en los profetas y en los Salmos” (Lucas 24:44). Este pensamiento estaba también en la mente de Felipe cuando dijo a Natanael, “Hemos hallado a aquel de quien escribió Moisés en la ley, así como los profetas: a Jesús, el hijo de José, de Nazaret.

Lección 79

Los Escritos de Moisés (Parte 1)

Contestando a la acusación de los judíos de que El era digno de muerte debido a que había sanado a un hombre en sábado, Jesús dijo, “No penséis que yo voy a acusaros delante del Padre; hay quien os acusa, Moisés, en quien tenéis vuestra esperanza. Porque si creyeseis a Moisés, me creeríais a mí, porque de mí escribió él. Pero si no creéis a sus escritos, ¿cómo creeréis a mis palabras?” (5:45-47). En esto Jesús no limitó Moisés a algún pasaje o sección de sus escritos; Moisés había escrito de Jesús.

1. La simiente de la mujer (Gén. 3:15)

Desde el inicio Moisés tenía a la vista a la vista alguien por venir. Este alguien era el que vendría a ser la “simiente” de la mujer, con una misión definitiva. Como fue escrito por Moisés, Dios había dicho, “Y pondré enemistad entre ti (la serpiente) y la mujer, y entre la simiente y la simiente suya; ésta (la simiente de la mujer) te herirá en la cabeza, y tú le herirás en el calcañar” (Gén. 3:15). El tema de esta promesa camina a través de todo el Antiguo Pacto; es la esperanza de uno que vendría y el cual aplastaría el poder de Satanás, pero el cual, en tal hecho, sufriría el equivalente de una herida en cambio.

El pensamiento de este conflicto está en el primer plano a través de todo el libro de Juan. El libro es un libro de conflictos: el conflicto entre la luz y las tinieblas, la verdad y el error, lo recto y lo incorrecto, lo bueno y el pecado, la creencia y la incredulidad, la vida y la muerte, y los amigos y enemigos. En su finalidad, era el conflicto entre Dios y Satanás. Este es el conflicto puesto por Moisés en el primer plano.

Jesús indicó que El no había nacido de una generación natural cuando dijo, “Y les dijo: Vosotros sois de abajo, yo soy de arriba; vosotros sois de este mundo, yo no soy de este mundo” (8:23). En la conversación que siguió, Jesús dijo a los judíos que habían creído en El que si ellos permanecían en Su palabra, conocerían la verdad y por medio de la verdad podrían ser hechos libres. A esto replicaron, “Dijo entonces Jesús a los judíos que habían creído en él: Si vosotros permaneciereis en mi palabra, seréis verdaderamente mis discípulos; y conoceréis la verdad, y la verdad os hará libres. Le respondieron: Linaje de Abraham somos, y jamás hemos sido esclavos de nadie. ¿Cómo dices tú: Seréis libres?” (Juan 8:31-33). La contestación de Jesús fue que alguien que hace pecado es siervo del pecado. “Y el esclavo no queda en la casa para siempre; el hijo sí queda para siempre. Así que, si el Hijo os libertaré, seréis verdaderamente libres” (vers. 34-36). La primera declaración (vers. 23) relaciona a Jesús en alguien no nacido de generación natural sino enviado de arriba; la segunda identifica a Satanás como uno que traería a los hombres a la esclavitud; la tercera identifica a Sí mismo como alguien que haría libre a los hombres.

Lección 80

Los Escritos de Moisés (Parte 2)

El debate entre Jesús y estos judíos no terminó en este punto. Jesús procedió a identificarse a Sí mismo y a negar su relación ya sea con Dios o con Abraham, los cuales lo reclamaron como su padre; pero en lugar de esto los identifico como los hijos del diablo. “Yo hablo lo que he visto cerca del Padre; y vosotros hacéis lo que habéis oído cerca de vuestro padre” (8:38). De inmediato reclamaron a Abraham como su padre; a esta declaración Jesús contestó que si Abraham era su padre harían las obras de Abraham. En lugar de esto, ellos buscaban matarlo, a Jesús, un hombre que les dijo la verdad, lo cual Abraham no habría hecho. Enojados por esto, declararon entonces que Dios era su Padre; a esto contestó Jesús que si Dios era su Padre amarían a Aquel que el Padre había enviado: “Porque yo de Dios he salido, y he venido; pues no he venido de mí mismo, sino que él me envió” (vers. 42). Jesús continuó esto con la acusación en la cual la conversación llegó al punto culminante, “Vosotros sois de vuestro padre el diablo, y los deseos de vuestro padre queréis hacer. El ha sido homicida desde el principio, y no ha permanecido en la verdad, porque no hay verdad en él. Cuando habla mentira, de suyo habla; porque es mentiroso, y padre de mentira” (8:44).

En el tiempo cercano a la cita de Jesús con Su muerte, dijo a sus discípulos, “Ha llegado la hora para que el Hijo del Hombre sea glorificado” (12:23); continuó esto con la declaración, “Ahora es el juicio de este mundo; ahora el príncipe de este mundo será echado fuera” (12:31). Al llevar a Jesús a la muerte, el mundo de impiedad y de pecado estaba tan solo juzgándose y condenándose a sí mismo. La muerte de Cristo, la cual pareció al mundo que era Su derrota, Satanás estaba bajando del pináculo del reino que el había mantenido por tanto tiempo - el reinado sobre la familia humana la que él había sujetado tanto - el reinado sobre la familia humana y la muerte. Uno poco después Jesús dijo, “Porque viene el príncipe de este mundo, y él nada tiene en mí” (14:30). Y finalmente, como si ya estuviera cumplido, Jesús dijo que el Espíritu Santo convencería al mundo de juicio, “por cuanto el príncipe de este mundo ha sido ya juzgado” (16:11).

El poder de Satanás sobre el hombre nunca ha sido el mismo desde que vino Jesús. En el conflicto con él, Jesús hirió su cabeza cuando El aplastó su poder; pero mientras El cumplía con esta prueba Su “calcañar sería herido.” Esto es, en la comparación, su muerte era como la herida del calcañar al aplastar la cabeza de la serpiente. En verdad Moisés escribió de El cuando escribió de “la simiente de la mujer” la cual heriría la cabeza de la gran serpiente. Si los judíos hubieran estado espiritualmente alertas, habrían visto en Jesús y en Sus obras a aquel de quien Moisés escribió.

Lección 81

Los Escritos de Moisés (Parte 3)

2. La Simiente de Abraham (Gén. 12:1-3)

Era de El de quien Moisés escribió cuando registró la promesa de Dios a Abraham, “Y serán benditas en ti todas las familias de la tierra” (Gén. 12:3); y de nuevo, “En tu simiente serán benditas todas las naciones de la tierra, por cuanto obedeciste a mi voz” (Gén. 22:18). Este alguien, a través del cual las familias y las naciones de la tierra serían bendecidas, era el tema central tanto de Moisés como de los profetas.

En su debate con los judíos, Jesús negó que en su conducta los judíos fueran niños ya sea de Abraham o de Dios, diciendo, “Abraham vuestro padre se gozó de que había de ver mi día; y lo vio, y se gozó” (8:56). Esto lo identificó a El con la simiente de Abraham. Abraham vio Su día en el nacimiento de Isaac, el hijo de la promesa (Gén. 21:1-7); él lo vio en el arrojamiento de Isaac, “porque en Isaac te será llamada descendencia” (Gén. 21:12); él lo vio en el ofrecimiento de Isaac en el ofrecimiento de Isaac en el Monte Moriah, en el cual, en una figura, él recibió de vuelta la muerte y llamó al lugar Jehová proveerá - Jehová será provisto (Gén. 22).

La promesa a Abraham fue cumplida totalmente en el “todo aquel” de Juan 3:16, el cual incluiría a todas las familias y a las naciones de la tierra. Estas familias y naciones fueron incluidas cuando Jesús dijo, “También tengo otras ovejas que no son de este redil; aquéllas también debo traer, y oirán mi voz; y habrá un rebaño y un pastor” (10:16). Las “otras ovejas” serían los gentiles, aquellos de todas las familias y naciones.

Cuando ciertos gentiles vinieron a la fiesta y le rogaron a Felipe, “Señor, quisiéramos ver a Jesús” (12:21), Felipe encontró a Andrés, y los dos trajeron la suplica a Jesús. Fue entonces que Jesús declaró que su hora había llegado y que el príncipe de este mundo sería echado fuera. El entonces continuó, “Y yo, si fuere levantado de la tierra, a todos atraeré a mí mismo” (12:32). En esto El estaba declarando la forma de muerte que tendría, y declarando que Su muerte en la cruz vendría el poder de salvación para todos los hombres, judíos y gentiles. Era demasiado tarde para los gentiles ser incluidos en Su ministerio terrenal, y era demasiado pronto para el cumplimiento de la promesa a Abraham de que en su simiente serían bendecidas todas las naciones de la tierra. Pero en Su muerte la promesa sería cumplida, y los hombres de todas las familias y de todas las naciones tendrían la oportunidad de ser bendecidas por medio de venir a El. De nuevo, el Padre había dado testimonio de El a través de lo que Moisés había escrito de El.

Los Escritos de Moisés (Parte 4)

3. La escalera celestial (Gén. 28:12)

La enemistad entre Jacob y su hermano Esaú forzó a Jacob a huir a la tierra de Padan-aram. La noche lo sorprendió en las cercanías de Bet-el, donde, como él soñó, “Y soñó: y he aquí una escalera que tocaba apoyada en tierra, y su extremo tocaba en el cielo; y he aquí ángeles de Dios que subían y descendían por ella” (Génesis 28:12). En la cabecera de la escalera permanecía Jehová, el cual renovó la promesa hecha a Abraham que El daría a Su simiente la tierra sobre la que durmió Jacob y haría de él una gran nación, “Y todas las familias de la tierra serán benditas en ti y en tu simiente” (v. 14).

Al inicio de Su ministerio Jesús se identificó a Sí mismo con este sueño y por lo tanto con su promesa. En la declaración de la fe de Natanael en Jesús, “Rabí, tú eres el Hijo de Dios; tú eres el Rey de Israel” (1:49), Jesús le aseguró que debido a su fe a través de todo lo que Jesús le había dicho vería cosas más grandes que estas. El entonces dijo a Natanael y a Felipe, “De cierto, de cierto os digo: De aquí en adelante veréis el cielo abierto, y a los ángeles de Dios que suben y descienden sobre el Hijo del Hombre” (1:51). Por medio de esto Jesús se identificó a Sí mismo como la escalera de los sueños en la cual el mensaje de Dios al hombre, y los mensajes del hombre a Dios, descenderían y ascenderían. Esto también lo identifica con la simiente prometida en la cual todas las familias de la tierra serían benditas. De nuevo, “Moisés escribió de mí.”

4. El profeta (Deuteronomio 18:15-18)

En el Monte Sinaí Jehová había hablado directamente al pueblo. Cuando el pueblo oyó la voz de trueno saliendo de en medio del fuego, la nube y la espesa oscuridad, sintió el temblor de la tierra, y oyó el trueno del relámpago, estaban asustados y temblorosos. Vinieron a Moisés con la solicitud de que Jehová no les hablará a ellos directamente sino que le hablará a Moisés y permitiera a Moisés que les hablará a ellos. Jehová oyó y concedió la solicitud; nunca más les hablaría directamente.

Los Escritos de Moisés (Parte 5)

Más tarde, mientras que Moisés estaba preparando al pueblo para su entrada a la tierra de Canaán, Jehová los previno de que ninguno de entre ellos debería practicar ninguna forma de adivinación o hechicería tal como era practicada por las naciones, ni

deberían de buscar información de ninguna otra fuente (Deuteronomio 18:9-14). En lugar de recibir de prácticas paganas de adivinación y de hechicería y en lugar de tener palabras habladas directamente de Jehová, recibirían información de Dios a través de los profetas que El levantaría. El aseguró que levantaría de entre ellos a un profeta de entre el pueblo como a Moisés y pondría Su palabra en la boca del profeta. El profeta estaría bajo la obligación de hablarles todas las cosas que Dios les mandaría. Más aun, vendría a acontecer que cualquiera que rehusara escuchar las palabras de Dios que el profeta hablara sería responsable ante Dios (Deuteronomio 18:18-19). Ver el capítulo 3. Desde ese tiempo Dios habló a Su pueblo por medio de los profetas que El levantó, en cuya boca El puso Sus palabras, “porque nunca la profecía fue traída por voluntad humana, sino que los santos hombres de Dios hablaron siendo inspirados por el Espíritu Santo” (2 Pedro 1:21).

De acuerdo al evangelio de Juan, Jesús cumplió cada uno de los principios de los profetas tal como fue llevado hacia adelante por Moisés. El no hizo nada por Sí mismo, sino que hizo lo que El había visto hacer al Padre (5:19). El declaró, “Mi doctrina no es mía, sino de aquel que me envió” (7:16); “Nada hago por mí mismo, sino que según me enseñó el Padre, así hablo” (8:28); “Porque yo no he hablado por mi propia cuenta; el Padre que me envió, él me dio mandamiento de lo que he de decir, y de lo que he de hablar” (12:49. Ver también 14:10).

Dios lo levantó de entre sus hermanos; Dios lo envió a El; Dios le dio las palabras que El debería hablar; y Dios juzgaría por Su palabra a cualquiera que rechazara a Cristo y a Su enseñanza (7:24; 12:48). En verdad Moisés escribió de El, porque en El estaba completa cada aspecto del ideal del profeta el cual hablaría las palabras de Dios. La revelación para los profetas del Antiguo Pacto había reunido las necesidades del momento y habían guiado al pueblo hacía el Mesías y al reino que vendría, pero en Jesús la verdad y la gracia encontraron su plenitud, su totalidad y finalidad para todos los hombres (1:16-18).

5. Los tipos y las sombras

Moisés también escribió de Él en las fiestas y los sacrificios de la ley, porque sobre este punto había tipos que serían cumplidos en alguien por venir. Los judíos hubieran entendido los escritos de Moisés, habrían visto en Jesús la realización a los cuales apuntaban los tipos. Seguramente para los judíos piadosos y pensantes deberían haber visto allí más que el cordero consumido y los animales sacrificados que algo físico y material. Los sacrificios de los animales no podían quitar el pecado, otros de ellos podrían cesar de ser ofrecidos; y aún más, año por año los pecados fueron recordados y fueron ofrecidos sacrificios (Hebreos 10:1-4).

Los Escritos de Moisés (Parte 6)

Mientras que el pueblo de Israel se preparaba para partir de Egipto, ellos guardaron la primera de sus fiestas, la Pascua. En esta fiesta el cordero fue sacrificado y preparado por la familia, y la sangre fue rociada sobre los dos postes y el dintel de las

casas por lo que el destructor pasaría sobre la familia de esa casa. En la preparación y en la comida del cordero, ningún hueso del sacrificio debería ser roto (Éxodo 12:46; Números 9:12). En verdad, cuando Jesús dijo a los judíos, “Moisés escribió de mí” (Juan 5), era demasiado pronto para que ellos se dieran cuenta del verdadero significado de la Pascua en ese tiempo. Pero así como Jesús fue ofrecido en la cruz y ninguno de Sus huesos fue roto, así ellos atravesaron su costado, “para que se cumpliera la escritura: no será quebrado hueso suyo” (19:36), ellos deberían haber visto en El el cumplimiento del tipo y deberían haber reconocido en El la realización de su esperanza; Moisés había escrito de El y las cosas escritas estaban ahora cumplidas.

En el Monte Sinaí Dios dio a Moisés un sistema de sacrificios y de ofrendas las cuales fueron usualmente reveladas como los sacrificios levíticos debido a las funciones de los sacerdotes en estas ofrendas. Esos sacrificios de toros y machos cabríos, de ovejas y novillos, de palomas y tórtolas nunca podrían quitar el pecado por ellos mismos. El salmista reveló que los más espirituales entre ellos estaban completamente conscientes de esto, diciendo, “Sacrificio y ofrenda no te agrada; Has abierto mis oídos; Holocausto y expiación no has demandado. Entonces dije: He aquí, vengo; En el rollo del libro está escrito de mí; El hacer tu voluntad, Dios mío, me ha agradado, Y tu ley está en medio de mi corazón. He anunciado justicia en grande congregación; He aquí, no refrené mis labios, Jehová, tú lo sabes” (Salmo 40:6-9). En la ley Dios había requerido rectitud, y en los sacrificios que El había provisto para la esperanza de la redención final para todos los que pecarían contra ese estándar de rectitud. Ahora viene Juan el Bautista diciendo, “He aquí el Cordero de Dios, que quita el pecado del mundo” (1:29); y de nuevo, “He aquí el Cordero de Dios” (1:36). Felipe vio en El la realización de los escritos de Moisés cuando dijo, “Hemos hallado a aquel de quien escribió Moisés en la ley, así como los profetas” (1:45).

El vagabundeo por el desierto de los israelitas fue cargado de muchas tentaciones. Al parecer, la más grande de estas tentaciones fue el descontento con las provisiones de Dios para su bienestar; ellos murmuraron continuamente contra El. La jornada fue casi por encima de ellos; se acercaron a la orilla de Edom, donde una vez más cedieron a la tentación de murmurar y se quejaron en contra de Dios debido a su desánimo. Ellos se lamentaron de haber abandonado Egipto y ahora aborrecían el maná que Dios había provisto para ellos. Como un resultado de su murmuración, las serpientes ardientes fueron soltadas en medio del pueblo, mordiendo a muchos de ellos y causando muerte. El pueblo fue hecho consciente de su error y clamó a Jehová a través de Moisés. Moisés había intercedido por el pueblo, después de lo cual Dios lo instruyó de hacer una serpiente de bronce, y fijarla sobre un estandarte. Cuando la gente era mordida, ellos la miraban y eran sanados.

Los Escritos de Moisés (Parte 7)

En este acto Jesús vio a un tipo de El mismo, y en él los judíos deberían haber visto el acto de benevolencia de Dios, la cual encontraría una expresión más completa y más rica de gracia para todos. En Su conversación con Nicodemo, Jesús dijo, “Y como

Moisés levantó la serpiente en el desierto, así es necesario que el Hijo del Hombre sea levantado, para que todo aquel que en él cree, no se pierda, mas tenga vida eterna” (3:14-15). En las serpientes había el veneno de la muerte; en la serpiente de bronce no lo había y en su fe al mirarla estaba la vida. Así en Cristo no habría nada del veneno del pecado, sino que en su lugar habría la provisión de la gracia por la cual ellos, en su fe, podrían encontrar la esperanza de la vida eterna. Moisés había escrito de El.

En el Desierto de Pecado, cuando Israel murmuró y clamó al Señor por pan, Dios les dio el maná de los cielos (Éxodo 16). Por aproximadamente 40 años Jehová los alimentó con este pan; sin embargo, aunque ellos lo comieron, finalmente murieron. Podría sustentar la vida física solo por algún tiempo. Pero, ¿no era ese el pan del cual el hombre podría comer y vivir? Jesús vio en este pan el tipo de Si mismo, el pan que dio Dios del cielo por la vida del mundo (6:33-57). Si los judíos habían entendido a Moisés, habrían visto en El la provisión de Dios para algo más que la mera vida física; deberían haber visto una vida como la del Padre - eterna.

Los israelitas sedientos de agua habían estado aplacados en el desierto mientras Moisés golpeó la roca de pedernal de Refidim (Éxodo 17:1-7); ver también Deut. 8:15; Salmo 114:8), y en Zin (Núm. 20:2-13). ¿Podría ser algo de un significado más profundo y más completo a esto que el aplacamiento de la sed física? ¿No hay alguna sed más profunda del alma humana que el aplacamiento del agua para el cuerpo? ¿Y no podría Dios proveer para esta necesidad? Jesús vio en la provisión del agua en el desierto el tipo de Si mismo el cual supliría la satisfactoria bebida de la vida. A la mujer de Samaria, El dijo, “Si conocieras en don de Dios, y quién es el que te dice: Dame de beber; tú le pedirías, y él te daría agua viva ... (y) más el que bebiere del agua que yo le daré, no tendrá sed jamás; sino que el agua que yo le daré será en él una fuente de agua que salte para vida eterna” (4:10, 14). Y de nuevo, cuando estuvo delante de la multitud en la fiesta de los tabernáculos, El clamó, diciendo, “El que cree en mí, como dice la Escritura, de su interior correrán ríos de agua viva” (7:38). En esto El estaba hablando del Espíritu que estaba todavía por ser dado; en El sería realizada el completo sofocamiento de la sed del alma que suspira por Dios.

Los Profetas (Parte 1)

Mientras que alguien lee a los profetas, se hace consciente de la expectación constante de ellos de alguien que vendría. Tanto Jesús y los apóstoles hicieron repetidas apelaciones a los profetas, porque ellos vieron en Jesús el cumplimiento de sus escritos y expectativas. Todas las cosas “era necesario que se cumpliera lo que está escrito de mí en la Ley de Moisés, en los profetas y en los Salmos,” dijo Jesús. De la misma manera los discípulos a alguien del cual Moisés y los profetas habían escrito. En sus predicaciones después del Pentecostés, los apóstoles hicieron repetidas apelaciones al testimonio y declaración de los profetas. Cuando los profetas escribieron de los muchos aspectos y características del Mesías que vendría, escribieron como si ellos lo tuvieran a El enfrente, en persona. En este estudio tan solo serán consideradas las profecías registradas por Juan, porque Juan presenta a estas en la confianza total de que el testimonio de ellos llevaría a la creencia. Pero debería ser recordado que el testimonio de los profetas es el testimonio del Padre - Su testimonio a través de las Escrituras (5:37-39) - porque los profetas hablaron Sus palabras.

1, Su lugar de nacimiento

En la controversia entre los judíos sobre la cuestión de la identidad de Jesús, algunos dijeron, “Este es el Cristo.” Sin embargo, otros cuestionaban esto debido a que Jesús era de Galilea, y contendían, “¿No dice la Escritura que del linaje de David, y de la aldea de Belén, de donde era David, ha de venir el Cristo?” (7:41-42).

La base de su discusión era el testimonio de la profecía. Samuel, aquel cuyo trabajo marcó el inicio actual de la era profética, había asegurado a David que de su simiente se levantaría alguien que se sentaría sobre su trono, y que en él Dios establecería el reino, y que el trono sería establecido para siempre (2 Samuel 7:12-16). Isaías había testificado más tarde que “un niño nos es nacido...lo dilatado de su imperio y la paz no tendrán límite, sobre el trono de David” (Isaías 9:6-7).

Fue Miqueas quien especificó el lugar de nacimiento de esta alguien por venir cuando dijo, “Pero tú, Belén Efrata, pequeña para estar entre las familias de Judá, de ti me saldrá el que será Señor en Israel; y sus salidas son desde el principio, desde los días de la eternidad” (Miqueas 5:2). En este punto los judíos estaban en lo correcto; El debería haber nacido en Belén, la ciudad de nacimiento de David. Su error era no saber que David había nacido en Belén. Puesto que ellos estaban discutiendo el asunto entre ellos, y no con Jesús, el asunto no estaba claro hasta ese momento. Posteriormente esto fue aclarado por otros escritores (Mateo y Lucas); por lo tanto, Juan pasó por alto esto en su evangelio. Jesús, de la simiente de David, de la tribu de Judá, nació en Belén, cumpliendo las expectativas del profeta.

2. El Precursor de Cristo

Cuando la delegación de Jerusalén le preguntó quien era, Juan el bautista declaró que no era el Cristo, ni Elías, ni el profeta. El simplemente dijo, “Yo soy la voz de uno que clama en el desierto: Enderezad el camino del Señor, como dijo el profeta Isaías” (1:23). En la preparación de la gente de su tiempo para la cautividad de Babilonia confortándolos en anticipación de sus guerras, el profeta Isaías había dicho, “Voz que clama en el desierto: Preparad camino a Jehová; enderezad calzada en la soledad a nuestro Dios” (Isaías 40:3). Juan el Bautista existió para abrir el camino para Jesús, para preparar a la gente para Jesús, y para introducirlo a la nación judía. El hizo esto, y haciéndolo cumplió la profecía de alguien que vendría.

3. El Espíritu

Juan el bautista testificó que él no sabía que Jesús era el Mesías, “pero el que me envió a bautizar con agua, aquél me dijo: Sobre quien veas descender el Espíritu y que permanece sobre él, ése es el que bautiza con el Espíritu Santo.” Y de esa manera, su testimonio era, “Vi al Espíritu que descendía del cielo como paloma, y permaneció sobre él” (1:32-33).

La venida del Espíritu Santo sobre el Mesías ha sido un asunto de profecía. La forma de Su venida no lo fue. Isaías en particular le había dado énfasis a la venida del Espíritu sobre Él: “Y reposará sobre él el Espíritu de Jehová” (Isaías 11:2); “He aquí mi

siervo, yo le sostendré; mi escogido, en quien mi alma tiene contentamiento; he puesto sobre él mi Espíritu” (Isaías 42:1); y, “El Espíritu de Jehová el Señor está sobre mí” (Isaías 61:1). Al hablar del Redentor por venir, Isaías había citado a Jehová de esa manera al decir, “El Espíritu mío que está sobre ti, y mis palabras que puse en tu boca, no faltarán de tu boca” (Isaías 59:21). Sobre esto Juan dijo en relación con Jesús, “Porque el que Dios envió, las palabras de Dios habla; pues Dios no da el Espíritu por medida” (3:34) Esta fue la manera de decir que Jesús había recibido la medida total del Espíritu de Dios y que las palabras que El habló fueron por ese Espíritu. Para esto los profetas habían llevado testimonio.

4. La enseñanza

Jesús vino como un maestro. El fue reconocido por Nicodemo como un maestro que vino de Dios. Era por medio de Su enseñanza que el hombre que los hombres serían atraídos al Padre por medio de El. Cuando los judíos murmuraron debido a Sus enseñanzas, Su respuesta fue, “Ninguno puede venir a mí, si el Padre que me envió no le trajere; y yo le resucitaré en el día postrero. Escrito está en los profetas: Y serán todos enseñados por Dios. Así que, todo aquel que oyó al Padre, y aprendió de él, viene a mí” (6:44, 45). También por medio de Su enseñanza ellos tendrían paz: “Estas cosas os he hablado para que en mí tengáis paz” (16:33). Isaías dijo de esto, “Y todos tus hijos serán enseñados por Jehová; y se multiplicará la paz de tus hijos” (Isa. 54:13; 48:16; Juan 18:20).

Jeremías había profetizado lo mismo desde un punto de vista diferente. Mirando a aquellos que vendrían a la relación del pacto con Dios, dijo, “Daré mi ley en su mente, y la escribiré en su corazón; y yo seré a ellos por Dios, y ellos serán mi pueblo. Y no enseñaré más ninguno a su prójimo, ni ninguno a su hermano, diciendo: Conoce a Jehová; porque todos me conocerán, desde el más pequeño de ellos hasta el más grande, dice Jehová; porque perdonaré la maldad de ellos, y no me acordaré más de su pecado” (Jer. 31:33-34). Jesús cumplió tanto la palabra de Isaías como de Jeremías;

5. El maestro rechazado

Debido a que Jesús no llenó los conceptos preconcebidos de lo que debería ser su Mesías, la mayoría de los judíos de Jerusalén lo rechazaron. Así mientras el conflicto se intensificó, se volvió más y más aparente que el pueblo al cual Él había venido no iba a recibirlo como su Mesías. La enseñanza tan solo endureció sus corazones de tal manera que ellos se volvieron más y más prejuiciosos, y las señales cada vez hicieron menos impresión en ellos. Juan señaló que esto, también, tan solo cumplió aún más las palabras de los profetas: “Para que se cumpliera la palabra del profeta Isaías, que dijo: Señor, ¿quién ha creído a nuestro anuncio? ¿Y a quién se ha revelado el brazo del Señor?” En su poema clásico acerca del Siervo Sufriente. Isaías había predicho esta reacción al esfuerzo divino de salvar cuando dijo, “¿Quién ha creído a nuestro anuncio? ¿y sobre quién se ha manifestado el brazo de Jehová? (Isaías 53:1). El pueblo había rehusado oír a Isaías; de la misma manera rehusarían oír a Aquel que iba a venir.

Juan hace una apelación más a Isaías en la cual muestra la imposibilidad moral de creer de los judíos. En su traducción los apóstoles no siguieron ni el texto hebreo o la

LXX ya que él dice, “Por esto no podían creer, porque también dijo Isaías: Cegó los ojos de ellos, y endureció su corazón; Para que no vean con los ojos, y entiendan con el corazón, Y se conviertan, y yo los sane. Isaías dijo esto cuando vio su gloria, y habló acerca de él” (12:39-41; Isaías 6:9, 10). La imposibilidad de responder los judíos a la enseñanza de Jesús descansa no sobre un decreto arbitrario del Padre sino sobre el carácter inmutable de Su ley divina y la consecuencia invariable de su violación. Jesús había prevenido a los judíos, “Andad entre tanto que tenéis luz, para que no os sorprendan las tinieblas” (12:35). Por largo tiempo los judíos habían rechazado la luz de la verdad y así habían endurecido sus corazones contra ella que ahora estaban completamente ciegos. Su ceguera era la consecuencia inevitable de vivir en las tinieblas, haciendo imposible para ellos creer y aceptar la luz de la verdad. Eso que Jesús había revelado del Padre fue intentado para alumbrar sus mentes y ablandar sus corazones, provocándoles el volver a Dios. Pero cuando ellos rehusaron permitirle cumplir su propósito, Dios la usó para cegar, endurecer y petrificar. El mismo sol que ablanda la mantquilla endurece la masilla. El resultado del endurecimiento o del ablandamiento depende de la naturaleza de la sustancia expuesta. Los judíos habían cerrado sus oídos y endurecido sus corazones, por lo cual Dios completó la ceguera y el endurecimiento de tal forma que ellos no podrían creer. Ellos y solo ellos fueron responsables.

Los resultados que se desarrollaron en los corazones del pueblo por la predicación de Isaías estaba siendo ahora totalmente cumplido en el pueblo por la palabra de Él de lo cual escribió Isaías. Eso que Jesús había hecho en la enseñanza y en las señales dadas, lo cual fue intentado para ablandar el corazón y volver al pueblo a Dios, tan solo había endurecido sus corazones, haciendo a la palabra imperceptible a sus mentes ciegas.

Zacarías había aludido a esta condición de rebelión cuando predijo la venida de alguien que sería rey y sacerdote y el cual construiría el templo de Jehová. De acuerdo a los profetas, aquellos que estaban lejos (los gentiles) vendrían y construirían en este templo levantado por el Renuevo. Pero en relación a aquellos que estaban cerca (los judíos), y su edificación en el templo, agregó, “Y esto sucederá si oyereis obedientes la voz de Jehová vuestro Dios” (Zacarías 6:15). Ellos, también, construirían si pudieran obedecer a la voz de Dios. Pero en vez de obedecer, estaban rechazando la voz de Dios y entonces no les sería permitido construir en el templo que el Renuevo venía a levantar.

6. La Entrada del Rey

La Pascua estaba a la vista, a solo seis días de distancia, y venía la hora cuando El podría darse a conocer a Sí mismo como su rey. Anteriormente, la multitud le había ofrecido coronarlo como a un rey terrenal; pero El había rechazado esto (6:15). Ahora El les ofrecía un rey espiritual; y antes de la semana en que estaban, ellos rechazaron esto.

El día siguiente después del sábado, un gran número de judíos que habían venido a Jerusalén para la fiesta se enteraron que Jesús estaba en Betania y se pusieron en camino para verlo a El y a Lázaro, al cual El había resucitado. Al seleccionar las ramas de palmeras, el símbolo de festividad y de regocijo (Lev. 23:40), la multitud se levantó para reunirse con El. Mientras que ellos salieron fuera de la ciudad hacia Betania, exclamaron, “¡Hosanna! (guarde ahora) ¡Bendito el que viene en el nombre del Señor, el Rey de Israel!” (12:13). Una vez más la multitud estaba lista para proclamarlo rey. En la

excitación del momento, pensaron que estaban preparados para aceptarlo como el Mesías. Esta buena disposición de su parte es indicada por su uso de una expresión de un salmo definitivamente mesiánico, "Bendito el que viene en el nombre de Jehová" (Sal. 118:26).

En lugar de entrar a la ciudad montando sobre un caballo, el emblema de poder y de potencia mundial, Jesús seleccionó un pollino hijo de asna, el símbolo de humildad (12:14). En esto El cumplió la predicción de Zacarías, el cual había predicho claramente la forma de Su entrada a la ciudad y el espíritu en el cual El vendría: "Alégrate mucho, hija de Sion; da voces de júbilo, hija de Jerusalén; he aquí tu rey vendrá a ti, justo y Salvador, humilde, y cabalgando sobre un asno, sobre un pollino hijo de asna" (Zac. 9:9). El profeta de esta forma enfatizó que el asno era símbolo de la naturaleza no política de Su reino, diciendo, "Y de Efraín destruiré los carros, y los caballos de Jerusalén, y los arcos de guerra serán quebrados; y hablará paz a las naciones, y su señorío será de mar a mar, y desde el río hasta los fines de la tierra" (Zac. 9:10). Los emblemas de grandeza política y de poderío militar no podrían tener lugar en Su reino.

Más tarde, cuando los judíos lo habían rechazado y demandaron que El fuera llevado a la muerte, Jesús declaró a Pilato, "Mi reino (trono) no es de este mundo; si mi reino fuera de este mundo, mis servidores pelearían para que yo no fuera entregado a los judíos; pero mi reino no es de aquí" (18:36). Pilato buscó salvarlo en tres ocasiones, diciendo, "Yo no hallo en él ningún delito" (18:38; 19:4, 6). Pero debido a que Su reino no era de este mundo y debido a que El no vendría a ser un rey en sus términos, los judíos fueron movidos a decir, "¡Fuera, fuera, crucifícale! ... No tenemos más rey que Cesar" (19:15). Este rechazo había sido claramente predicho por el profeta que dijo, "Despreciado y rechazado entre los hombres, ... y como que escondimos de él el rostro, fue menospreciado, y no lo estimamos. ... Angustiado él, y afligido, no abrió su boca; como cordero fue llevado al matadero; y como oveja delante de sus trasquiladores, enmudeció, y no abrió su boca. Por cárcel y por juicio fue quitado; y su generación, ¿quién la contará? Porque fue cortado de la tierra de los vivientes, y por la rebelión de mi pueblo fue herido" (Isaías 53:3, 7-8).

7. Crucifixión y sepultura

La prueba falsa ante Pilato fue una prueba que deberá ser siempre una parodia del termino "la justicia de las cortes". Después de que el gobernador sin evidencia había cambiado su decisión de "inocente" a "culpable", Jesús salió a llevar Su propia cruz. El contraste entre la ternura de El para quienes había amado tan amplia y afectuosamente y aquellos por los cuales aún ahora de Su propia voluntad estaba poniendo Su vida por otros, y la dureza de aquellos por los cuales fue crucificado es demostrado en la forma en que se dispuso Su ropa. De su vestidura regular se dice que la dividieron entre ellos; pero de la vestidura especial exterior, hecha sin costura, dijeron: "No la partamos, sino echemos suerte sobre ella, a ver de quien será". En esto ellos cumplieron totalmente la Escritura: "Repartieron entre sí mis vestidos, Y sobre mi ropa echaron suertes" (19:24; Sal. 22:18). Ellos estaban tan no impresionados por la escena que podían gastar indiferentemente su tiempo de esa forma.

Por temor a que los cuerpos de los tres crucificados fueran quitados de la cruz sobre la Pascua, los judíos vinieron a Pilato y requirieron que las piernas fueran rotas y

que los cuerpos pudieran ser quitados de allí. Ellos rompieron las piernas del primero, pero cuando vinieron a Jesús lo encontraron ya muerto y no le rompieron las piernas sino que le abrieron Su costado con una lanza (9:31-37). De esto los profetas habían hablado desde mucho tiempo atrás. En su instrucción sobre el cordero de la Pascua, Moisés había dicho, “ni quebraréis hueso suyo” (*Ex. 12:46; Núm. 9:12*). Y el profeta Zacarías había dicho, “Y mirarán a mí, a quien traspasaron, y llorarán como se llora por hijo unigénito, afligiéndose por él como quien se aflige por el primogénito” (*Zac. 12:10*). Por medio de una profecía dicha mucho antes, Dios había pronunciado testimonio de la deidad de Jesús.

José de Arimatea, un hombre rico, y Nicodemo, el cual había venido ante El de noche, solicitaron el cuerpo de Jesús. Estos dos eran financieramente capaces para proveer tanto las especies para la sepultura y una tumba nueva en la cual colocar el cadáver (19:38-42). Previendo esto, Isaías había dicho, “Y se dispuso con los impíos su sepultura, más con los ricos fue en su muerte” (*Isaías 53:9*). Ellos podrían haberlo puesto en la sepultura con los ladrones de no tener un hombre rico que solicitara el cuerpo; en lugar de eso, El fue sepultado en la sepultura preparada para un hombre rico. Esto que fue hecho ya había sido profetizado hace mucho tiempo.

En la mañana del tercer día, ciertos discípulos vinieron a la tumba para ver, y , primero, la piedra estaba apartada y la tumba estaba vacía. Desconcertados, se fueron, “Porque aún no habían entendido la Escritura, que era necesario que él resucitase de los muertos” (20:9). No es designado ningún pasaje en especial. Pero aparte de los Salmos (*Sal. 16:10*), el cual podría ser considerado en esta sección, Isaías había dicho, “Cuando haya puesto su vida en expiación por el pecado, verá linaje, vivirá por largos días, y la voluntad de Jehová será en su mano prosperada” (*Isaías 53:10*). Por la resurrección Sus días fueron prolongados, y la prosperidad de Jehová fue prosperado desde este trascendental evento.

Jesús fue el tema de la profecía; y todas estas profecías testifican que El es el Hijo de Dios, la simiente de David, la estrella brillante de la mañana, la esperanza del mundo. La profecía, cumplida en El, permanece como un monumento al hecho de que Dios ha hablado y de que Jesús es el Cristo, el Hijo de Dios.

Los Salmos

Siete veces en el evangelio se apela a los Salmos. Todos los Salmos, excepto uno, son de David; el otro Salmo es de Asaf, los cuales usó Jesús en hacer cargos a la gente, diciendo, “¿No está escrito en vuestra ley: Yo dije, dioses sois?” (10:34; *Sal. 82:6*). El Salmo que citó lleva el título “Amonestación contra los juicios injustos” y los jueces y los juicios injustos fueron amonestados por Jehová. Los judíos habían juzgado injustamente a Jesús, acusándolo de blasfemia. Por la ley a la cual apelaron, El los declaró culpables de la misma culpa de aquella que tenían los jueces en los días de Asaf.

¿Hay significado en el hecho de que los Salmos apelados son los Salmos de David? La indicación es que si la hay. Los profetas habían profetizado la venida de un “David,” el cual sería el rey del reino de Dios. Óseas fue el primero en designar el rey que vendría como David, cuando dijo, “Después volverán los hijos de Israel, y buscarán a Jehová su Dios, y a David su rey; y temerán a Jehová y a su bondad en el fin de los días”

(Óseas 3:5). “Después” se refiere a la relación en la cautividad: “David su rey” identifica al rey como la simiente de David profetizada por Samuel (2 Reyes 7:11-14); “y temerán” expresa la reverencia y el respeto por el Señor al cual ellos vendrían; y “en el fin de los días” revela el tiempo, porque la expresión siempre es usada en la era mesiánica.

Alrededor de unos cien años después de Óseas, Jeremías citó a Jehová diciendo, “He aquí que vienen días, dice Jehová, en que levantaré a David renuevo justo, y reinará como Rey, el cual será dichoso, y hará juicio y justicia en la tierra” (Jer. 23:5). Este “renuevo justo” de David es identificado por el profeta como “David,” “sino que servirán a Jehová su Dios y a David su rey, a quien yo les levantaré” (Jer. 30:9). El carácter de Su reinado de trato justo y la ejecución de la justicia y de la rectitud identifica al reino como idéntica con el carácter del reino de Jehová (Sal. 89:14; 97:2-3).

Ezequiel, contemporáneo con Jeremías, pero sirviendo en Babilonia, habló de la misma manera de “David,” al cual había levantado Jehová: “Y levantaré sobre ellas a un pastor, y él las apacentará; a mi siervo David, él las apacentará, y él les será por pastor. Yo Jehová les seré por Dios, y mi siervo David príncipe en medio de ellos” (Ezequiel 34:23, 24). “Mi siervo David será rey sobre ellos, y todos ellos tendrán un solo pastor; y andarán en mis preceptos, y mis estatutos guardarán, y los pondrán por obra” (Ezequiel 37:24). Ezequiel enfatiza el pastoreo y el aspecto de la alimentación del reino de este David.

Como el nuevo David, descendiente de el viejo David, el Mesías participaría en las experiencias del anterior David. David de viejo se había dado cuenta del fracaso de su casa inmediata para cumplir las promesas de Jehová para él, así que el había observado a la venida de alguien después de él el cual cumpliría la esperanza de su propio corazón y el cual de alguna manera compartiría sus propias experiencias. En sus “últimas palabras” el rey había dicho, “El Dios de Israel ha dicho, Me habló la roca de Israel: Habrá un justo que gobierne entre los hombres, Que gobierne en el temor de Dios. Será como la luz de la mañana, Como el resplandor del sol en una mañana sin nubes, Como la lluvia que hace brotar la hierba de la tierra.” En esta declaración el salmista vio la frescura y belleza del reino de el gobernador. Pero como si en un tono de tristeza y lamento, seguido por un sentimiento de certidumbre, él continuó, “No es así mi casa para con Dios; Sin embargo, él ha hecho conmigo pacto perpetuo, Ordenado en todas las cosas, y será guardado, Aunque todavía no haga él florecer Toda mi salvación y mi deseo.” El profeta siguió a esto con una segunda descripción de alguien que vendría, describiendo la mano dura con la cual trataría a sus enemigos: “Más los impíos serán todos ellos como espinos arrancados, Los cuales nadie toma con la mano; Sino que el que quiera tocarlos Se arma de hierro y de asta de lanza, Y son del todo quemados en su lugar” (2 Sam. 23:3-7). Fresco y presente hacia Si mismo, pero fuerte y justo con Sus enemigos, sería el David de la promesa.

En esta expectación el antiguo profeta y rey habló a menudo en sus salmos del que vendría. En algunos de ellos, habló directamente del rey que vendría; en otros él lo vio compartiendo algunas de sus propias experiencias, encontrando cumplimiento en una manera más larga y más completa que él mismo.

1. El Cielo (Sal. 69:9)

David estaba muy afligido debido a sus enemigos. Su lamento era, “Porque por amor de ti he sufrido afrenta; Confusión ha cubierto mi rostro.” Debido a su relación con el Señor, el había venido a ser un extraño a sus hermanos y un extranjero a los hijos de su madre. El resumen de la causa para llegar a esta condición fue, “Porque me consumió el celo de tu casa; Y los desnudos de los que te vituperaban cayeron sobre mí” (Sal. 69:7-9).

En la ciudad de Jerusalén, Jesús había echado tanto a ovejas como a bueyes fuera del templo y había esparcido las monedas de los cambistas. Y aquellos que vendían las palomas les había dicho, “Quitad de aquí esto, y no hagáis de la casa de mi Padre casa de mercado” (2:13-16). Los discípulos vieron en esto el cumplimiento de la palabra de David, porque “se acordaron que está escrito: El celo de tu casa me consume” (vers. 17). Por este hecho, manifestando el celo de Su ilustre antepasado, Jesús estaba apartando para Sí mismo a los judíos de Jerusalén así como a Sus propios hermanos. La palabra de David estaba encontrando su cumplimiento en El que vendría.

2. El amigo de la familia (Sal. 41:9)

En tanto Jesús se dirigió a los discípulos mientras que comió la última cena con ellos, Jesús los exhortó a seguir el ejemplo que Él les había dado al lavar sus pies. El les aseguró que la bendición del entendimiento consistía en hacer las cosas que ellos que deberían ser hechas. El entonces dijo, “No hablo de todos vosotros; yo sé a quienes he elegido; más para que se cumpla la Escritura: El que come conmigo, levantó contra mí su calcañar” (13:18). Una alusión posible a esta misma Escritura fue hecha cuando dijo en Su oración al Padre, “yo los guardé, y ninguno de ellos se perdió, sino el hijo de perdición, para que la Escritura se cumpliera” (17:12).

En un tiempo de enfermedad, el salmista había clamado a Dios sobre los enemigos que habían hablado cosas malas y falsedades de él. La prueba más dolorosa e todas parece ser resumida cuando dijo, “Aun el hombre de mi paz, en quien yo confiaba, el que de mi pan comía, Alzó contra mí el calcañar” (Sal. 41:9). Esta misma experiencia de engaño y traición estaba ahora siendo experimentada por el segundo David cuando Judas lo entregó en las manos de Sus enemigos.

La perfidia de Judas es más totalmente realizada cuando alguien comprende el significado con el cual el pueblo del oriente une el comer pan con otro. ¡Era traición de la peor clase romper un pacto hecho por medio de comer juntos!¹ Esta había sido la experiencia de David la cual era ahora compartida en una manera más amplia por el segundo David, que fue traicionado por Judas, con el cual había comido tan a menudo.

3. Odiado sin ningún motivo (Sal. 35:19; 69:4)

David había orado, “No se alegren de mí los que sin causa son mis enemigos, Ni los que me aborrecen sin causa guiñen el ojo” (Sal. 35:19). Y en un lamento de angustia, había lamentado, “se han aumentado más que los cabellos de mi cabeza los que me aborrecen sin causa” (Sal. 69:4).

¹ *Diccionario de Teología* de Baker, “Comer,” págs. 175, 176.

Esta experiencia semejante encontró expresión en la vida de Jesús. Parece que esta actitud de lo impío hacia lo recto es la experiencia de aquellos que harían lo justo. Rechazado por los judíos, entre los que había hecho Sus poderosas obras, las cuales fueron el testimonio del Padre para Su Hijo enviado, El acusó de que los judíos se enojaron tanto con El como con Su Padre. “Pero esto es,” dijo, “para que se cumpla la palabra que está escrita en su ley: Sin causa me aborrecieron” (15:24, 25). Sus enemigos injustamente lo odiaron. Como en el caso del primer David, ellos lo odiaron sin ninguna causa; no podrían probar pecado en El. No podrían condenarlo por ningún pecado, y esto tan solo intensificó el odio.

4. Crucifixión: reparto de Sus vestiduras (Salmo 22:18; Juan 19:24)

Su odio sin causa guió a los judíos a demandar la muerte de Jesús por medio de la crucifixión. Probablemente ningún salmo describe más gráficamente la escena de la crucifixión que el veintidós, un salmo de David. El salmo inicia con un lamento de uno abandonado, “Dios mío, Dios mío, ¿por qué me has desamparado?” (vers. 1). Continuo con una descripción de otros, los cuales en su lamento a Dios, han sido oídos y liberados; pero este alguien considerado muy bajo y despreciado del pueblo (vers. 4-6). Una multitud burlona es descrita como escarneciendo a la víctima, estirando la boca, meneando la cabeza y diciendo, Se encomendó a Jehová, líbrele él. De allí sigue una descripción rodeado de fuertes toros de Basán los cuales lo cercaron; abrieron su boca sobre Él, como un león rugiente ellos buscaron Su destrucción. Es derramado como agua; Su corazón es como cera; Su entraña se derritió; Su lengua se pegó al paladar así como El está puesto en el polvo de la muerte. Una cuadrilla de malignos lo cercaron; horadaron Sus manos y Sus pies; tanto que El podría contar Sus huesos. Ellos observan; “Repartieron entre sí mis vestidos, Y sobre mi ropa echaron suertes” (vers. 18). Entonces hay un lamento ante Jehová para librar el alma de la espada y su vida del poder del perro, de la boca del león, y de los cuernos de los búfalos (vers. 19-21).

Seguramente el salmista no estaba hablando de si mismo excepto en forma figurada de como sus enemigos buscaron su propia vida. Pero en el Espíritu de la profecía, el observó a su descendiente, el ilustre David del futuro, el cual vendría. El vio la soledad total de alguien abandonado de Dios por un pequeño momento, compartiendo la experiencia del pecador en su separación eterna de Dios, llorando al Padre. El vio en visión lo que Juan vio en el hecho; el hijo de David fue despreciado y crucificado, soportando solo las deshonras del perdido los cuales estaban siendo amontonados sobre El. Juan advirtió a los soldados que habían crucificado a Jesús como ellos tomaron Sus vestiduras, dividiéndolas en cuatro partes entre ellos mismos hasta que ellos llegaron al capote o túnica, la cual estaba tejida en una pieza de arriba abajo. Esto no los rindió, sino que dijeron, “echemos suerte sobre ellas, a ver de quién será,” a lo cual Juan agrega, “Esto fue para que la Escritura se cumpliera, que dice: Repartieron entre sí mis vestidos, Y sobre mi ropa echaron suertes” (19:24). La visión del primer David, estaba ahora completa en el segundo David.

5. La hiel y el vinagre (Salmo 69:21; Juan 19:28-30)

En el mismo salmo de angustia en el cual David había lamentado, “Se han aumentado más que los cabellos de mi cabeza los que me aborrecen sin causa” (Salmo 69:4), y “Porque me consumió el celo de tu casa” (vers. 9), el profeta hace también la queja, “Me pusieron además hiel por comida, Y en mi sed me dieron a beber vinagre” (vers. 21).

Esta experiencia del salmista del trato amargo acontecido sobre él, ya sea en forma figurada o en un incidente literal en su vida, ahora encontró cumplimiento en Él que vino después. Jesús había sido clavado en la cruz, los soldados habían repartido sus vestiduras y echado suertes por la túnica, y Él había hecho las provisiones para el cuidado de Su madre. Juan describe la escena que siguió, diciendo, “Después de esto, sabiendo Jesús que ya todo estaba consumado, dijo, para que la Escritura se cumpliera: Tengo sed. Y estaba allí una vasija llena de vinagre; entonces ellos empaparon en vinagre una esponja, y poniéndola en un hisopo, se la acercaron a la boca. Cuando Jesús hubo tomado el vinagre, dijo: Consumado es. Y habiendo inclinado la cabeza, entregó el espíritu” (19:28-30). Aquí vemos al Jesús humano sufriente y entristecido; pero en Su cumplimiento de la palabra de Dios, vemos el testimonio del Padre de que Él es el Cristo, el Hijo de Dios.

6. La resurrección (Salmo 22:22-31; 16:10)

Juan no hace referencia directa a los Salmos en relación con la resurrección de Jesús. Jesús había indicado Su resurrección cuando dijo, “Destruid este templo, y en tres días lo levantaré...Más él hablaba del templo de su cuerpo” (2:19, 21). Juan agrega, “Por tanto, cuando resucitó de entre los muertos, sus discípulos se acordaron de que había dicho esto; y creyeron la Escritura y la palabra que Jesús había dicho” (vers. 22). Ha sido señalado que Isaías había predicho la resurrección y de que Jesús había cumplido la predicción.

¿Pero cuál, si hay alguno, habían los salmistas hablado sobre Su ser resucitado? Ningún salmo en particular es citado por Juan, y él en verdad dice, “Porque aún no habían entendido la Escritura, que era necesario que él resucitase de los muertos” (20:9). Sin embargo, la resurrección cumplió la esperanza expresada en varios de los Salmos. Aquí están considerados dos.

En el Salmo 22, en el cual fue profetizada la crucifixión, la parte final parece apuntar claramente a las actividades que siguen al final prematuro de alguien que fue puesto para morir. “Anunciaré tu nombre a mis hermanos; En medio de la congregación te alabaré” (vers. 22). Su clamor había sido oído (vers. 24); y la alabanza ofrecida está “en la gran congregación” (vers. 25). La “gran asamblea” incluiría a los gentiles, “todas las familias de las naciones adorarán delante de ti” (vers. 27). El reino sería de Jehová; “La posteridad le servirá; Esto será contado de Jehová hasta la postrera generación”; y Su justicia será declarada “A pueblo no nacido aún, anunciarán que él hizo esto” (vers. 30-31). Estas cosas que deberían seguir a las cosas descritas en los versículos 1-21 indican claramente que la muerte no terminó la experiencia del sufriente sino que fue por medio del triunfo de la muerte que Él podría llevar a cabo la liberación y la alabanza de los hombres de todo el mundo. Es una descripción del triunfo de Jesús, y del testimonio del Padre de que Él es el Hijo de Dios.

La profecía más clara de la resurrección encontrada en los Salmos es el Salmo 16. Aquí David habla de nuevo no de sí mismo sino de alguien en Él cual su esperanza sería realizada: “Porque no dejarás mi alma en el Seol, Ni permitirás que tu santo vea (experimente) corrupción” (vers. 10). La tumba de David continuaba con los judíos, él mismo sabía que él hablaba no de sí mismo, sino de otro, porque dijo, “Yo sigo el camino de todos en la tierra” (1 Reyes 2:2). La profecía de David fue el lamento del corazón humano para vivir más allá de esto y la expresión de esperanza de su realización en la simiente prometida.

Resumen

Jesús cumplió todas las cosas escritas de Él en los escritos de Moisés, en los profetas, y en los Salmos. En estos es testigo Dios de la deidad de Jesús, para el hecho de que Él es el Cristo, el Hijo del Dios viviente. La conclusión del silogismo del inicio del capítulo no puede ser ningún otro sino de que Jesús es el Cristo, y de que la palabra es la palabra de Dios, porque,

1. El hombre por sí mismo no puede predecir eventos de la historia o la venida y acciones de un individuo. Tan solo un poder sobrenatural puede hacerlo.
2. La Biblia predice eventos por venir de una persona a la cual Dios resucitaría, eventos que fueron cumplidos a su debido tiempo.
3. Por lo tanto, la Biblia no es del hombre, sino sobrenatural en su origen y enseñanza, y soporta evidencia irrefutable de la deidad de Jesucristo.